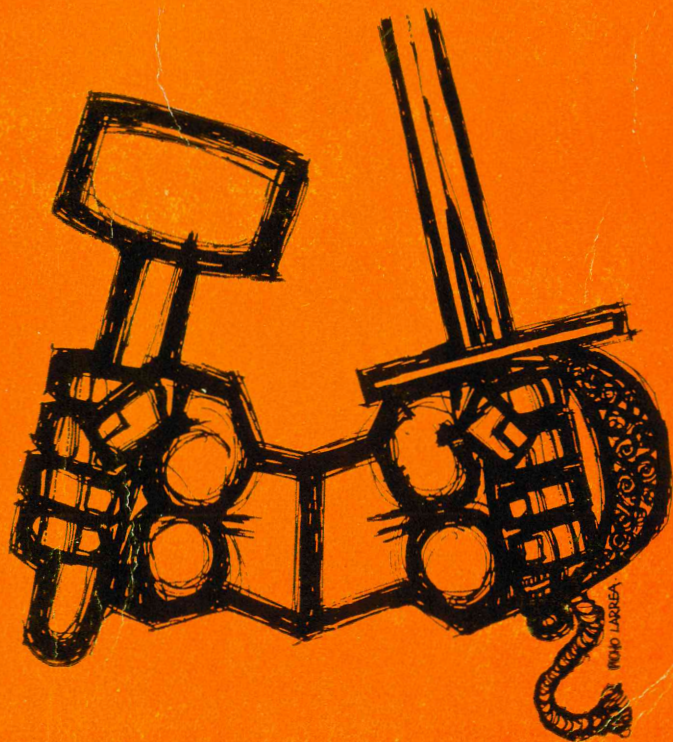




SOCIALISMO ◦ FASCISMO
DILEMA
LATINOAMERICANO
Theotonio dos Santos



THEOTONIO DOS SANTOS

SOCIALISMO

O

FASCISMO

DILEMA LATINOAMERICANO



EDICIONES PRENSA LATINOAMERICANA S. A. / CHILE

COLECCION



Derechos reservados, inscripción N° 36138.
(c) 1969, Editorial Prensa Latinoamericana S. A.
Root 537 — Santiago — Chile.
Impreso y hecho en Chile.
Printed and Made in Chile.

COLECCION AMERICA NUEVA

América latina vive una profunda crisis social, política e ideológica. Esta crisis tuvo importantes consecuencias sobre las Ciencias Sociales en nuestros países. Ella ha destruido falsos modelos de análisis y ha planteado la necesidad de una revisión radical de la falsa imagen que se había construido sobre nuestra realidad.

A la tarea de revisar esta imagen de América y crear nuevos instrumentos científicos para conocerla, se aplicaron y se aplican un puñado de científicos sociales. Sus trabajos no solamente abren una importante senda para la revisión de las Ciencias Sociales en nuestros países sino también fundamentan la elección de los caminos prácticos para superar los terribles problemas que nos agobian.

AMERICA NUEVA pretende publicar los trabajos que contribuyan a generar esta visión nueva para crear una nueva América.

Editorial PLA tomó en sus manos la responsabilidad de esta colección en un gran esfuerzo editorial que espera cuente con el apoyo decidido de los intelectuales, los estudiantes y el público de vanguardia latinoamericano.

Superando las dificultades de comunicación y contacto entre los países latinoamericanos, PLA pretende dar a esta colección el carácter continental que merece.

Al reunir con estos propósitos nombres de la primera plana de las ciencias sociales como DOS SANTOS, CARDOSO, WEFFORT, TORRES, GUNDER FRANK, PETRAS, VUSKOVICH, etc. PLA se sitúa entre las más importantes editoriales de América latina y marca un momento decisivo de afirmación cultural en nuestro continente.

Los Editores

PROLOGO

Este libro está compuesto esencialmente de un estudio sobre la crisis brasileña y sus alternativas. () A esto se ha agregado un estudio muy general sobre la crisis latinoamericana.*

La tesis fundamental que éste plantea, es que la crisis del actual modelo de desarrollo latinoamericano, caracterizado como un desarrollo capitalista dependiente, conducirá inevitablemente en Latinoamérica y particularmente en Brasil a una alternativa insoslayable entre socialismo o fascismo.

El capítulo sobre Latinoamérica fue escrito en 1968 y expresa algunas modificaciones introducidas al análisis y algunos refinamientos conceptuales que pudo realizar el autor en contacto con los distintos aspectos de la realidad latinoamericana, que tiene profundas repercusiones en Chile. Sin embargo, creemos que en lo fundamental nuestro análisis sobre Brasil continúa siendo válido. A él agregamos solamente algunos apéndices que sitúan los cambios principales ocurridos en los últimos dos años.

La parte brasileña de este libro, fue escrita entre 1965 y 1966. En ese momento, el movimiento fascista estaba debilitado en el país y solamente un análisis teórico podría mostrar la fuerza social de este movimiento. Lo mismo se podría decir en lo que respecta al socialismo y al papel determinante de la clase obrera, en aquella época muy poco perceptibles en el país. En el momento actual el movimiento fascista se constituye en una terrible realidad en el país y el movimiento socialista y obrero dieron importantes demostraciones de fuerza. Si en aquella época este libro era algo aparentemente muy especulativo hoy día tendrá

(*) Theotonio dos Santos, "Crisis Económica y Crisis Política en Brasil", Curso sobre Problemas de América Latina, CESO, Santiago, 1966.

mucho mayor concreción, y creemos que ella será tanto mayor con el transcurso de la historia. Lo mismo se puede decir de la experiencia latinoamericana. Quizás parezca muy especulativa la hipótesis de que caminamos hacia una clara alternativa entre fascismo y socialismo. El tiempo se encargará, sin embargo, de concretar estas tendencias y de dar mayor actualidad a las ideas aquí expuestas.

Quiero agradecer a las personas que tradujeron el original en portugués, Francisco Albizú y Angélica Faunet, y al señor Guillermo Gariazzo, que se dedicó a mejorar la traducción.

SANTIAGO, Octubre 28 de 1968.

PRIMERA PARTE

CRISIS ECONOMICA Y

CRISIS POLITICA

I.—SOCIALISMO O FASCISMO: DILEMA LATINO-AMERICANO.

1. *La crisis latinoamericana.*

La crisis latinoamericana ha llegado a un grado muy profundo. En este momento, por todas partes se rompen los viejos esquemas políticos, sociales y económicos, asimismo como los modelos interpretativos de esta realidad.

El presente trabajo pretende determinar las causas y las condicionantes de esta crisis tomando como objeto el caso brasileño. Sin embargo, muchos de los análisis pueden fácilmente ser trasladados a la situación latinoamericana en su conjunto. El objetivo de estas páginas iniciales es establecer cuáles son estas relaciones a la luz de los conocimientos que el autor pudo adquirir en dos años de contacto con la problemática latinoamericana en Chile que es todavía un mirador privilegiado, por varias razones, de este volcán en llamas que es nuestro continente.

¿Cómo se manifiesta esta crisis latinoamericana tan sentida por los pueblos del continente?

Los elementos más evidentes de la crisis son al nivel económico, la baja producción acompañada de una manifiesta desigualdad del ingreso, la inflación incontrolable que corroe a la mayoría de estas economías y a la seguridad de los asalariados y la estagnación o baja del crecimiento económico latinoamericano en la década del 60; del punto de vista social, están los fenómenos de la marginalidad progresiva de amplias capas de la población urbana y rural, los índices de subdesarrollo tan conocidos (analfabetismo, bajo consumo de calorías y otros productos vitales, etc.), la crisis de la juventud, las huelgas y conflictos

interminables; del punto de vista político, la inestabilidad de las democracias representativas y el ascenso de los grupos militares al poder, la creciente guerra civil-militar continental que involucra ejércitos, guerrilleros, manifestantes, etc. Por último, a nivel cultural e ideológico encontramos una gran crisis de los modelos de análisis e interpretación de nuestra realidad que estuvieron firmemente aceptados por largos períodos. Se puede hablar de una desconfianza generalizada hacia los ídolos de nuestra cultura. A este vacío ideológico provocado por la crisis de estos modelos de interpretación de nuestra realidad se agrega la crisis de las instituciones culturales, básicamente la universidad.

A un nivel más profundo vemos que esta crisis, que aparece bajo estas formas tan brutales y violentas, encuentra su origen en una situación común a todo el continente, en la cual cada país ve reflejados los problemas de los otros en su realidad y su realidad en los problemas de los otros.

Las esperanzas que se habían generado a raíz del proceso de industrialización de los años 30 a 60 se van progresivamente derrumbando con la demostración de que la industrialización hizo crecer los problemas anteriores, generando nuevos problemas cuyas causas se hacen progresivamente evidentes.

De la crisis actual surge la noción de que el subdesarrollo de nuestros países tiene su origen en una situación que es común a todos ellos, que es la situación de dependencia de nuestros países de los centros hegemónicos mundiales. La categoría de la dependencia aparece así como un instrumento de análisis fundamental de nuestra realidad. En esencia, podemos comprender hoy día que el desarrollo de estos países tiene sus padrones particulares que están dados por la situación de dominación a que estamos sometidos económica, social y políticamente. Estos padrones específicos determinan un tipo de desarrollo dependiente que tiene como característica fundamental hacerse con criterios doblemente explotativos. Explotativo en alta intensidad, en el interior de la economía, por apoyarse en fuerzas tecnológicas coercitivas mucho más amplias que

aquellas generadas por el desarrollo natural de las sociedades nacionales. Es decir, la clase dominante de los países dominados o dependientes se apoya en el desarrollo de una tecnología y de un sistema de relaciones socioeconómicas generado en otros contextos que le permite disponer de un poder muy superior sobre la capacidad productiva y consecuentemente sobre los otros sectores de la población.

Por esto, esta clase dominante asegura no sólo un amplio margen de producción expropiable, como también puede aprovecharse del bajo nivel de exigencias de los trabajadores y de los consumidores del sistema donde se desarrolla la dominación. El resultado es, pues, un sistema de duplicada explotación del trabajo.

En segundo lugar, la condición dependiente asegura una otra sobreexplotación. La que se hace desde el exterior llevando parte sustantiva del esfuerzo nacional de acumulación de capital. De la gran parte ya sobreexplotada de la producción nacional se va una parte muy grande hacia el exterior, que no se reconvierte en forma de consumo e inversión internos dentro del sistema.

De esta situación de doble sobreexplotación resulta el carácter excluyente del desarrollo capitalista dependiente que nosotros vivimos. El crecimiento económico, al que asistimos en nuestros países en los años 50, lo demostró. Este crecimiento se hace por un lado incorporando un sector minoritario de la población al sistema productivo (que, como vimos, está fundado en una sobreexplotación) y por otra excluyendo y marginando a capas cada vez más extensas de la población.

2. La crisis del desarrollo dependiente.

De esta combinación tan contradictoria de elementos resulta la complejidad de la crisis de nuestros países, que se puede resumir como la crisis de desarrollo capitalista dependiente. El concepto de dependencia nos sirve, pues, como guía para calificar los complejos elementos que componen esta situación. Detengámonos un poco en este

concepto antes de empezar la tarea de apuntar las direcciones de este análisis.

Vimos que la dependencia es una característica intrínseca del sistema socioeconómico de los países subdesarrollados. La situación internacional se caracteriza por la existencia de una interdependencia creciente entre las economías nacionales a escala mundial bajo la hegemonía de uno o varios centros dominantes que transforman este desarrollo en acumulación de riqueza y poder para ellos en detrimento de las amplias mayorías mundiales. Esta situación tiene una cara interna en los países dominados. Esta cara interna no es, pues, una consecuencia de factores externos sino que es su propia forma —*el modo dependiente*— de participar de este proceso de desarrollo de la economía mundial capitalista. La dependencia es pues el modo específico de la producción capitalista en nuestros países. Es pues, la forma en que estructuran nuestras sociedades. La dependencia es la situación que condiciona nuestro desarrollo y le da una forma específica en el contexto mundial — la del desarrollo capitalista dependiente. Este desarrollo sigue leyes propias, condicionadas por esta situación, las cuales tenemos que descubrir para poder actuar conscientemente sobre nuestra realidad.

La no consideración de los límites del desarrollo dependiente hizo que la ciencia social latinoamericana aspirara para nuestros países un desarrollo que los condujera a la misma situación de los países capitalistas avanzados. Pero la realidad se mostró muy diversa, lo que lleva hoy día a una autocrítica de este mismo pensamiento. La comprensión del desarrollo latinoamericano y de las leyes que lo rigen exige, pues, rebasar los límites de esta situación condicionante, es decir, exige rebasar los límites y los horizontes teóricos e ideológicos de la dominación. Exige, pues, plantear la superación del sistema socioeconómico que genera la dependencia. El concepto de dependencia así comprendido es un instrumento indispensable para encontrar las leyes que rigen el desarrollo de nuestras sociedades — su forma, su movimiento y las alternativas posibles de su desarrollo, dentro de las cuales caben actuar.

Al concebir el desarrollo latinoamericano como un modo particular del desarrollo del sistema mundial, tenemos que comprender en primer lugar este sistema para entender nuestra crisis. Desde la postguerra, el desarrollo del capitalismo comienza a presentar características particulares que son el producto de un conjunto de factores que se acumularon a principios del siglo XX y explotaron con ocasión de la Segunda Guerra Mundial. A este sistema particular de relaciones mundiales intercapitalistas llamamos proceso de integración monopólica mundial.

Sus características centrales son, en primer lugar, un proceso de integración de todas las potencias capitalistas, bajo el control hegemónico de Estados Unidos en base a la ideología de la unidad del mundo occidental cristiano frente al enemigo común: el campo socialista en expansión. En segundo lugar, este proceso de integración se presenta fundado en una infraestructura económica cuya célula está en la gran empresa monopólica multinacional y conglomerada. Estas empresas tienen como característica propia, a diferencia de la empresa monopólica de preguerra, el carácter de empresas cada vez más integradas en la economía mundial de las cuales depende gran parte de su funcionamiento, sobre todo a nivel de la estructura internacional de sus inversiones. Estas empresas operan cada vez más a nivel mundial, teniendo a Estados Unidos como su principal base de operaciones.

Estas empresas disponen, al mismo tiempo, de un flujo de capitales superior a sus posibilidades de inversión a nivel nacional y productivo. Esto las transforma en empresas casi financieras, que invierten su excedente creciente de capital no con el criterio de reforzar su unidad tecnológica (como ocurría en la etapa de la trustificación) sino con objetivos directamente financieros. El resultado es la constitución de empresas que coordinan las más diversas actividades económicas formando los "conglomerados" modernos, caracterizados por ser empresas especuladoras que movilizan su capital en función de la monopolización de los sectores más dispares y por tanto de una maximización de lucros que las lleva a un exceso creciente de recur-

sos. La acción de los conglomerados es acumulativa: lleva a una brecha creciente entre la disponibilidad de los capitales y los recursos y el mercado.

Por esta razón, el problema central de estas empresas y del sistema neocapitalista en el cual se desarrollan, es la organización de mercados masivos que permitan mantener en crecimiento las posibilidades de inversión del capital. El Estado, particularmente la industria militar, con sus compras masivas a largo plazo permite estabilizar gran parte del mercado de esas empresas. Los sistemas de venta a plazo, la publicidad y la investigación de mercado garantizan, por otro lado, la dinamización de consumo privado. Las mismas grandes empresas consumen, a su vez, gran parte de la producción de las otras empresas productoras de bienes de capital, asegurando el equilibrio del sistema a corto plazo. Este equilibrio está, sin embargo, basado en la no consideración del desequilibrio básico dado por la contradicción entre la expansión acumulativa de la ganancia y la expansión restringida del mercado.

Los países subdesarrollados aparecen para estas empresas como un mercado importante de capitales a través de la instalación de nuevas industrias que consumen, en general, maquinaria y materia prima elaborada importadas de los países desarrollados. El progresivo control de estas oportunidades de inversión en los países subdesarrollados permite a los monopolios ganar una gran expansión y constituirse como empresas multinacionales y conglomeradas en la búsqueda de constantes fuentes de nuevas inversiones.

Esta es la clave de la actual crisis latinoamericana. La acción expansiva de esas empresas crea tres fenómenos correlativos que están en el centro de esta crisis:

1) En primer lugar, el carácter expansivo y las grandes dimensiones de estas empresas entran en un choque cada vez mayor con las limitaciones de los mercados internos latinoamericanos y las estructuras exportadoras y de autoconsumo que precedieron a esta expansión. De ahí la necesidad de apoyar y estimular una política de reformas.

2) En segundo lugar, la inversión de este capital se hace a través de la transferencia masiva de la tecnología recién superada y sustituida en los países desarrollados cuyo objetivo básico es el ahorro de mano de obra en relación al capital invertido. El resultado de este tipo de desarrollo es provocar un gran desequilibrio entre la producción acrecentada y las oportunidades de trabajo. Esto tiene dos efectos básicos en países en expansión poblacional y migratoria y en proceso de sustitución de técnicas primitivas con las cuales subsistían vastas capas de la población: el crecimiento relativo de las oportunidades de trabajo es muy inferior al crecimiento de la población en su conjunto y al de la mano de obra desplazada por la introducción de nuevas tecnologías. El resultado de este proceso es la creciente marginación de amplios sectores de la población urbana y rural.

El capitalismo dependiente es, pues, esencialmente excluyente en su crecimiento, lo que hace crecer la inestabilidad y el desequilibrio interno de la sociedad y consecuentemente el equilibrio político del régimen se ve amenazado por la creciente presión de consumo de las masas que no pueden ser absorbidas, además de la presión normal de los sectores ya absorbidos por el sistema. Esto crea una situación estructural de inestabilidad política que exige, por parte de la clase dominante, recurrir a una política de fuerza para garantizar la sobrevivencia del sistema. Esta necesidad entra en contradicción con las exigencias de la política de reforma, que podría quizás disminuir estas presiones temporalmente, y hace acumularse los factores que impiden la reforma. La solución intentada en los últimos años ha sido la de realizar la política de reformas o modernización desde arriba, es decir, a partir de una minoría militar ilustrada por las escuelas superiores de guerra, pretendiéndose obtener el apoyo de las élites sindicales, políticas, estudiantiles, etc. Este esquema ha fallado básicamente por la imposibilidad estructural de combinar reforma y represión en forma eficaz. Las reformas se convierten en sus propias sombras —unas pequeñas medidas modernizadoras— y la represión se hace ineficaz por su

vacilación entre reprimir y buscar apoyo en los sectores afectados por la represión.

3) En tercer lugar, el capital de las grandes empresas multinacionales se invierte dentro de la perspectiva de aumento de la tasa de ganancia a nivel mundial y las condiciones de operación más adecuadas a su volumen e intereses son las monopólicas, donde se asegura una alta tasa de ganancia a través del control del mercado. Esto limita relativamente la necesidad de ampliación del mercado de esas empresas y disminuye sus objetivos reformistas. El conglomerado prefiere a corto plazo tomar las empresas más lucrativas de los más distintos sectores que amplían el mercado nacional a través de una política reformista.

La integración y el control sobre los mercados existentes se revela como una política más fácil y menos arriesgada. Así, en vez de profundizar una política reformista se prefiere hacer planes de desarrollo regional a través de estímulos artificiales a la inversión que profundizan la exclusión y marginación de amplios sectores. O se prefieren las integraciones latinoamericanas o subregionales que permitan integrar los mercados ya existentes y someterlos al control de unos pocos grupos monopólicos.

Resultado: más monopolización, más avance tecnológico, más desempleo relativo, más aumento de la tasa y volumen de la ganancia, más contradicción entre el crecimiento acumulativo de los recursos de capital y el crecimiento limitado del mercado. De esta manera, el crecimiento del capitalismo dependiente profundiza mucho más rápidamente las contradicciones del capitalismo en general y genera otras contradicciones específicas. La crisis latinoamericana es un producto combinado de la crisis de este desarrollo capitalista industrial dependiente con la crisis del sector subdesarrollado o pre-capitalista industrial, bajo su forma internacional o nacional. Estas otras dos dimensiones de la crisis son las que se ligan, de una parte, al problema del consumo y de las relaciones económicas externas, y de otra, al mercado interno y a la estructura pre-capitalista industrial. Por último, el desarrollo del capitalismo dependiente no excluye las leyes de funcionamiento

del capitalismo monopólico en general, y estas leyes asumen su forma particular en las condiciones de funcionamiento de las empresas monopólicas en los países dependientes. La acumulación de capital tiene sus exigencias internas que someten la producción a formas cíclicas de crecimiento de las cuales no escapa el capitalismo industrial ligado al mercado interno en los países dependientes.

Nuestro análisis busca, pues, después de haber caracterizado la situación en conjunto, analizar la especificidad de cada una de estas fases de la crisis general del desarrollo capitalista dependiente y en seguida combinarlas para recoger de allí las leyes de funcionamiento de estas realidades históricas concretas que son las sociedades latinoamericanas.

En este capítulo introductorio pretendemos señalar las características generales de la crisis de cada uno de estos aspectos que será tratado más profundamente en el caso brasileño a partir de los próximos capítulos.

Ya vimos ligeramente lo que se refiere a las características específicas del desarrollo dependiente en la fase de integración monopólica mundial. Pasemos, pues, a estudiar los otros aspectos de la crisis.

3. La crisis del sector externo.

La producción exportadora de latinoamérica sufrió un gran golpe en la postguerra con la sustitución progresiva de las materias primas naturales por productos sintéticos. Los datos revelan un deterioro de los precios de los productos exportados por nuestros países que se refleja en la estagnación o baja del valor de la producción exportada. Tal hecho no tendría mucha importancia si el proceso de industrialización basado en la sustitución de productos manufacturados importados por los nacionales condujera a largo plazo, como se esperaba, a una disminución de la importancia de la importación que sería sustituida por los productos nacionales. Sin embargo, los hechos muestran que la instalación de industrias nacionales sustitutivas llevaba a la necesidad de importar materias primas sintéti-

cas y otros insumos de los países desarrollados. El resultado fue la dependencia cada vez más estrecha del comercio exterior para el funcionamiento de los sectores más dinámicos de la economía nacional. A pesar de que el balance comercial, es decir, las relaciones entre compra y venta de mercancías, es en general favorable para nuestros países, esta ventaja es cada vez menor y hay una evidente escasez de divisas para importar una cantidad de insumos básicos que limita las posibilidades expansivas del sistema.

Pero el problema del balance comercial en creciente deterioro no es sino un aspecto del gravísimo problema de la crisis del comercio exterior. Los aspectos más importantes son los relacionados al balance de servicios, donde está el déficit fundamental de nuestro balance de pagos.

En lo que respecta al balance de servicios, dos son los rubros más importantes: lo que se refiere al balance de servicios propiamente y lo que se refiere al balance de capitales.

En cuanto a lo primero, conocemos la gran importancia de los pagos de fletes que están monopolizados por los países desarrollados. Estos fletes son pagados tanto sobre la importación como sobre la exportación o navíos de otras banderas por ausencia de una marina mercante nacional con poder de competencia internacional. Gran parte de los dólares obtenidos por la exportación de los productos latinoamericanos es destinada al pago de los fletes cobrados para exportar e importar los productos comerciales. Ahí empieza el déficit del balance de pagos. Este déficit se profundiza cuando se examina el balance de capitales que es desfavorable para América latina, sobre todo a partir de los fines de los años cincuenta, como resultado de la remesa de las ganancias obtenidas por las empresas extranjeras que se introdujeron y controlaron la producción interna en el período de la postguerra. Además del servicio del capital extranjero operan otros factores negativos del balance de capitales que son los servicios de los empréstitos gubernamentales y de la deuda externa más específicamente.

Esta situación deficitaria de los balances de servicio y

de capital originaron la necesidad de financiar los déficits del balance de pagos a través de nuevos empréstitos que significaron no sólo el pago en plazo fijo de éstos como el pago de los intereses. La imposibilidad de equilibrar el balance de pagos va conduciendo a la necesidad de nuevos empréstitos, lo que conduce a una acumulación de los efectos deficitarios y a una acumulación consecuentemente de la deuda externa y de su servicio.

Todo esto nos lleva a reconocer el carácter estructural de la crisis del comercio exterior. La crisis de la producción de bienes primarios es un hecho irreversible y por más que los países subdesarrollados logren imponer mejores condiciones de precio como lo pretenden CEPAL, UNCTAD, etc., no podrán impedir la marcha irreversible de la tecnología. La solución de que estas materias primas sean industrializadas en los países de origen quizás tenga viabilidad económica a plazo mediano, pero no llega a alterar profundamente el problema. El déficit de las relaciones de capital tiende a aumentar, pues las empresas extranjeras instaladas en América latina tienen activos crecientes a través de la reinversión de parte de las ganancias obtenidas, lo que significa una progresión acumulada del volumen de la ganancia que tiende a ser también más grande relativamente al aumento del monopolio de estas empresas sobre los mercados latinoamericanos.

Estos mecanismos de acumulación que describimos anteriormente revelan una tendencia a la profundización del problema de la deuda externa y a un aumento cuantitativo de la misma. Así lo muestran los datos que consignan un aumento porcentual creciente del servicio de la deuda externa en relación al ingreso nacional de los países latinoamericanos.

No hay ninguna tendencia operando dentro de las sociedades capitalistas dependientes que puedan contrarrestar seriamente las tendencias descritas sin romper los marcos del sistema. Esto nos hace aceptar como real la existencia de una crisis secular del sector externo de las sociedades dependientes. Esta crisis secular conduce a una situación de dependencia progresiva de nuestras economías, de nues-

tras sociedades y de nuestra política respecto al centro hegemónico mundial del sistema. Ella se manifiesta en un conjunto de crisis parciales cuya solución va acumulando los elementos de la crisis. Toda vez que hay una caída significativa de precios de los productos exportados, o una lucha por establecer mejores condiciones contractuales para su venta, o cuando hay que reescalonar la deuda externa, o cuando se presenta la necesidad de desvalorizar las monedas nacionales, etc., se manifiesta la crisis general del comercio externo latinoamericano (y subdesarrollado en general). Los intentos ideológicos de buscar solución a estos problemas estructurales en base al sistema actual, sólo hacen desviar la lucha de liberación nacional de estos pueblos hacia fines reformistas cuyos estrechos límites y objetivos de clase son evidentes. Para lograr una visión científica de la crisis del comercio externo de América latina hay que situarse, pues, en la perspectiva de la superación del sistema capitalista internacional y nacional. Sólo desde la perspectiva de la emancipación nacional gana sentido el análisis de estos problemas aparentemente técnicos y neutrales, "tecnificados" y "neutralizados" por los intereses de clase que quieren impedir la solución final de la crisis.

4. *La crisis del "sector tradicional"*.

El otro nivel de la crisis del desarrollo capitalista dependiente es el relativo a la crisis de la economía y sociedades exportadoras tradicionales y de las economías de autoconsumo que con ella se relacionan. Este "sector tradicional" es objeto de una revisión conceptual muy importante en la actualidad. Es importante caracterizarlo como producto de una economía exportadora ligada a la expansión del comercio mundial y por tanto al desarrollo del capitalismo. Como tal no puede inscribirse en el modo de producción feudal cuya esencia es estar volcado hacia el autoconsumo. Mas, el hecho de que esta producción se hiciera en las condiciones de países esencialmente exportadores de materias primas y productos agrícolas en condiciones eco-

nómico-sociales donde existían tierra abundante a monopolizar y mano de obra escasa, obligó al sistema a reforzar la política del control servil o semiservil de la mano de obra a través de distintos mecanismos. En estas condiciones, la expansión de la producción primaria hacia el comercio mundial capitalista en crecimiento no permitió, por tanto, el pleno desarrollo de las relaciones de producción capitalista y aseguró la existencia de una mano de obra semiservil al lado de los sectores asalariados en muy bajas condiciones de negociación. La compensación del sistema latifundiaro a los trabajadores sin tierra era el ofrecerles la tierra a cambio de parte de la producción (parcería) o la posibilidad de obtener una propiedad minifundiaro, lo que funcionó como poderoso factor de estabilidad social en el campo durante un largo período, consolidando las relaciones personales y semiserviles entre los campesinos y el dueño de la tierra. Las relaciones señoriales se combinaron así con la expansión capitalista de la economía y de la sociedad y con el proceso de modernización de las zonas urbanas resultantes de la expansión de los grandes centros comerciales exportadores y de una incipiente producción industrial.

Esta combinación ha sido siempre uno de los más difíciles problemas para la comprensión de nuestra sociedad.

5. *Límites del sector industrial capitalista.*

El problema se complica todavía más, cuando a esta combinación entre la expansión capitalista exportadora y las relaciones señoriales se junta el sector capitalista industrial moderno, producto del proceso de sustitución de importaciones que tiene su primer impulso importante en la Gran Guerra de 1914 y ganará su gran fuerza después de la crisis de 1929 y de la Segunda Guerra Mundial. Este sector surge en estrecha dependencia del sector exportador que era: a) fuente de ingresos de divisas para la importación de maquinarias y materias primas esenciales a la industrialización; b) principal sector consumidor interno de los productos industriales y por tanto esencial a su desa-

rollo; c) fuente de capitales para la inversión industrial que representaba una apertura fundamental de inversiones para un sector primario y comercial en crisis.

La combinación de este y otros elementos, hizo que el sector capitalista industrial emergente se encontrara estructuralmente dependiente del viejo sector exportador y llegara, pues, a formas de combinación estrechas y profundas con él. Como intento de conceptualización de esta combinación, al mismo tiempo complementaria y contradictoria de elementos, surgió la tesis de la sociedad dual o de dualismo estructural cuyo error fundamental era el de separar en compartimientos estancos formas sociales que eran antes de todo complementarias e interdependientes. La tesis del dualismo estructural suponía también la existencia de un sector tradicional precapitalista apartado del desarrollo del capitalismo europeo y no lo que sería correcto, es decir, concebir al sector llamado tradicional como un producto de la expansión del capitalismo mundial, cuya forma de participación específica en esta expansión ha sido la de países dependientes, con la consecuente formación de una estructura socioeconómica específica. Se equivocaba esta teoría, pues, al conceptualizar este sector llamado "tradicional" y, mucho más todavía, al relacionarlo con el supuesto sector "moderno" bajo la forma de una transición, que suponía el pasaje de una sociedad tradicional hacia una sociedad moderna. En realidad, el desarrollo combinado y desigual del sistema capitalista mundial encontraba una extraña materialización en los países dependientes. Trataré, pues, de comprender esta compleja combinación de elementos complementarios y contradictorios y sus efectos sobre la crisis latinoamericana.

El desarrollo del sector industrial moderno tanto en la ciudad como su penetración en el campo cambia profundamente la situación al sustituir la mano de obra por máquinas, romper el equilibrio tradicional, abrir nuevos métodos de competencia y nuevas necesidades estructurales. La necesidad de ampliar los mercados en el campo choca con la interdependencia entre la industrialización y la producción exportadora tradicional por los tres motivos que

hemos visto. La sobrevivencia del sector "tradicional" que tantas veces ha causado espanto o admiración, no se explica por su propia fuerza interna hoy día tan debilitada, sino por la necesidad que el sector capitalista industrial tiene de él.

Pero el hecho es que el sector latifundista exportador está en crisis. Crisis económica por su pérdida de poder a nivel mundial con la desvalorización de los productos primarios y a nivel nacional por la pérdida de importancia relativa del sector exportador frente al sector industrial en avance. Crisis política por la desagregación del poder político de las viejas oligarquías agrarias o mineras en las comunidades rurales o semirurales. Crisis social por la incapacidad de absorber la mano de obra liberada por el desarrollo tecnológico bajo control del capitalismo monopolístico. Crisis ideológica por la pérdida de autoridad y legitimidad del modelo del estado liberal que sustentaban estas oligarquías.

La difícil dialéctica del desarrollo capitalista industrial dependiente oscila, pues, entre la necesidad histórica de eliminar el dominio de estos sectores sobre una amplia capa de la población y la necesidad que tiene de ellos como fuente fundamental de divisas, de ingreso y de capital. Oscila entre la necesidad de ampliar el mercado rural y la incapacidad de absorber la mano de obra liberada por el desarrollo del capitalismo en el campo. Todo esto genera una crisis general de este sector y de la política reformista. Esta ambigüedad es uno de los elementos más importantes y al mismo tiempo más complejos de la realidad latinoamericana actual. La crisis general y secular se agrava y llega a momentos dramáticos, toda vez que la burguesía monopolística busca caminos legales y administrativos para abrir nuevas relaciones de producción en el campo, o se agudiza aún más cuando las masas campesinas, sufriendo el efecto de la crisis, se rebelan casi siempre con apoyo de la clase obrera y del movimiento estudiantil en las ciudades. Esta crisis aumenta con la pérdida progresiva de poder de los viejos sectores exportadores que los conduce a un mayor enriquecimiento e irracionalidad en su política

conservadora y ellos disponen todavía del poder suficiente para poner los otros sectores de las clases dominantes en la opción de escoger entre su política o la de los movimientos populares —sean radicales o incluso reformistas— que los amenazan a corto o a largo plazo.

6. *Carácter cíclico de la acumulación de capital.*

La última dimensión de la crisis del desarrollo capitalista dependiente es la que respecta al carácter cíclico de la economía capitalista industrial que agrega a las crisis del comercio exterior y a la crisis del mercado interno las oscilaciones cíclicas del capitalismo nacional. No trataremos aquí de las oscilaciones cíclicas del capitalismo internacional o de los centros hegemónicos, porque nos llevaría a caminos muy largos. En la segunda parte de este libro se hacen referencias a ellas.

En lo que respecta al desarrollo del capitalismo monopolístico en nuestros países, es necesario resaltar su carácter específico. Es decir, se caracteriza por la estrecha combinación entre distintos elementos específicos de nuestra condición dependiente. En la acumulación de capital de nuestros países se combinan distintos procesos que producen un capitalismo esencialmente inflacionista. La necesidad de que el Estado tome la iniciativa de la producción en los sectores básicos, de tal forma que se cree la infraestructura del sector industrial, lo hace asumir múltiples responsabilidades que generalmente son deficitarias por la presión de los que utilizan estos servicios en el sentido de pagar bajos precios. El financiamiento de las inversiones desarrollistas privadas también exige adelantos estatales logrados en base a la expansión del circulante monetario. El sistema bancario, presionado por la demanda de financiamientos a largo plazo, busca su refugio en el Estado que le proporciona los fondos necesarios, asumiendo esta responsabilidad inflacionaria. La acción de los monopolios conduce al aumento de los precios y además las presiones de ampliación del consumo de las clases medias también actúan como otros factores inflacionarios.

La teoría económica latinoamericana de los nacionalistas y de la CEPAL le ha dado énfasis al llamado carácter estructural de la inflación de los países subdesarrollados. La inflación sería un producto de la oferta insuficiente frente a la demanda en expansión, cuya causa estaría en los sectores subdesarrollados que producirían cantidades inferiores a las necesidades. Una oferta insuficiente conduciría, pues, al aumento de los precios. Por tanto la inflación tenía que ser eliminada a través del desarrollo. Esta teoría no hace más que reflejar, nuevamente, la tendencia de la teoría del desarrollo de echar la culpa de todos los males del sistema al “subdesarrollo” y no al desarrollo capitalista. El hecho de que la industrialización no haya eliminado la inflación, sino que la haya aumentado, debilita esta teoría. La justificación que se da es considerar la inflación como marginal y necesaria para lograr el desarrollo. Las políticas propuestas por estas teorías están orientadas hacia medidas de carácter desarrollista, poniendo en segundo plano el problema de la inflación, puesto que se la considera como un fenómeno supraestructural. La realidad actual de algunos países de Latinoamérica presenta una situación de estancamiento junto a altas tasas de inflación, lo que ha hecho caer esta teoría y llevó al paroxismo a sus defensores obligándolos a admitir la necesidad de políticas de estabilización monetaria toda vez que llegan al poder.

La inflación es una expresión de las contradicciones del desarrollo capitalista en general y en nuestros países es la expresión de un conjunto muy complejo de contradicciones específicas. El crecimiento capitalista, que aumenta necesariamente el monto del dinero en circulación, la presión salarial y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, que se contrarresta de muchas formas, pero que no deja de estar presente, conducen a la inflación. Los distintos grupos luchan por quedarse con la natural redistribución del ingreso que provoca el proceso inflacionario y generan así nuevas presiones inflacionarias.

La realidad del ciclo capitalista en los países llamados *en desarrollo* no ha sido reconocida por los economistas, sobre todo en un momento en que se busca negar, en gene-

ral, el carácter cíclico del neocapitalismo. Solamente los monetaristas y algunos marxistas lo plantean. En la realidad, sin embargo, todos los gobiernos latinoamericanos reconocen hoy día, por experiencia propia, la necesidad de amplias medidas antinflacionarias con efectos evidentemente depresivos sobre la economía.

La necesidad de esta política antinflacionaria es el elemento que complica y debilita más fuertemente el esquema de poder inmediato de las clases dominantes. La política de estabilización es un inteligente sistema de estabilizar los negocios a través de la liquidación de amplias capas pequeño-burguesas y proletarias, como lo intentaremos demostrar en la segunda parte de este libro. Tal política es eminentemente antipopular y nítidamente antirreformista en la fase de combate a la inflación. Esta es la causa más inmediata del recurso a los recientes golpes de estado por la clase dominante en América latina. La necesidad de aplicar una política de estabilización exige un gobierno fuerte que la garantice en contra de la presión de todos los sectores afectados. La combinación de la crisis de estructura con la crisis capitalista provoca, pues, una situación profundamente difícil para las clases dominantes y muy favorable para la unificación de los trabajadores (obreros y de clase media) en contra de esa política antipopular.

7. *Las alternativas: socialismo o fascismo.*

¿Cuál sería el desarrollo posible de la crisis latinoamericana considerando los elementos que la componen? En resumen, ¿cuáles son las alternativas que se plantean a nuestros países inmersos en esta situación? La combinación de la crisis del desarrollo capitalista industrial dependiente con la crisis del comercio exterior, de los sectores exportadores y tradicionales y de la acumulación de capital monopolístico dependiente, produce una situación revolucionaria. En una situación revolucionaria la clase dominante no está satisfecha con las formas de dominación que ejerce y las clases dominadas e intermedias pierden su confianza en la legitimidad del poder existente. Este es el resultado de

la profunda crisis actual: la necesidad de buscar nuevas formas de acción política y nuevos modelos de organización social y política que se adecúen a las exigencias de los profundos cambios operados en la base productiva de la sociedad. Las contradicciones de la situación de crisis producen enfrentamientos que tienden a radicalizarse progresivamente hacia una solución más definitiva.

Las alternativas del desarrollo de la situación de crisis actual sólo pueden ser planteadas dentro de los cuadros impuestos por ella. Al pensamiento social le cabe buscar los componentes esenciales de esta situación, de tal forma de descubrir cuáles son las posibilidades de desarrollo que ella ofrece. Es en función de esas posibilidades que tiene que aplicarse la libertad humana, que es la responsable final por el desarrollo de la historia humana. Podemos ver estas alternativas desde dos puntos de vista. En primer lugar, desde la perspectiva del desarrollo inmediato de la situación actual; en segundo lugar, desde la perspectiva de la solución final de las principales contradicciones específicas de esta situación, es decir, desde el punto de vista de la eliminación de la crisis actual. Esta perspectiva supone el análisis de un cuadro histórico más amplio y un buen conocimiento de las tendencias actuales y de su posible evolución en un futuro próximo.

Del análisis somero de la crisis latinoamericana, que presentamos, podemos sacar algunas conclusiones muy generales.

En primer lugar, la política de reformas patrocinada por el imperialismo en alianza con sectores nacionales (clase media técnica o "inteligencia", sectores de la burocracia civil y militar, sectores de la dirección del movimiento sindical, sectores empresariales nacionales y extranjeros) asumió las formas más variadas y siempre encontró dos límites profundos: a) el límite estructural del desarrollo dependiente debido a la interdependencia entre la industrialización y el sector exportador tradicional y al carácter excluyente del desarrollo industrial capitalista dependiente. A estos límites estructurales hay que agregar, como lo hemos mostrado, la imposibilidad de conciliar una política

reformista con la necesidad de controlar la inflación; b) el otro límite es el político. Las contradicciones profundizadas por la crisis general del desarrollo capitalista dependiente conducen a una situación extremadamente explosiva para poder ser manejada a través de una política de masas. Esto obliga a la clase dominante a buscar realizar en primer lugar una política desde arriba basada en gobiernos fuertes con apoyo de élites escogidas, la cual ha fracasado. En segundo lugar, la clase dominante recurre a una política represiva que hace acumular el carácter explosivo de la situación.

Frente a estos límites, por tanto, el desarrollo de la situación indica una dirección única: la radicalización política entre gobiernos fuertes y el movimiento popular. Algunos sectores ligados a las concepciones nacionalistas de los años 30 al 60 intentan escapar todavía a esta dura opción histórica y buscar actuar en la dirección de una tercera alternativa reformista y desarrollista. Pero cada vez más, frente a la imposibilidad de realizarla, el movimiento nacionalista se divide en dos corrientes: una corriente nacionalista revolucionaria que se aproxima a la izquierda y que ha sido la principal base del movimiento guerrillero latinoamericano y una corriente nacionalista reformista desarrollista que acepta la inevitabilidad de la dependencia y propone una solución de "parche": un desarrollo dependiente en que se negociara la participación del capital extranjero en fórmulas mixtas que implicarían una gran participación estatal, único sector capaz de resistir, según ellos, la ofensiva del gran capital multinacional. Siendo el sector militar el más importante soporte del capitalismo de Estado, ven en ello la gran posibilidad de realización de esta política que ha buscado una analogía histórica en el naserismo. La viabilidad de esta alternativa está condicionada a su capacidad de adaptarse a las condiciones del desarrollo industrial dependiente, lo que significa que no podrá solucionar las contradicciones que hemos estudiado y por tanto no ofrece en realidad ninguna solución a largo plazo. Estos gobiernos no podrían vencer las contradicciones entre sus intenciones nacionalistas y reformistas y los

acuerdos hechos con los intereses del gran capital multinacional y entre la necesidad de apoyo de masas y la contradicción entre los intereses de la mayoría de la sociedad y este desarrollo dependiente. Esta alternativa no es más que una fórmula de transición, si es que tiene viabilidad a corto plazo en algunas partes, frente a las verdaderas alternativas que produce la crisis del desarrollo capitalista dependiente.

Son evidentes las condiciones estructurales que conducen al inevitable fracaso del camino reformista con apoyo de masas (el populismo latinoamericano está hoy día en sus estertores finales), del camino reformista a través de gobiernos de fuerza ilustrados y apoyados en élites sociales y políticas, del camino reformista de dependencia negociada basado en la acción estatal y militar. En fin, es claro el fracaso de una solución que busque de alguna forma preservar el actual compromiso entre los distintos órdenes y fuerzas sociales que se entrecruzan y complementan antes del rompimiento definitivo del equilibrio entre ellas; puesto que el desarrollo del gran capital multinacional conduce inevitablemente a la necesidad de un enfrentamiento definitivo entre estas fuerzas, hacia las cuales los latinoamericanos, formados en tantos años de compromisos entre fuerzas tan dispares, estructuras tan contradictorias y superestructuras ideológicas tan difícilmente compatibles, están siendo arrastrados.

La opción que se va desarrollando en este proceso es, pues, entre una profunda revolución social que permita establecer las bases de una nueva sociedad sobre las ruinas del viejo orden decadente y que ofrezca a Latinoamérica un papel de gran importancia en la fundación del mundo del futuro y, de otro lado, la alternativa de la victoria de las fuerzas más retrógradas y bárbaras de nuestro tiempo, la cual sólo se podrá lograr sobre la destrucción física de los liderazgos populares y de gran parte de sus militantes.

¿Cómo puede concretarse esta segunda y terrible alternativa en América latina? Sólo a través de la formación de un movimiento de masas pequeño-burgués con apoyo en capas

marginales de la población y del latifundio decadente, fundado en una ideología profundamente irracionalista que pudiera fundamentar tal carga de barbarie y de atraso. Este sería nuestro fascismo colonial.

Desgraciadamente, las formas de esta situación ya se anuncian en América latina a través de algunos países como Guatemala y Brasil, donde dichas formas se hicieron públicas a través de acciones terroristas, y en muchas otras partes bajo manifestaciones menos claras.

Este libro busca analizar en profundidad esta situación de crisis general y esta alternativa tan crudamente rígida en el caso brasileño, donde ella asume su forma más desarrollada. Brasil es hoy día un muestreo de esas contradicciones bajo su forma más aguda. Allí el desarrollo capitalista industrial alcanzó su forma más avanzada y paradójica en Latinoamérica; allí también, las sobrevivencias de los viejos órdenes, conservados en el seno de las nuevas formas y con ellas combinados, llegaron a sus facetas más retrógradas. Ahí encontramos terribles o liberadores presagios para América latina.

Pido a los lectores que lean este libro con la mente libre de prejuicios y espero no crean que el espíritu científico entra en contradicción con el lenguaje agresivo y denunciador que asume a veces este trabajo. La verdad científica no tiene nada que ver con el lenguaje anodino de ciertos pretendidos cientistas sociales. La verdad científica es antes incendiaria que paralizadora. Bajo el nombre de "ciencia" lo que ellos disfrazan es la aceptación pasiva y cómplice del orden existente y de las formas de barbarie que éste realiza ahora y que anuncia practicar mucho más violentamente en el futuro.

II.—CRISIS ECONOMICA Y CRISIS POLITICA.

Miremos ahora hacia Brasil.

Brasil vive una crisis profunda. Una visión panorámica de los últimos trece años, nos mostrará una sucesión de pequeñas crisis que componen el cuadro de una crisis general:

En agosto de 1954, Getulio Vargas, ante su inminente deposición, se suicida y deja una carta testamento. Café Filho, que le sucede, gobierna sobre crisis sucesivas, y en noviembre de 1955, el entonces general Enrique Duffles Texeira Lott depone al Presidente en ejercicio para garantizar el puesto del candidato electo Juscelino Kubistchek. En el Gobierno de Juscelino ocurrieron pocas crisis de importancia y ninguna amenazó al poder central.

En agosto de 1961, después de siete meses de gobierno, renuncia el Presidente Janio Quadros, que había sido elegido por seis millones de votos, y una Junta Militar trata de impedir que llegue al poder el Vice-Presidente Joao Goulart. Un vasto movimiento de resistencia popular, cuyo centro era Río Grande do Sul, bajo la dirección de Leonel Brizola, impone a Goulart en el poder, pero los jefes políticos concilian con los jefes militares e instauran un régimen parlamentarista para impedir los plenos poderes de Goulart. Después de dos años de luchas y crisis sucesivas, Goulart recupera los poderes presidenciales por medio de un plebiscito en el que recibió el apoyo masivo de la nación, para realizar las reformas que prometía. La política de conciliación y demagogia de Goulart aumentó el descontento popular y provocó el levantamiento de los sargentos en Brasilia, en septiembre de 1963. Después Goulart trata de aumentar sus poderes con una petición de es-

tado de sitio, combatida por la izquierda y la derecha, que retira bajo presión popular.

El descontento continúa y Goulart intenta nuevas embes- tadas a través del comicio del 13 de marzo de 1964, en que decreta el embargo de las refinerías de petróleo y la ex- apropiación de las tierras ubicadas al margen de las carre- teras y vías férreas. En el país se advierte un fervor revol- ucionario y los marinos realizan el 25 de marzo una reu- nión en el sindicato de los metalúrgicos del Estado de Gua- nabara, que el Ministro de Marina en vano procuró reprim- ir. Goulart trata una vez más de conciliar la situación, ante una tensión gigantesca en los medios militares que se trizaban verticalmente. El 30 de marzo, bajo terribles pre- siones de la oficialidad conservadora, se reúne con más o menos 5.000 sargentos en el Automóvil Club, tratando de asustar a la derecha y, al mismo tiempo, de controlar el mo- vimiento pidiendo disciplina. Todo es en vano. La derecha, que dispone del apoyo de la clase media, asustada por la inflación y por el clima de agitación social, pasa a la ofen- siva e inicia el levantamiento en Minas Gerais.

Ante la necesidad de apelar a una resistencia popular, Goulart renuncia y entrega el poder. Las fuerzas popula- res, desarmadas y atónitas, no consiguen tomar el poder, el que es asumido por el complejo de las fuerzas insurreccio- nales. La instalación de un gobierno fuerte que encarceló a obreros, estudiantes, intelectuales y campesinos; que su- primió los derechos políticos de vastos sectores del movi- miento popular y del ala progresista de la burguesía, no terminó, pese a todo, con la sucesión de crisis. Durante los dos años de gobierno dictatorial, el poder central se vio amenazado por resistencias en Goiás, que motivaron la destitución del Gobernador Mauro Borges, y por sucesivas crisis militares y parlamentarias que condujeron a acciones discriminatorias y a la emisión de una segunda acta ins- titucional.

¿Qué hay tras esa sucesión de crisis políticas? y ¿cuál es el origen de esa tensión política en el país? ¿Que pers- pectivas tiene el desarrollo de la crisis brasileña? Este libro procurará responder estas preguntas.

Existe una crisis de formación socio-económica cada vez que las relaciones de producción existentes y la consi- guiente estructura institucional, política y cultural, no es- tán capacitadas para llevar adelante el desarrollo de las fuerzas productivas. A partir de entonces, la sociedad es azotada por continuas crisis, choques más o menos abier- tos de las fuerzas en lucha, hasta que una de esas crisis coyunturales desarrolla sus componentes generales y se crea una situación revolucionaria que exige una solución radical. En este proceso más o menos largo, de destrucción de una determinada forma social, las fuerzas se miden, se organizan y se reorganizan, combatiéndose en el plano de las ideas y de las luchas políticas; se preparan así para el choque definitivo que sólo ocurre cuando se agotan todas las condiciones de desarrollo de la vieja estructura, que se reformula a través de las crisis, así como las posibilidades de convivencia entre estas fuerzas.

Como pretendemos demostrarlo, esa es la situación de Brasil.

En este país existe hoy una crisis radical que abarca to- dos los sectores de la sociedad brasileña. El golpe de abril fue un paso definitivo en el sentido de esa radicalización social. Después de ella, todos los viejos esquemas de con- ciliación política están superados. Y si aún subsisten, son como resquicios de una situación anterior que se proyecta en el presente. En una resolución de la Asociación Inter- nacional de los Trabajadores, en 1871, sobre el anarquis- mo, Marx se refería a la supervivencia, en toda nueva si- tuación social, de los elementos del pasado. También en el "18 Brumario" se refería a la formulación hegeliana de que toda gran situación social se repite, pero asumiendo la forma de una farsa política.

Procuraremos determinar los componentes fundamenta- les de esa crisis, estableciendo sus dos momentos esencia- les, que surgen del propio carácter de la sociedad brasile- ña. Brasil tiene hoy una estructura capitalista industrial muy avanzada que determina el movimiento fundamental de la economía brasileña. Pero esta estructura, creada a base de un proceso de sustitución de importaciones, se ge-

neró y desarrolló dentro del cuadro de una economía colonial, agrario-exportadora, y mediante una alianza política y económica con ella. La supervivencia de ese vasto sector pre-capitalista industrial (expresada en el latifundio improductivo, en las relaciones semiserviles en el campo, en una burocracia estatal hipertrofiada e irracional, en una burguesía ligada a la especulación agrario-exportadora; expresada en la propia estructura *pletórica* de la administración de los monopolios capitalistas y de las grandes empresas, y en la organización financiera nacional) es hoy un límite definitivo para el desarrollo de una economía nacional.

Tenemos así una crisis estructural, que podríamos llamar la crisis del subdesarrollo, y que afecta a un vasto sector de la economía brasileña. Pero, al mismo tiempo, la existencia de un complejo capitalista industrial, financiero, comercial y agrario, especialmente en el centro-sur del país, y que se ha expandido hoy por casi toda la nación, agrega nuevos elementos de crisis. Este sector posee un mecanismo interno cíclico, propio de las economías capitalistas, más o menos próximo al modelo general de desarrollo capitalista. Fue la crisis de ese sector capitalista la que, al aliarse a la crisis del subdesarrollo, creó la complejidad de la situación social brasileña. La percepción de ese fenómeno es fundamental para esclarecer el carácter de la actual situación que se configura en el país.

No es posible un desarrollo capitalista sin resolver las contradicciones creadas por el ciclo de la coyuntura. En una fase de depresión económica como la que se inició en 1963 (después de una amenaza en 1960) —marcada por una extraordinaria inflación, generada en la fase de desarrollo y complicada por las supervivencias precapitalistas— el régimen capitalista industrial no puede enfrentar en forma decisiva a los sectores precapitalistas de la sociedad y realizar una política de reformas. La burguesía brasileña tardó mucho en comprender esa situación y trató de conciliar una política de estabilización con una política de reformas. Tal conciliación era imposible por los motivos que veremos en el transcurso de este libro. De hecho,

sus teóricos, o por lo menos una parte de ellos, terminaron por entender el problema.

Sin embargo, aún hoy se discute en el país la naturaleza de la actual crisis brasileña y también de la crisis general del Brasil. La ideología oficial procuró eludir el problema de la crisis del subdesarrollo y considerar que una mera solución de la crisis de coyuntura o capitalista, reintegraría tranquilamente al país a una política de desarrollo. Por otro lado, un sector aún dominante de la izquierda procuró oponer a la actual política económica de la dictadura, una política de desarrollo burgués-reformista, y procuró incorporar a esa política a los sectores descontentos de la burguesía. Tal posición ignora por completo el carácter de clase del actual Gobierno y sólo podrá conducir al fracaso. La única opción, o la única "alternativa válida" (como *pide* Roberto Campos, Ministro de Planeamiento de Castello Branco) a la actual política económica, es una política socialista, basada en la movilización social, en la congelación de los precios, en el control de las ganancias de las grandes empresas, en la nacionalización de los sectores fundamentales de la economía, en una reforma agraria radical que ataque a la propiedad de la tierra y cree formas de explotación colectiva de la agricultura brasileña. Por eso, en las actuales condiciones: *La perspectiva del desarrollo de la crisis brasileña lleva inevitablemente a la opción entre socialismo o estagnación burguesa*. Todas las otras alternativas son utópicas.

Pero la burguesía puede superar la actual crisis y, como veremos, la actual política económica se encamina a esto, apoyada sobre todo en los errores de la oposición de izquierda, que procuró lanzar contra el gobierno enemigos ficticios, dejándolo con las manos libres para actuar frente a una oposición que nunca lo amenazará definitivamente. Sin embargo, la superación de la crisis de coyuntura no le garantizará a la burguesía el poder, pues, para realizar una política de desarrollo a la altura de las necesidades de la economía brasileña, tendrá que enfrentar al sector atrasado de la economía nacional, por un lado, y a los obstáculos representados por el capital extranjero y por el

dominio del mercado externo por parte del imperialismo, por otro.

Frente a la amplitud de estas tareas, que exigirán una movilización nacional gigantesca, la burguesía fracasará una vez más. En vista de la imposibilidad de realizar el desarrollo sin esta movilización, se consolidará definitivamente una alternativa que desde ahora se está realizando: un capitalismo subsidiario, dependiente del imperialismo e incapaz, por tanto, de responder a las necesidades de un pueblo lleno de posibilidades históricas y que vive un proceso de profunda maduración política. Para consolidar esta alternativa, la clase dominante tendrá que recurrir a un gobierno mil veces más fuerte que el actual, mil veces más policial, basado incluso en la movilización de sectores de la pequeña burguesía y de la clase media, para controlar el movimiento popular.

Esta será, pues, la consecuencia: para consolidar tal alternativa, que ya se manifiesta en forma aún atenuada en la dictadura actual, solamente el fascismo sería la solución. Para hacer frente a esa alternativa, la nación sólo podría avanzar bajo el liderazgo de los sectores no comprometidos con el imperialismo: los obreros, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales, sectores de la clase media y de la pequeña burguesía. Por tanto, se requiere de un frente de trabajadores de la ciudad y del campo que conduzca al país por el camino de la reforma agraria, de la política externa independiente, de la planificación social y, por último, al socialismo. Esta es la opción verdadera a que Brasil se verá enfrentado en los próximos años: o el fascismo o el socialismo.

Cabe preguntar: ¿es posible una identificación tan estrecha entre una crisis económica y una crisis política, entre las posibilidades de desarrollo económico y las formas de gobierno o regímenes políticos?

La relación entre las crisis económicas y las formas de gobierno no ha sido aún objeto de un estudio sistemático. Sólo incidentalmente ha sido tratada en función de situaciones concretas. En realidad, esas relaciones sólo pueden ser establecidas teóricamente en forma muy general. Cuan-

do nos aproximamos a una situación histórica concreta y encontramos sus determinaciones, vemos que el juego de las fuerzas políticas tiene posibilidades de acción condicionadas por un restringido número de posibilidades económicas, que se van tornando tanto más estrechas cuanto más profunda es la crisis. Por tanto, en las situaciones de crisis aguda, se tornan más claras y más prominentes las posibles soluciones. Así, el acto político es quien decide (por tanto, el hombre) qué camino debe seguirse, pero las posibilidades históricas están dadas dentro de determinadas posibilidades económicas. La determinación, que comienza en lo económico, se realiza a través del acto consciente o político, y vuelve a lo económico, actuando sobre él, dentro de las condiciones que él estableció.

La ciencia social puede trazar, así, las determinaciones generales del sistema y sus posibles coordenadas. Dadas esas condiciones, el proceso seguirá tal camino si ocurre esto, o tal otro si ocurre aquello. La libertad humana no sólo se "salva" de esa forma, sino que se convierte en un componente intrínseco del proceso social: su componente decisivo.

El método de análisis que tendremos que seguir será, pues, esencialmente dialéctico. Su papel es el de detectar las bases esenciales del movimiento de la sociedad brasileña. Mostrar que este proceso, al desarrollarse, lleva hasta sus últimas consecuencias sus contradicciones internas y conduce a soluciones determinadas, cuya realización histórica dependerá de la acción política de las organizaciones, clases, grupos y personas que lo han estado viviendo. Pero, evidentemente, si éstas actúan tratando de realizar soluciones imposibles, sin una comprensión más o menos profunda de ese movimiento esencial y de sus manifestaciones inmediatas, estarán actuando en el sentido de la conservación, de la inercia social y, por tanto, de la victoria de los sectores más retrógrados.

Este es, pues, el gran drama de las clases revolucionarias: la fuerza de la inercia opera contra ellas y solamente su conciencia y voluntad organizada pueden vencer a sus adversarios. Nada más peligroso para una clase revolucio-

naría que el desprecio al estudio y al pensamiento, a la disciplina revolucionaria, a su independencia ideológica y organizativa. El método de análisis y el rigor del conocimiento no son, pues, cuestiones bizantinas o secundarias. Son, por el contrario, decisivas para la solución de los conflictos sociales; son cuestiones prácticas, concretas.

La visión metodológica de este libro parte de dicho principio. Al analizar la crisis brasileña procuraremos determinar su movimiento propio y específico. La situación internacional en que este movimiento se desarrolla es tomada como condición general, no como demiurgo del proceso nacional, porque la forma en que esa situación actúa sobre la realidad nacional está determinada por los componentes internos de esta realidad. Ante todo es una forma cómoda la de sustituir la dinámica interna por una dinámica externa. Si esto fuera posible, estaríamos eximidos de estudiar la dialéctica de cada uno de los movimientos del proceso global y sustituiríamos el estudio de las diversas situaciones concretas por una fórmula general abstracta. Nada sería más antidialéctico y antihistórico.

Nada excluye en forma más decisiva el papel de la acción y la conciencia humana en el proceso real de la sociedad, ya que si fuera posible determinar el proceso real a través de una fórmula general, esta determinación sería inútil, ya que cualquiera que fuera nuestra acción, el proceso alcanzaría siempre el mismo resultado. Así, la dialéctica exige que la ligazón entre el todo y sus movimientos particulares, tanto en el tiempo como en sus elementos diversos, sea fruto de análisis específicos y particulares. Una de las características fundamentales del stalinismo, en el plano del pensamiento, es esa sustitución del análisis particular por las generalidades. Tal deformación estuvo a punto de establecer las leyes generales de la dialéctica, como si ella fuera una lógica formal y no una lógica histórica-concreta, cuyas leyes sólo se desprenden del estudio de las situaciones histórico-concretas.

Si la economía internacional (cuyas leyes tenemos que estudiar históricamente, pues tienen una realidad propia y no dependen hasta cierto punto de las economías naciona-

les) puede determinar definitivamente el movimiento nacional, la revolución sería un acto internacional único. Sin embargo, sabemos que, por sus propias características, esto no puede ocurrir. Las revoluciones dependen de dinámicas nacionales que deciden sobre su posibilidad o no, reflejándose sobre la situación internacional.

Si de un lado analizamos el problema brasileño en el marco de la integración internacional del imperialismo con las diversas burguesías nacionales, por otro lado analizamos, al mismo tiempo, el movimiento interno de la clase dominante brasileña, en el sentido de realizar esa integración y las contradicciones que ello trae para el propio desarrollo capitalista del país. La posibilidad o no del predominio de esa política burguesa, la forma cómo se realizaría y sus contradicciones, serán decididas por la acción consciente del pueblo brasileño. Lo que sólo permite situar la responsabilidad histórica de cada pueblo en un nivel internacional, ya que de sus acciones depende la suerte de los otros pueblos. Más grave se torna esta cuestión cuando se trata de un país como Brasil, que representa un papel decisivo en el contexto mundial, y cuyo destino repercute (y repercutirá todavía más) en forma decisiva en el destino de la humanidad.

SEGUNDA PARTE

LA
CRISIS ECONOMICA

III.—LA CRISIS DEL SUBDESARROLLO: EL IMPERIALISMO Y EL MERCADO EXTERNO.

1. *Las burguesías de los países subdesarrollados.*

El proceso de desarrollo del régimen burgués es, al mismo tiempo, el proceso de desarrollo de su enemigo histórico: el proletariado. La experiencia de las revoluciones burguesas en la Europa de los siglos XVIII y XIX ya revelaron esta contradicción interna: para derrotar sus enemigos del antiguo régimen feudal, la burguesía movilizaba a un proletariado que pasaba a amenazarla en el curso de su propia revolución. Fue el caso del gobierno revolucionario de Robespierre en la Revolución Francesa, que fue obligado a tomar medidas de precios máximos, confiscar stocks, intervenir en la economía privada. Para derrumbar esta amenaza, la burguesía tuvo que aliarse con la nobleza y con el campesinado acomodado gracias a la entrega de las tierras que le diera la Revolución, recurriendo a un régimen de fuerza para mantenerse en el poder. De esta reacción burguesa, que se inició en Termidor, surgió Napoleón Bonaparte para continuar la revolución burguesa por el método autoritario y mediante compromisos con los más diversos sectores de la reacción europea.

Aún más dramático fue el caso de la burguesía alemana, en 1848, la cual, atrasada en su revolución política, tuvo que contar con el proletariado, que estaba ya organizado y era mucho más consciente. Temerosa de sus aliados urbanos y del movimiento campesino, su aliado natural en la lucha contra las cargas feudales, renunció a su revolución y se vio en los brazos de sus enemigos de la reacción. Tuvo que continuar la revolución por el método autoritario y por la conciliación bismarckista. Fue esta capitulación, su-

mada más tarde a la capitulación de las direcciones socialdemócratas en la postguerra, las que llevaron a Alemania a conservar viva una gran fuerza reaccionaria que se agruparía en torno al nazismo, la más terrible expresión de la contrarrevolución burguesa.

En febrero de 1917, en la Rusia Zarista se realizó la revolución burguesa, antimonárquica y antifeudal, por la acción de los obreros y campesinos, que se agruparían después en torno a los soviets, creando un doble poder: el poder burgués del gobierno provisorio y el poder obrero y campesino de los soviets. La opción que se configuró, mientras se desmoronaba la solución bonapartista de Kerensky, sería una acción contrarrevolucionaria de la burguesía aliada a los grandes propietarios rurales (Kornilov) o una solución revolucionaria socialista —todo el poder a los soviets (bolcheviques)— victoriosa en octubre.

El paso de revolución burguesa a socialista en los países atrasados estuvo presente en todo el período entre guerras, y cobró una nueva expresión con la revolución china, en la que un partido de ideología socialista y proletaria dirigió la masa campesina y pequeño-burguesa para estructurar un estado socialista. Estas revoluciones fueron posibles bajo la forma nacionalista debido a la creación de una economía imperialista mundial que transformó los movimientos de liberación nacional en lucha contra el sistema capitalista mundial y entregó su liderazgo a sectores populares, mediante la alianza de las burguesías nacionales con el imperialismo, o, por lo menos, mediante sus indecisiones entre éste y el movimiento popular.

Merece un estudio especial el caso del movimiento nacionalista que se desarrolló en los países latinoamericanos después de la Segunda Guerra Mundial. La industrialización que muchos de estos países lograron durante el período de la crisis del 29, y su consecuencia posterior que se manifestó en el aumento de las exportaciones durante la guerra, creó un proletariado y una clase media urbana que se transformarían en valiosos luchadores por el desarrollo. Surgió en estos países una onda revolucionaria creciente

que tuvo sus principales ejemplos en Bolivia, Guatemala y Cuba.

En el primer caso, después de la revolución, la burguesía se vuelve contra sus antiguos aliados y se alinea al lado del antiguo enemigo común en la lucha nacionalista: el imperialismo. En el segundo caso, asistimos a la capitulación burguesa, debido a la incapacidad de la burguesía de movilizar a su aliado natural que, en este caso, sería especialmente el campesinado. En el tercer caso, la capitulación burguesa fue superada por una dirección revolucionaria ligada al campesinado armado, al proletariado y a las clases medias urbanas.

¿Cuál es el origen de esta capitulación burguesa? El grado de desarrollo que alcanza la tecnología moderna no le permite a un país atrasado desarrollarse suficientemente sin contar, por lo menos en cierto momento, con la ayuda de elementos técnicos y científicos de los países adelantados. Dentro del contexto capitalista, y debido al monopolio mundial de los capitales, los mercados y las patentes, se le hace imposible a un capitalismo atrasado encaminarse por la senda del desarrollo sin el apoyo de estos capitales. Al mismo tiempo, el imperialismo, que viene realizando un proceso de integración mundial, penetra profundamente en los sectores más lucrativos de la economía de estos países, en alianza con poderosas fuerzas internas.

Después de 1945, esta integración atañe profunda y progresivamente al sector político militar ligado a los países de todo el mundo capitalista por un sistema de tratados y acuerdos militares que lo vincula a la defensa común del “mundo occidental cristiano”. Pero el imperialismo está impulsado por intereses de lucro, y el desarrollo de los países atrasados está profundamente comprometido por esta integración, pues la creación de una industria pesada daría gran independencia económica a los países en desarrollo, restringiría el mercado imperialista y sus productos irían a competir con los productos imperialistas en los mercados de los países industrializados. Debido al carácter de este proceso de integración, hoy es utópico esperar que la burguesía de cualquier país atrasado pueda obtener

un "status" independiente sin que para ello tenga que movilizar fuerzas sociales cuyos límites revolucionarios no son controlables por ella.

La burguesía de los países atrasados es, pues, esencialmente capitulacionista. Está dispuesta a sacrificar el desarrollo nacional y su liberación económica y política, a cambio del apoyo económico y de la seguridad interna que el imperialismo le promete. El carácter universal de este proceso explica la creciente unidad del movimiento antimperialista en todo el mundo. Unidad que es atribuida por las clases dominantes, en su visión deformada y policial, a "los peligrosos agentes del comunismo mundial". Son las propias contradicciones del imperialismo contemporáneo las que forjan esa unidad de las clases trabajadoras de todo el mundo en una lucha común contra la dominación imperialista y contra las clases nacionales dominantes que sustentan esta dominación y se apoyan en ella con creciente intensidad.

La conclusión que podemos sacar de este análisis es que el actual esquema de relaciones entre países atrasados y desarrollados significa un obstáculo para el desarrollo de los primeros, obstáculo que sólo puede ser superado a través de la movilización de las fuerzas sociales dominadas, que se componen en su mayoría de trabajadores urbanos y rurales. Como vimos en la primera parte, existe una situación revolucionaria cada vez que las relaciones sociales predominantes en una sociedad se convierten en un impedimento para el desarrollo de las fuerzas productivas. Configurada esta situación, la sociedad pasa a ser convulsionada por un período de crisis constantes en las que se generan los medios políticos, organizativos e ideológicos para la superación de las antiguas relaciones. Esta es la fuente de la crisis general del mundo subdesarrollado.

2. La balanza de pagos.

Las condiciones de la economía mundial arriba descritas se reflejan en Brasil y América latina a través de una crisis global del sector de exportación e importación —sea de

bienes, de servicios, o de capitales. Tal crisis está determinada básicamente por la dificultad del sector agrícola-exportador y por el carácter comprometido del desarrollo capitalista brasileño con respecto al capital internacional. Su reflejo es la balanza de pagos, que abarca todos los ítems de las relaciones económicas y financieras con el exterior. Los constantes y sucesivos "déficit" presentados por nuestra balanza de pagos tienen su origen en cuatro factores correlativos: la baja de los precios de los productos de exportación, la remesa de lucros, los transportes y servicios y, como consecuencia de estos "déficit", las deudas externas que pasan a constituirse en un peso específico en la balanza de pagos. Por el análisis de cada uno de estos factores podremos comprender el límite que tal estructura de relaciones internacionales representa para el desarrollo económico del Brasil.

a) *Baja de los precios de exportación.*

Terminada la guerra de Corea se inició un movimiento de baja de los precios de las materias primas, cuando se acabaron los stocks acumulados durante la guerra. Además de estos factores, que podríamos considerar circunstanciales, esta baja de precios de exportación tuvo su origen en el aumento de la oferta mundial de materias primas y productos agrícolas. Este aumento se debió a la introducción de nuevas técnicas en los países productores, la extensión de las áreas productoras y el aumento de la producción de los países africanos y asiáticos. Por otro lado, se intensifica esa baja, a consecuencia de la tendencia decreciente por la demanda de estas materias primas, debido a la introducción de nuevas técnicas en los países compradores, en los cuales los productos primarios son sustituidos por productos químicos. Como no podía dejar de ser, el café brasileño, nuestro principal producto de exportación, está sufriendo las consecuencias de estos cambios conjuntos del comercio internacional. (1) Según los índices eco-

(1) El café brasileño sufre hoy la competencia del café africano,

nómicos nacionales de *Conjuntura Económica*, el precio del café cayó de 124 en 1954, a 88 en 1955; 76 en 1958; 60 en 1959; 56 en 1962; 55 en 1963; 73 en 1964; 73 en noviembre de 1965.

Agravando esta tendencia a la baja de los precios de los productos de exportación que atañe al azúcar, el cacao y al algodón, cae al mismo tiempo el volumen de importación del café brasileño por parte de los EE. UU. La importación de café de EE. UU. bajó de 16,8 millones de sacas en 1960 a 14,8 millones en 1964. La exportación brasileña de café bajó de 16.964.262 sacas en 1961, a 13.497.446 en 1965. Por otra parte, nada indica que pueda ocurrir una tendencia contraria, no sólo por los stocks acumulados en EE. UU. sino también por sus crecientes relaciones con el mercado africano; aprovechando el café africano mezclado con tipo suave se obtiene un producto semejante al brasileño. Complementando los factores que agravan las perspectivas de la baja, tenemos el aumento de la oferta mundial de café, sobre todo africano. Restaría la posibilidad de venderle al Mercado Común Europeo, pero los acuerdos con sus colonias y ex colonias oponen barreras inamovibles a nuestros productos. La hipótesis de exportación para los países socialistas, donde existe un mercado potencial, está excluida en la actual coyuntura, por la conciliación interna de la burguesía con la reacción y por las dificultades que el comercio bilateral, de gobierno a gobierno, provoca en una economía capitalista.

de tipo inferior, debido a los "blends" que se desenvuelven en EE. UU. A través de la mezcla del café africano con el café suave, se obtiene un tipo medio equivalente al café brasileño. El resultado es que la producción exportada de café brasileño creció en los últimos años hasta 143,7, el suave creció hasta 160,1 y el africano a 344,2.

- (2) Superintendencia de Moneda y de Crédito, en Caio Prado Junior "Balance de las Operaciones Financieras del Imperialis. mo en Brasil". Brasileño, Nº 40, página 11. Los datos del 62 y el primer semestre de 1964 fueron obtenidos en la revista *Conjuntura Económica* y no incluyen las remesas de "royalties" y pagos por auxilio técnico.

Finalmente, como último factor agravante de esta tendencia a la baja de los precios de los productos de exportación, tenemos los crecientes stocks comprados por el gobierno brasileño para financiar a los productores y negociantes del café. Tal política estimula la producción, a pesar de las frágiles medidas de erradicación de cafetales que encuentra siempre fácil solución, da la fuerza política de los cultivadores de café que funcionan como poderoso grupo de presión a través del IBC. Debido al golpe de abril, tales grupos se sienten aún más poderosos y estimulados, y el pueblo brasileño tuvo que financiar en 1965 una gigantesca zafra de café superior en 90% a la de 1964. En 1947, teníamos 17.050.000 sacas de café en stocks; en 1951, 7.715.000; en 1956, 17.476.000; en 1960, 61.639.000; en 1965, 50.000 sacas. Casi cuatro veces el volumen de exportación brasileña.

Debemos destacar el carácter atrasado y antieconómico del gran sector de producción del café, sustentado por esa política de financiamiento. En 1962, el GERCA (Grupo Ejecutivo de Racionalización de la Cafeicultura) determinó la existencia de: 2.000.000.000 de cafetales reputados de antieconómicos y que ocupaban a cerca de 700.000 trabajadores con un sistema tradicional de trabajo y con una producción de 6 sacas de café beneficiado por hectárea. El programa de erradicación de cafetales, entonces trazado, pretendía renovar 500.000.000 de pies, con la diversificación y mejoramiento técnico del plantío en el área afectada.

De éstos, fueron erradicados en tres años solamente 587.536 cafetales, sin que el programa de diversificación fuese ni lejanamente cumplido. Estos datos, que fueron sacados de un estudio de *Desenvolvimento & Conjuntura* (febrero de 1966), muestran la amplitud del problema, sus profundas consecuencias sociales y la influencia de que aún disfrutaban los grupos de producción y comercialización del café para impedir la acción sobre estas deformaciones. Situación semejante tenemos en la industria azucarera, en el cacao y en el algodón.

Todo eso demuestra que el problema de la baja de los

precios de los productos de exportación no es sólo de gran complejidad en el plano internacional, sino también en el plano interno. La gravedad de la crisis se refleja en nuestra balanza comercial, disminuyendo las posibilidades de importación.

b) *La remesa de lucros.*

Otro factor que ejerce enorme presión sobre nuestra balanza de pagos, reduciendo nuestra reserva de dólares, son las remesas de lucro, "royalties", etc., agravadas por el aumento del capital remunerado de las empresas extranjeras (reavalúo de activos), por la ausencia de límites a las remesas y a los altos lucros, por la integración creciente del capital extranjero en la economía brasileña a través de reinversiones de capital, control de los principales sectores de producción, dominio del mercado de productos y del capital; y finalmente, por la estrecha dependencia técnica científica que se expresa en el pago de "royalties", ayuda técnica carísima (muchas veces ficticia) y financiamientos a alto interés. Según el cálculo de Caio Prado Junior, las cifras globales de entrada y salida de capitales extranjeros (considerándose el pago de royalties, patentes, ayudas técnicas, etc.) presentan en conjunto un saldo negativo para nuestra economía: en 1948, 70 millones de dólares a favor de las remesas; en 1950, 68 millones; en 1954, 128 millones; en 1956, 21 millones; en 1958, 9 millones; en 1960, 227 millones. Tomando en cuenta solamente la entrada y salida de recursos particulares (donde no se cuentan los "royalties", ayuda técnica, etc.) tuvimos un "superávit" de 165 millones en 1962, que en 1964 sería solamente de 12 millones de dólares, y en 1965, un "déficit" de 78 millones de dólares. Si retiráramos de la entrada de capitales 62 millones de dólares referentes a la importación de trigo norteamericano, considerados indebidamente como "capitales", tendríamos, en 1964, un "déficit" real de 50 millones de dólares.

Vemos así que la entrada de capitales extranjeros tiene un sentido contradictorio: al mismo tiempo que suple la

necesidad de un capitalismo que no está en condiciones de realizar la acumulación y concentración de capitales necesarios para las grandes inversiones y que depende de la compra de máquinas, materias primas y "know how" extranjeros para instalar sus industrias, cobra, a cambio de esta suplementación de recursos, el monopolio de la producción y remite de vuelta altos lucros, "royalties", etc., transformándose en un factor de descapitalización y un tentáculo sobre el capital formado internamente. Tal contradicción limita las posibilidades de desarrollo de los países atrasados, como Brasil, que dependen de ese capital para desarrollarse dentro del esquema del régimen capitalista. Al mismo tiempo, no hay ninguna esperanza de que disminuyan tales remesas, pues son la condición misma de la inversión de capital en una economía basada en el lucro. Para agravar el problema, el Presidente Johnson pidió recientemente a los capitalistas norteamericanos que repatrien inmediatamente las ganancias que obtienen en el exterior a fin de disminuir los poderosos "déficit" de la balanza de pagos norteamericana, que se agudizan con los nuevos frentes militares que son obligados a abrir para garantizar al "mundo occidental cristiano".

Lo que podemos concluir es que el tipo de desarrollo basado en el capital extranjero trae consigo una amenaza de descapitalización que sólo podrá ser resuelta por un rompimiento internacional, ya que los capitales de los países desarrollados no aceptarían pasivamente que les disminuyeran los lucros (recordemos el papel de la ley de remesas de lucros en la acción del imperialismo en la conspiración que llevó al golpe de abril en Brasil: un artículo de la revista norteamericana *Fortune* y el discurso de Lincoln Gordon en el Senado norteamericano, mostraron el papel desempeñado por el IPES, por los capitalistas y por el gobierno norteamericano en esas circunstancias). En la economía brasileña tales remesas provocaron una descapitalización interna y restringieron las divisas, reduciendo las posibilidades de importación y de desarrollo, y obligando a la burguesía brasileña, para salir de esa situación sin

romper con el capital extranjero, a someterse progresivamente al control de este capital.

c) *Los fletes y servicios.*

La falta de una marina mercante nacional y el control internacional de los transportes de carga, obligan a Brasil a pagar un elevado tributo por su subdesarrollo. Los ítems de servicios en nuestra balanza de pagos no incluyen solamente los fletes, sino también el pago de servicios técnicos, viajes de turismo y otros ítems menores. Por los sucesivos saldos negativos que presentan, podemos percibir su importancia para disminuir nuestra reserva de dólares: en 1961, el ítem de servicios presentó un "déficit" de 169 millones de dólares; en 1962, 314 millones; en 1963, 261 millones; en 1964, 259 millones; en 1965, 410 millones (3). Tales "déficits" revelan la necesidad urgente de crear una marina mercante nacional que consiga evitar las presiones de los exportadores internacionales, que exigen la utilización de sus líneas de fletes (incluso los empréstitos gubernamentales norteamericanos son vinculados no sólo a la compra de productos norteamericanos, sino también a la utilización de sus fletes). Muestran también la necesidad de una política de formación de cuadros técnicos y científicos en alta escala que libere al país de "servicios técnicos" muchas veces ficticios; de una política de austeridad sobre el turismo internacional practicado incontroladamente por los sectores de alta renta. Pero la realización de esta política, más que audacia y claridad de visión, exige, por lo menos, una amenaza de rompimiento con todo el campo imperialista. El movimiento de abril gestó una situación de mayor dependencia entre la clase dominante brasileña

(3) Datos de Conjuntura Económica, Balance del primer semestre de 1964. Balance de 1965, 1º de febrero de 1966. Es interesante hacer notar el alto "déficit" del sector servicios, lo mismo que la baja en las importaciones y, por lo tanto, en los fletes en 1965. Esto revela que aumentó sensiblemente la remesa de lucros por el expediente de pago de servicios, auxilio técnico, etc.

y el imperialismo, que disminuye no sólo los planos de ampliación de nuestra marina mercante, sino también las propias flotas en funcionamiento, que aumenta la dependencia de la ayuda norteamericana y, por tanto, restringe mucho el área de maniobra de la burguesía frente a sus socios mayores imperialistas.

d) *La deuda externa.*

Como corolario de esas dificultades cambiarias, que son un mal crónico de nuestra economía subdesarrollada, las deudas externas se agigantan y son saldadas sucesivamente con nuevas deudas externas, ya que, salvo en períodos excepcionales, el país nunca consiguió equilibrar su balanza de pagos y mucho menos hacerla favorable. La deuda externa a comienzos de 1964, alcanza una cantidad cercana a los tres mil millones de dólares, de los cuales mil quinientos millones de dólares tendrían que ser saldados entre 1963, 1964 y 1965. La única solución pacífica para el problema sería la obtención de financiamiento internacional para cubrir las deudas inmediatas, siendo el Fondo Monetario Internacional la principal fuente. Es evidente que tal situación colocaba a la burguesía brasileña en las manos de los grandes centros económicos internacionales, a no ser que rompiese violentamente con estos organismos a través de una moratoria, que fue muy comentada, pero solamente como medio de presión, pues tal rompimiento llevaría inevitablemente al país a una aproximación inmediata al campo socialista, lo que significaría una amenaza para su propia estructura capitalista interna.

Después de abril, el gobierno brasileño consiguió apoyo inmediato de los organismos de crédito internacionales. A mediados de 1965, la Alianza para el Progreso, según publicaron nuestros diarios, concedería empréstitos al país por valor de 374 millones de dólares, mientras que las agencias internacionales de financiamiento concederían 397.7 millones de dólares más, totalizando 873 millones en empréstitos. La parte concedida por la Alianza para el Progreso se destinó en general a "programas de desarrollo

económico" (4) que en nada ayudan a nuestras importaciones esenciales, pues vinculan los empréstitos a la utilización de fletes y productos norteamericanos, que compiten con la industria nacional. Sumando los 187 millones destinados a acuerdos compensatorios y de estabilización, a los 397,7 millones de las agencias de financiamiento, tendremos un total de 584,7 millones de dólares, hasta abril de 1965, destinados a cubrir una deuda vencida de mil quinientos millones de dólares. Restaban, todavía, cerca de 900 millones de dólares, a pesar de la concesión del mineral de hierro a la Hanna Corporation, de la derogación de la ley de remesas de lucro, de la compra de los bienes viejos y despreciados de las compañías de electricidad norteamericanas AMFORP, del apoyo irrestricto a la política externa norteamericana. Y no nos estamos refiriendo a cerca de mil quinientos millones de dólares que es el resto de la deuda externa. Como se ve, el problema está lejos de ser resuelto y la deuda externa continúa actuando como factor limitante del desarrollo, arrastrando la economía brasileña a una dependencia cada vez más estrecha de los centros económicos del capitalismo mundial.

3. Política externa independiente.

Como puede deducirse, de los datos y del análisis anterior, el capitalismo brasileño tendría dos caminos fundamentales para resolver, por lo menos en parte, su problema cambiario. El primero sería romper con la dominación imperialista, aumentando el comercio con los países socialis-

(4) De acuerdo al informe del Comité Coordinador de la Alianza para el Progreso (COPAC), solamente 187 millones de dólares fueron destinados a acuerdos compensatorios y de estabilización. El restante fue destinado a los sectores de energía eléctrica, 484 millones de cruzeiros; transporte, 423 millones; educación, 207 millones; salud y saneamiento, 11,8 millones; habitación, 182 millones; industria, 34,7 millones; agricultura, 31 millones. Como se ve, los sectores de la industria pesada no aparecen considerados por los programas de "desarrollo" de la Alianza.

tas, y conquistando las áreas de comercio de América Latina y Africa, en lucha contra el dominio de EE. UU. y de las grandes potencias europeas en estas áreas; junto con esa política, y forma complementaria, tendría que restringir las remesas de lucro al mínimo (prácticamente suprimirlas) y congelar el pago de la deuda externa por un tiempo indeterminado; por último, como consecuencia necesaria, tendría que diversificar la agricultura entrando en choque con la economía del café, con la propia estructura latifundista y con las supervivencias pre-capitalistas del campo. El segundo camino sería la sumisión a los intereses internacionales para obtener su ayuda a través del crédito, la garantía del mercado para los productos nacionales, la promesa de inversiones que permitieran la continuación del desarrollo; tal política tendría que ser complementada con una política agraria de protección al cultivo del café y de reformas lentas y sin conflictos en la propiedad de la tierra, alcanzando solamente al latifundio improductivo y estimulando a la vieja oligarquía de la tierra a adecuarse al espíritu capitalista.

El primer camino exigiría un esquema de masas que garantice a la burguesía el apoyo interno contra el latifundio, los intereses imperialistas y los sectores reaccionarios de la clase media y de la pequeña burguesía. El segundo camino implicaría un acuerdo con los sectores reaccionarios, el latifundio y el capital extranjero, ya que éstas serían las únicas fuerzas que podrían sustentar un régimen de fuerza, capaz de realizar tal política. Viéndose entre esas dos opciones tan fundamentales, la burguesía probó un tercer camino: sin romper con el imperialismo, el latifundio y la reacción interna, los amenazó con el movimiento popular para conseguir una mejor posición dentro de los grupos y sectores de la clase en el poder. La política externa independiente y las reformas de base fueron los dos elementos de este casamiento espúreo. La posibilidad de que este tercer camino fuera victorioso estaba condicionada por la capacidad de la burguesía para controlar el movimiento de masas dentro de cierto límite que no amenazase definitivamente a sus aliados nacionales e internacionales. Depend-

ría también de las posibilidades de concesión de los centros económicos del capitalismo internacional.

La primera condición será analizada en el capítulo referente al Bonapartismo, pero podemos adelantar desde ya que sus posibilidades eran mínimas. La segunda, podemos estudiarla en este capítulo.

El capitalismo está hoy al borde de una grave crisis internacional, que va siendo controlada a duras penas. Los EE. UU., cuya producción representa cerca del 43% de la producción mundial, es hoy el centro de articulación de la economía capitalista mundial. Este país enfrenta, pese a todo, una grave situación interna. Esa situación se define por dos problemas: superproducción y "déficits" de la balanza de pagos. La superproducción es una de las consecuencias de la propia estructura capitalista. Como los salarios son necesariamente inferiores a la cantidad del valor producido, de donde se deduce la plusvalía, hay siempre un límite en el mercado capitalista, límite que a partir de cierto punto frena su expansión. Para ampliar el mercado interno sin aumentar los salarios y, consecuentemente, sin disminuir la tasa de lucro que estimula a los inversionistas, el sistema capitalista recurre a los mercados externos y a los sectores de consumo improductivo, a la producción de lujo y ostentación, y particularmente a la industria de guerra.

Esta situación paradójica, que hace depender la supervivencia del sistema de la no satisfacción de las necesidades de la población, lleva a los EE. UU., país que detenta el mayor poderío industrial del mundo y que podría repartir la abundancia a la población de toda la tierra, a contar con un tercio de su población viviendo en un estado de pobreza. El que la nación más rica del mundo haya elegido un Presidente de la República cuyo programa se basa en la extinción de la pobreza en el país, debe ser incomprendible para quien no dispone del instrumental metodológico de la dialéctica. Los EE. UU. cuentan hoy con una población de desocupados de cerca del 5% de la mano de obra disponible, cifra que no puede ser considerada como

peligrosa, pero que representa una amenaza constante (5). De ahí que el gobierno norteamericano esté empeñado en una política de inversiones que disminuya esta amenaza de crisis profunda, cuya expresión más violenta es el movimiento de liberación de los negros, que componen la mayoría de la población pobre desocupada. Tal política de inversiones es necesariamente contraria a la salida de capitales y empréstitos.

Por otra parte, las responsabilidades internacionales del capitalismo norteamericano exigen un gran número de gastos en el exterior. En primer lugar, existe un ejército mundial que mantener y que extiende a Europa y Asia las fronteras de los EE. UU. Al margen de ese ejército, se tornan "necesarias" las ayudas militares y económicas por todas partes. En tercer lugar, el capital busca la ganancia expresada en mayores tasas de lucro y que no están en EE.UU., donde los altos salarios y los impuestos las disminuyen. En cuarto lugar, tenemos a los turistas norteamericanos por todo el mundo, y por último, la necesidad de mantener el padrón oro del dólar, política extremadamente inflacionaria, que lleva a la disminución de las reservas de oro (6). Es, pues, necesario para el gobierno norteamericano, que cuenta hoy con otros factores profundamente inflacionarios, tales como la compra de excedente de stock, fondo de desempleo, etc., contener a toda costa la evasión de dólares (7). Por ese motivo, a una política interna levemente re-

- (5) Si la alta tasa de crecimiento del Producto Nacional Bruto que EE. UU. viene manteniendo desde 1961 (cerca de 5% al año) baja a 2,5%, podrá llegar a cerca de 10% el porcentaje de desempleados, en 2 años. Si ocurre una recesión, la situación será similar a los años 30. Ver Sweezy y Huberman, "El boom económico Kennedy-Johnson". *Monthly Review*, selecciones en castellano, Año II, Nº 19, págs. 31 a 41.
- (6) Las reservas — oro de los EE. UU. han bajado de 20.582 millones de dólares, en 1958, a 14.485 millones en abril de 1965. *Monthly Bulletin of Statistics* de las Naciones Unidas, junio de 1965.
- (7) "La tarea de preservar una razonable estabilidad de precios y un crecimiento balanceado en alto nivel de utilización de la capacidad y de la energía, plantea problemas para la economía norteamericana que son tanto más excitantes por lo inusita-

formista, los Estados Unidos agregan una política externa cada vez más reaccionaria, que impide el éxito de las reivindicaciones de las burguesías nacionales. Garantizar gobiernos colaboracionistas es todavía la mejor fórmula de disminuir la necesidad de ayuda. Esta opinión fue expresada claramente por el secretario de defensa, Robert Mc Namara, en el Senado de los Estados Unidos. Por esto, nuestra burguesía brasileña no podrá conseguir la tolerancia del gobierno norteamericano y de los grandes grupos económicos para una política externa independiente. Ocurrió lo mismo cuando se pretendía que había cierta buena voluntad, en la época de Kennedy.

A fin de comprender toda la amplitud de las dificultades existentes para realizar la política externa independiente y las reformas de base (que fueran intentadas por la burguesía de 1961 a 1964, y que deberán plantearse otra vez con la superación de la crisis de coyuntura que vamos a analizar), debemos estudiar los otros aspectos de la crisis brasileña: la crisis del mercado interno y la crisis capitalista. Sólo entonces podremos percibir la magnitud de las dificultades económicas, políticas y sociales que transforman a Brasil en un barril de pólvora, lleno de explosiones y detonaciones parciales ininterrumpidas.

dos. Al mismo tiempo, la larga existencia del problema de la balanza de pagos no hace menor esta solución, pero la hace más urgente: la realización de esos objetivos económicos no será fácil". Federal Reserve Bank of New York — *Annual Report*, diciembre, 1965.

IV.—LA CRISIS DEL SUBDESARROLLO: EL LATIFUNDIO Y EL MERCADO INTERNO.

1. *El latifundio y el mercado interno de bienes de producción.*

La supervivencia del latifundio en Brasil tiene sus raíces en profundas condiciones estructurales. Una industrialización basada en la sustitución de importaciones ha sometido los intereses de la industria a la supervivencia de la estructura latifundista exportadora ya que el desarrollo industrial dependía de la exportación agraria. Tal configuración histórica ha conducido a una conciliación dentro del estado brasileño entre los intereses del capitalismo industrial naciente y la vieja estructura latifundista-exportadora, lo que permitió la penetración progresiva del moderno capitalismo en el campo sin una destrucción definitiva de las viejas relaciones semi-serviles. El resultado de este proceso fue que el capitalismo se revistió de formas atrasadas de producción y el latifundio se adaptó a los ideales capitalistas, aumentando la explotación interna del campesinado sin destruir totalmente las antiguas relaciones de producción. La mantención de la gran propiedad estimula la agricultura extensiva basada en una mala tecnología; la gran propiedad, impidiendo el acceso a la tierra de millones de campesinos, estimula el aprovechamiento de la mano de obra a precios bajos, en detrimento de la utilización de métodos modernos de producción. Por otro lado, el nivel tecnológico del moderno capitalismo industrial, basado en la baja utilización de mano de obra y en la alta utilización de maquinaria, no es capaz de absorber la mano de obra liberada del campo. Esto disminuye su impulso revolucionario y su necesidad de llevar la tecnología moderna

a la agricultura, que sólo agravaría el crecimiento de la población marginal cada vez más explosiva.

En la "Investigación sobre el medio rural brasileño", realizado por la Comisión Nacional de Política Agraria, en 1952, se constató que sólo un 11,7% de los municipios brasileños usaba el arado. Precisamente, las regiones de medianas propiedades presentaron los mayores índices: en Río Grande do Sul, el índice de utilización del arado era de 55,7%; en Sao Paulo, 20,8%; en Minas Gerais (influencia del Sur de esta provincia), 16,6%; en Paraná, 15%. En Amazonas, Pará, Maranhao, Piauí, Espírito Santo, no existía un sólo municipio donde se utilizase el arado. Al mismo tiempo, se constató que la "azada" era usada en 91,4% de los municipios investigados. En cuanto a la práctica primitiva de la quema de la vegetación, era utilizada en un 89,6% de los municipios; solamente en un 51,6% de los municipios se recurría al uso del abono.

En 1920 y 1940, la maquinaria agrícola representaba el 3,1% y el 4,5% del valor total del capital de los establecimientos agrícolas respectivamente (1). El área cultivada del Brasil representaba el 3,8%, 9,5%, 8,6% y 8,8% del área cultivable, en los años 1920, 1940, 1950 y 1960 respectivamente.

A pesar de la década de desarrollo de 1950 a 1960, el campo brasileño sufrió sólo pequeñas transformaciones. El consumo de tractores tuvo gran aumento: de 8.372 tractores en 1950, se llegó a 63.493 en 1960. En cambio, el número de arados se elevó solamente de 714.259 a 1.031.930. Estas transformaciones ocurrieron en pocos Estados, donde se concentra el grueso del sector capitalista de la agricultura brasileña. En 1960, habían en el centro sur (Minas Gerais, Est. de Río, Sao Paulo, Paraná, Sta. Catarina y Río Grande do Sul) 58.314 tractores y 995.984 arados. La situación se presentaba más grave en el sector de consumo de fertilizantes, básico para el aumento de la productivi-

(1) Censos del Brasil, de 1920-40. Extractado de José Francisco de Camargo — O Exodo Rural no Brasil, Ed. Conquista, Río de Janeiro, 1960.

dad, sin disminuir la utilización de mano de obra. El consumo en toneladas cayó aparentemente en los años 1964 y 1965, revelando una grave situación. El consumo global, en toneladas, de fertilizantes importados y nacionales pasó de 1.027 millones en 1962 a 1.329 en 1963 y a 1.168 en 1964, registrándose una baja del 20% en 1965. Tales datos son suficientemente significativos para mostrar que la supervivencia del latifundio restringe el mercado interno de bienes de producción. Es esta agricultura atrasada, basada en la alta utilización de la mano de obra y en prácticas primitivas, el obstáculo fundamental para la expansión de la industria química de fertilizantes e implementos agrícolas, así como para la industria mecánica de tractores y arados. El efecto depresivo causado por la estructura arcaica restringe el mercado de bienes de producción en el país, al disminuir la potencialidad de la industria mecánica.

El propio sector capitalista de nuestra agricultura, por la facilidad con que encuentra mano de obra, utiliza en mucho menor escala de lo que sería necesario, máquinas, fertilizantes e implementos agrícolas. La supervivencia del latifundio y su articulación con la propia economía capitalista crea así, en el sector más avanzado de la producción agraria, un factor de atraso que actúa sobre la economía brasileña en su conjunto, limitando su potencialidad de desarrollo y su capacidad de enfrentar las barreras del avance social y económico.

Estamos dentro de la contradicción fundamental de los países subdesarrollados. Al mismo tiempo que la expansión del mercado exige una reformulación de la estructura pre-capitalista, esta reformulación implica la utilización de técnicas que disminuyen la necesidad de mano de obra. En consecuencia, la solución de un problema crea otros, muchas veces socialmente más graves: un aumento en escala creciente de la población cesante y marginal. Al situarlo dentro del contexto general del sistema de subdesarrollo, tendremos un agravamiento del problema. El mismo fenómeno de la utilización decreciente de mano de obra ocurre en el sector capitalista industrial. La contradicción se vuelve aún más violenta si constatamos que la existencia de

un mercado reducido no permite la plena utilización de los recursos instalados y tenemos así enormes recursos ociosos. El problema se agrava todavía, si tomamos en cuenta la explosión demográfica y la integración en el sistema de nuevas generaciones obreras en niveles cada vez más elevados.

Si consideramos en conjunto el sistema de reproducción de los países subdesarrollados o "en desarrollo", tendremos lo siguiente: *en la medida en que se desarrolla el sector capitalista industrial, baja la utilización relativa de mano de obra en relación a la población desocupada del campo y a las nuevas generaciones obreras; esto sin que se dé un estímulo suficiente a la expansión de la producción, ya que sólo se integra en el mercado un restringido sector de la población.*

El resultado es que se produce al mismo tiempo una baja utilización de la capacidad instalada, a medida que aumenta la población desocupada y marginal. El sistema llega así a convertirse en un estado de calamidad pública en que el hambre, la criminalidad y los tipos más diversos de marginalidad asumen la forma de hechos amenazadores. Este esquema fue tratado con algunas diferencias por Ives Lacombe (Los países subdesarrollados y la Geografía del Subdesarrollo) y Wanderley Guilherme (Introducción al estudio de las contradicciones sociales en Brasil).

Esta contradicción es propia de la acumulación capitalista en los países subdesarrollados. Una economía socialista puede integrar toda esa población marginal en el sistema productivo, a través de la utilización racional de la técnica de producción al nivel tecnológico más bajo, en la construcción de canales, represas, en la propia agricultura, etc. El desarrollo educacional ocupa parte del tiempo de esos trabajadores, manteniéndolos a través de un fondo social formado por el exceso de producción. El crecimiento del sector tecnológicamente avanzado puede ser concentrado en los sectores de mayor repercusión en el conjunto de la economía. Por último, la planificación global apoyada en la propiedad colectiva, suprime la contradicción entre el crecimiento del mercado y el crecimiento de la población,

en la medida en que integra en el sistema distributivo a todos los sectores de la sociedad, utiliza plenamente los recursos existentes, elimina la economía natural y la marginalidad, destruyendo al mismo tiempo a las minorías que se apoderan de la parte más importante del consumo social.

2. *El latifundio y el mercado interno de bienes de consumo.*

Comparando los salarios agrícolas de 1952, según la encuesta a que se hizo referencia en el ítem anterior, con los salarios industriales de Sao Paulo en 1951 (2) podemos establecer las siguientes relaciones:

Mientras el 47% de los 1.874 municipios informantes pagaban salarios entre Cr\$ 11 y Cr\$ 20 diarios, el salario medio de la industria alcanzaba a Cr\$ 37,70 en 1951. Solamente en el estado de Sao Paulo, se encontraba una pequeña parte de salarios agrícolas que alcanzaba a Cr\$ 31 y a Cr\$ 40 diarios. Si tomamos en cuenta que hubo en 1952 un aumento de salarios en la Capital de cerca del 38% lo que elevaría el salario medio industrial a cerca de Cr\$ 49, llegaremos a la conclusión de que los más altos salarios rurales no alcanzaban al nivel medio de salarios en la industria paulista.

Según el IBGE, el salario medio mensual de los trabajadores agrícolas en 1959 y 1960 oscilaban respectivamente entre 2.270 y 3.950 para los trabajadores de azada masculinos (siendo que las mujeres de esta categoría recibían en promedio 2.090 y 2.950, y los menores recibían 1.600 y 2.280) y el salario más alto de administrador alcanzó en promedio 4.800 y 6.880 en estos mismos años. El salario medio del obrero ocupado en la actividad industrial se calculaba en 7.056 en 1959 y en 11.398 en 1961. Según estos datos, el obrero urbano ganaba en promedio cerca de 3 veces más que un campesino y 1 1/2 más que un adminis-

(2) Extractado de José Francisco de Camargo, obra citada, págs. 111 y 113.

tradór. Así vemos que el propio sector capitalista de nuestra agricultura, remunera muy poco en dinero a sus asalariados, lo que hace mínima la parte de consumo de los trabajadores agrícolas y reduce el mercado interno de bienes de consumo.

El régimen capitalista se reproduce y crece a través de la reproducción y crecimiento del régimen asalariado, pues éste no sólo crea la plusvalía sino que crea el consumidor de las mercaderías por el mismo producidas. El capitalismo para crecer, tiene que destruir las formas anteriores en las que no existe plusvalía y no se consumen los productos lanzados al mercado por el capitalismo. Por esto, podemos considerar que las relaciones de mediería (contrato entre el dueño de la tierra y el campesino, por el cual este último se obliga a entregar parte de su producción al primero) son precapitalistas y semi-serviles, por los motivos siguientes: 1) se apoyan en una división del trabajo entre productores familiares que producen para el auto-consumo; 2) la explotación del trabajo del mediero por el latifundista se hace a cambio de la concesión de la tierra y en la forma de división del producto del trabajo; 3) existen relaciones de dependencia personal, consolidadas por relaciones patriarcales, de compadrazgo, de protección policial y política, etc., entre el mediero y el latifundista (3). Es un hecho que la penetración del capitalismo en el campo va trans-

(3) Caio Prado Junior, en su estudio "Contribución a la Cuestión Agraria en Brasil", *Revista Brasiliense*, Nº 28, defiende la tesis de que esas son relaciones capitalistas disfrazadas, pues los medieros no pasarían de ser meros asalariados que reciben sus salarios de manera indirecta. Tal tesis es insustentable por los siguientes motivos:

1º) Porque la relación de mediería supone anteriormente un régimen de producción individual o familiar, pero nunca cooperativo y con la división del trabajo capitalista; 2º) porque el trabajador es propietario de parte de su producto no existiendo la plusvalía y sin una expropiación directa de parte del producto; 3º) porque estas relaciones son directas, tradicionales y contractuales, lo que es propio del régimen servil. La confusión de Caio Prado Junior es producto del hecho de que esas relaciones de producción semi-serviles están sometidas al

formando progresivamente esas relaciones y las somete a su régimen de producción y circulación. El hacendado, por ejemplo, presionado por la necesidad de creciente comercialización de los productos agrícolas, restringe cada vez más la economía de subsistencia (hortalizas, crianza, avicultura, etc.) que antes era una actividad importante del mediero y su familia. Al mismo tiempo, el mediero se ve progresivamente obligado a vender casi toda la parte de la cosecha que obtuvo, apremiado por las deudas que asumió ya con el propio hacendado (instrumento de dominación servil sobre el trabajador), ya en el almacén de la ciudad (forma más moderna) donde le exigen los pagos en dinero. Muchas veces se verá obligado a comprar a precios altísimos la misma mercadería que él vendió a bajos precios.

Tales transformaciones, en la dirección de una economía de mercado son, sin embargo, inadecuadas para crear un poderoso mercado interno. Para que esto ocurriese, el capitalismo debería despojar al campesino de todos los restos de la economía de subsistencia, impidiéndole construir su casa con barro y bambú gratuitos (lo que ya está sucediendo, pues los hacendados impiden cada vez más el uso de los recursos naturales de la región, que se vuelven comerciables); poseer un pedazo de tierra (minifundio); poder pescar, cazar libremente y obtener madera, frutas, etc., en las tierras abandonadas. Por último el capitalismo necesita destruir todos los vestigios de la economía de subsistencia y las relaciones de mediería, que impiden la libre circulación de los campesinos y de las mercaderías. Resu-

capitalismo comercial, por lo tanto, están condicionadas por un mercado capitalista que las altera y las deforma. Este fue, por ejemplo, el caso del artesanado medieval, cuando fue sometido a la presión de los mercados capitalistas, que, introduciendo su materia prima y pagándola en términos monetarios, acabaron por destruirlo, arruinando a los artesanos y sometiendo a su control en las primeras manufacturas. Pero la producción capitalista sólo surge con la existencia del trabajador libre, esto es, el trabajador que vende su fuerza de trabajo al propietario de los medios de producción, recibiendo un salario por el alquiler de la misma.

miendo, necesita transformar al campesino en un trabajador libre, en un asalariado desprovisto de cualquier medio propio de subsistencia. Esta es la condición del desarrollo capitalista.

Una solución intermedia, sería la expansión de la mediana propiedad, integrándola en el mercado capitalista. En Brasil, la pequeña propiedad (minifundio) está diseminada y es cultivada con los moldes de la economía de subsistencia. Apenas da la producción para el consumo de sus propios productores, que se ven obligados a complementar su ganancia trabajando en la época de la zafra para el latifundista. Una excepción se daría en las regiones próximas a los grandes centros urbanos, donde se dedican a la agricultura horti-granjera para los mercados vecinos.

Estos pequeños propietarios, sumando a ellos los trabajadores familiares, alcanzaban en 1950, a cerca del 63% de la población activa en la agricultura. Así constituyen una gran parte de la mano de obra fluctuante en el campo, una especie de reserva que es utilizada por los latifundistas en la época de la zafra como jornaleros. Con los bajos salarios que reciben en estas ocasiones concurren al mercado para abastecerse de los productos que su pequeña propiedad no puede producir. Es este pues, el sector más atrasado de nuestra economía, y restringe no sólo al mercado de bienes de consumo, sino también, potencialmente, el de bienes de producción, ya que mejor organizados en cooperativas podrían desarrollar la producción con moldes técnicos modernos, ampliando el consumo de fertilizantes, productos químicos y máquinas agrícolas.

Si volvemos nuestra atención hacia el hecho de que esta forma de pequeña propiedad se crea por el monopolio de la tierra en manos de los latifundistas; si notamos que esta economía de subsistencia aún sustenta a la mano de obra utilizada por el latifundio en la época de la zafra, sirviendo como factor de estabilidad del régimen latifundista, entonces podemos comprender que la solución de este problema está profundamente vinculada a la destrucción de la propiedad latifundista y de su régimen de producción. Solamente la destrucción del monopolio de la tierra aumentará

los salarios y las remuneraciones de los 3,334 millones de trabajadores (entre asalariados, medieros y colonos, según el Censo Demográfico de 1950) y daría las condiciones para traer al mercado 3,521 millones de trabajadores autónomos (pequeños propietarios sin trabajadores contratados, según la misma fuente) y los 2,698 millones de miembros de sus familias que les ayudan en el trabajo. Tales transformaciones son absolutamente necesarias para que Brasil supere el actual nivel económico de país atrasado e ingrese en el campo de las grandes potencias. Pero implica una revolución agraria, cuya esencia es la destrucción de la propiedad monopolista en el campo y un cambio radical de las relaciones de producción que allí perduran.

3. *Los especuladores y el mercado interno.*

El especulador es un producto típico del subdesarrollo. Es un ejemplo de cómo la estructura desarrollada somete a su control a la estructura subdesarrollada, adecuándose, para esto, a sus formas atrasadas. El latifundista, prisionero de las aspiraciones de la vida rural, se vuelve incapaz de administrar la comercialización de la producción y entrega esta tarea a los grupos comerciales urbanos. Las dificultades de comunicación, de transporte y de almacenamiento, la ausencia de capitales y de financiamiento, someten la producción agrícola al control de los intermediarios, que se aprovechan de las diversas condiciones de mercado entre las distintas épocas del año y las diversas zonas del país. Disponiendo de elevados créditos, de medios de transporte y almacenamiento, de sistemas de comunicación, como en las ciudades, controlando la demanda en poderosos monopsonios (4), tales intermediarios acaparan el grueso de la producción agrícola que se destina al mercado. Tal estructura de comercialización se refleja en una estructura de precios extremadamente deformada. Los especuladores se aprovechan de la diferencia de precios entre la zafra y

(4) Mientras el monopolio es el control de la oferta, el monopsonio es el control de la demanda.

la entrezafra. Con ocasión de las cosechas, compran los productos a precios bajísimos aprovechándose de la falta de recursos de los que no tienen medios e incluso de los grandes propietarios atrasados; más tarde, estando la mercadería acaparada, se vende a precios exorbitantes, varias veces superiores. Esta estructura de comercialización monopolística de la producción agrícola recae violentamente sobre el pequeño y mediano productor, y desestimula su relación con la economía de mercado, así como su interés en el desarrollo técnico de la producción. Restringe, al mismo tiempo, las rentas del sector agrícola para concentrarlas en manos de los especuladores urbanos.

Para eliminar este obstáculo a la expansión de la producción y del mercado agrícola, sería necesario un sistema de almacenes y silos, créditos, además de la organización de cooperativas de producción, distribución y comercialización y la quiebra del control monopólico de los mercados en los grandes centros consumidores. Tal política exige un gobierno apoyado en los sectores más avanzados de la sociedad brasileña, pues tiene implicaciones radicales. Pero, el actual esquema de dominación política en el país, como vimos, está apoyado en una integración de los diferentes sectores que componen la alta burguesía. El sistema de especulación está profundamente ligado a la actual estructura bancaria, que le garantiza los créditos. Los especuladores controlan también la oferta de productos en las ciudades, en relación con el comercio detallista, en connivencia con las autoridades gubernamentales. Atacar radicalmente tal sistema significa conmovir todo el edificio de las actuales relaciones de dominación.

4. *El precio de la tierra.*

El monopolio de la tierra por una minoría de grandes propietarios deforma el precio de la tierra en Brasil. La renta de la tierra es un factor espúreo en el sistema capitalista, pues no resulta de la función empresarial, sino simplemente de un derecho de propiedad tradicional. En una

economía capitalista pura, la tierra debería ser propiedad del Estado, que cobraría un pequeño arriendo por su utilización por el capitalista. Pero las condiciones históricas en que el capitalismo se desarrolló impiden, en general, la nacionalización de la tierra, debido a la alianza con el latifundio. Las condiciones de riguroso monopolio de propiedad agraria por los latifundistas tradicionales es un nuevo factor de restricción en la penetración del capitalismo moderno en el campo, porque lleva al aumento del precio de la tierra. Para romper este límite dispone de varios medios, que van desde el endeudamiento progresivo de los latifundistas hasta la pura y simple expropiación de las tierras de propiedad estatal o de los propietarios más débiles. La mayor parte de las grandes propiedades edificadas en el período que va desde 1930 hasta nuestros días fue hecha por este proceso de "grilagem". Las regiones de reciente colonización y las regiones agrícolas en decadencia fueron el principal objetivo de esta invasión de nuevos latifundistas, que protegidos en general por el Estado Nuevo y por los nuevos jefes políticos locales, habían de construir su riqueza expoliando a los antiguos dueños de la tierra.

En la mayoría de los casos, la "grilagem" es precedida por el "desbravamiento" de las tierras por los campesinos que toman (los "posseiros") posesión de ella. Después limpian el monte, plantan sus primeros cereales, sacan la vegetación virgen y preparan la tierra para nuevas cosechas, entonces llega el "propietario", escudado en falsos certificados elaborados en las oficinas locales. La industria de esos certificados está ampliamente desarrollada en el interior del país. De ahí se pasa a la crianza de ganado o se cobra simplemente la mediería a los antiguos propietarios y se vende la tierra de los antiguos cultivadores a los nuevos campesinos atraídos a la región.

El proceso de valorización de las tierras puede ocurrir tanto como resultado del trabajo de los "posseiros", como debido a la realización de obras públicas en la región. Estas obras pueden venir directamente para atender a los nuevos núcleos de población o, indirectamente, al pasar por las antiguas tierras deshabitadas en busca de regio-

nes más distantes, como en el caso de los caminos. La creación de mercados vecinos también valoriza rápidamente regiones antes depreciadas y trae la saña de los "grileiros". Así, cuando algunas regiones se hacen económicamente interesantes para la agricultura o la ganadería, surgen los especuladores que crean el monopolio de las mismas, obligando a los que van a cultivarlas a desembolsar grandes cantidades que podrían ser invertidas en el desarrollo de la producción y que van, sin embargo, a los bolsillos de los especuladores.

No hay duda de que el alto precio de la tierra, como consecuencia del monopolio latifundista y de las actividades de especulación y "grilagem", funciona como poderosa barrera ante la ampliación y desarrollo de una economía agrícola avanzada. Las medidas contra esta situación son, pese a todo, muy complejas y atañen a los grandes intereses financieros incrustados en el aparato político y administrativo. El famoso decreto de la SUPRA, con ocasión del gobierno de Goulart, que expropiaba las tierras al margen de los caminos y obras públicas, generó un inmenso movimiento que revela la gravedad del problema: de un lado, un frente único de propietarios de la tierra de todos los tipos (muchas veces, por equivocación, hasta los pequeños y medianos propietarios eran controlados por los latifundistas a través de las asociaciones agrícolas), de grandes comerciantes y especuladores y de grandes financistas, al cual se alió, por motivos políticos generales, al resto de la clase dominante; del otro lado, los campesinos se preparaban para la toma indiscriminada de la tierra, ya que no comprendían el sentido del límite trazado por la ley que para ellos no tenía mayor significado, apoyados por los obreros y gran parte de la clase media urbana. Este hecho demuestra una vez más la existencia de ciertas condiciones generales en el campo brasileño, que dividen las aguas entre los latifundistas y los campesinos en su conjunto, condiciones que se relacionan con toda una estructura en decadencia debido a las necesidades del desarrollo nacional.

5. *La crisis agraria y el campesinado.*

Como vimos, se enfrentan la antigua estructura latifundista y el desarrollo económico del país. Tal situación, definida en su forma general, hace creer que la contradicción se da entre el sistema capitalista brasileño y la estructura latifundista semiservil. Ya vimos que el capitalismo rural y vastos sectores del capitalismo urbano están comprometidos con la antigua estructura. El capitalismo, que se viene instalando en el campo brasileño, se aprovecha del bajo precio de la mano de obra, se vincula con la gran propiedad de la tierra y explota la economía atrasada, obteniendo de ella su superlucro. El capitalismo rural agrava, pues, las condiciones de explotación en el campo, sin llevar hasta ello, en escala suficiente, los beneficios de una forma de producción más avanzada. El capitalismo urbano, ya sea a través de la confiscación cambiaria de los dólares del café, o mediante la acumulación de capital generado en el campo y no reinvertido ahí, o por el acaparamiento de los productos agrícolas, se encuentra también profundamente vinculado a la producción agraria precapitalista o capitalista atrasada. Así, pues, a pesar de que la actual forma de la economía rural constituye un impedimento para el pleno desarrollo del capitalismo, no es la burguesía en su conjunto sino una ínfima minoría de ella la que choca con tal estructura. Estos sectores están, sin embargo, paralizados por la alianza de las clases dominantes. Quedan la pequeña burguesía urbana, la clase media y el proletariado oponiéndose a la actual estructura agraria latifundista.

Sin embargo, si fueran solamente estos sectores los que se encontrasen en oposición radical a dicha estructura, ella no estaría tan profundamente amenazada como se encuentra hoy. La penetración del capitalismo en el campo, sin llevar a la economía agrícola a un estado capitalista avanzado y sin destruir la economía precapitalista, tiene, como vimos, un efecto terrible sobre el campesinado en su conjunto. El campesinado, desde el mediero al asalariado, pasando por el pequeño propietario semiproletarizado, forma

un frente único contra el latifundista, su enemigo principal.

El campesino sufre también los efectos del capitalismo, que altera su conciencia y el nivel de sus aspiraciones, haciéndolo participar del movimiento general de la sociedad en el sentido de la superación de la actual estructura agraria. El es el interesado más directo en la destrucción radical de la actual propiedad de la tierra. A pesar de que el asalariado agrícola es aquel sector de la población rural más interesado en una economía agrícola avanzada y con altos niveles de productividad, es el campesinado en su conjunto el que más directamente se vuelve contra la estructura de la propiedad de la tierra, que profundiza la crisis agraria y lo conduce a la condición de marginal, solapando sus mínimos recursos tradicionales de supervivencia. A pesar de no ser el sector más avanzado, económicamente hablando, en la lucha contra el latifundista, es sin embargo su enemigo más violento y más encarnizado.

La aparición del campesinado como fuerza política es consecuencia del agravamiento de la crisis agraria, que alteró profundamente el cuadro de la crisis general del subdesarrollo del país exigiendo una solución radical para el problema agrario. El hecho de que tal fuerza haya surgido en el momento mismo en que el movimiento obrero se desarrollaba en las ciudades y la gran burguesía renunciaba a sus posiciones nacionalistas y reformistas, fue un poderoso factor determinante de la crisis política brasileña.

6. La reforma agraria.

Como consecuencia de lo antes expuesto, la lucha por la reforma agraria pasó a ser conducida por el frente aun amorfo de trabajadores urbanos y trabajadores rurales. Las tentativas del gobierno de Goulart de asumir el liderazgo del movimiento campesino, a través de la SUPRA (Superintendencia de la Reforma Agraria) y de las comisiones de Sindicalización Rural, se mostraron muy débiles durante la alianza práctica que el campesinado y el movimiento obrero establecieron impulsados por el propio desarrollo del sistema de contradicciones sociales del país. Esta alianza

práctica se expresaba en la iniciativa de los sindicatos obreros para formar asociaciones y sindicatos campesinos, la unión de las bases hasta las cimas de las entidades obreras y campesinas, la unidad programática a que llegaron, etc. Con el golpe de abril, la burguesía se amarró de pies y manos para resolver la crisis agraria.

Al ser conducida por la estructura económica y política del país a una estrecha alianza con el latifundio y el imperialismo, así como con los sectores más atrasados del propio capitalismo, la burguesía perdió toda capacidad efectiva de vencer la crisis agraria y controlar el movimiento campesino. Tal situación sólo pudo confirmar el abismo —que se fue revelando en el desarrollo de este análisis— existente entre el conjunto de la clase dominante brasileña y el movimiento real de la sociedad en el sentido del desarrollo.

Las únicas medidas efectivas de expansión posible del mercado interno, dentro de la actual estructura de poder, son las que alcanzan solamente al latifundio improductivo. Tales son las acciones en el sentido de la tasación de los terrenos no utilizados. Por otro lado, por motivos políticos se procura facilitar las expropiaciones de las tierras situadas junto a los focos de agitación. Finalmente, se trata de una reforma atenuada y lenta de los aspectos más atrasados de la estructura agraria. ¿Puede semejante reforma responder a las necesidades de desarrollo del país y a las aspiraciones del campesinado?

El estatuto de la tierra, impuesto por la burguesía al latifundio en una situación de confianza mutua, esto es, después del golpe de abril de 1964, tiene como base la tributación sobre los latifundios improductivos, la estatización de las tierras situadas cerca de áreas de conmoción social y de las tierras que se conservaren abandonadas y, por fin, los programas de colonización agrícola. Tenemos así, configuradas en una ley, las posibilidades concretas de que dispone la burguesía para actuar sobre la estructura latifundista dentro del actual esquema de poder. El IBRA (sucesor del SUPRA), encargado de hacer el catastro de las propiedades rurales, fue presa de una oposición activa de los latifundistas que llevó al gobierno a nuevos retroce-

sos. Vemos que incluso la aplicación de ese moderado programa crea conflictos serios dentro de la clase dominante y pone en peligro la unidad política que necesita en el momento actual. La burguesía está condenada, por tanto, a medidas blandas, lentas y poco eficaces, que ahondan el problema agrario brasileño, haciendo la situación cada vez más explosiva.

V.—LA CRISIS CAPITALISTA.

1. *Esquema teórico de la crisis.*

En los capítulos anteriores, analizamos la crisis brasileña como consecuencia de las relaciones del sector capitalista industrial de nuestra economía con el mercado externo y con el latifundio. Vimos como ambos constituyen un límite a la expansión del capitalismo industrial y cómo se hace necesaria la superación de esos límites para el pleno desarrollo de la economía. En este mismo análisis, pudimos constatar que el compromiso entre los distintos sectores de la clase dominante la incapacita para realizar estas importantes medidas. Vimos aun que este compromiso resulta de las propias condiciones socioeconómicas del desarrollo capitalista, que no sólo se aprovecha de los sectores atrasados de la economía para realizar su acumulación de capital, sino que se introduce en estos sectores atrasados, tratando de aumentar sus lucros; asimismo, este compromiso resulta del miedo a las profundas modificaciones políticas que la burguesía tendría que encarar con gran riesgo para eliminar definitivamente los límites impuestos al desarrollo nacional.

Pero las dificultades originadas por la crisis del subdesarrollo, como llamamos a esa crisis general —consecuencia de la falta de solución de los problemas del mercado interno y externo— resultan acrecentadas por la propia crisis del sector capitalista de la economía. Antes de analizar esta crisis y cómo ocurre específicamente en Brasil, estimamos conveniente trazar un cuadro general de la teoría de la crisis capitalista, tal como fue esbozada por Marx y desarrollada por sus discípulos. Dicha teoría, además de ser la primera contribución explicativa del proceso, es tam-

bién, hasta hoy, la más completa exposición de la crisis capitalista en su conjunto.

Según Marx, la crisis se hace posible desde que surgen los dos momentos en la circulación de las mercaderías —la compra y la venta— separados en el tiempo y en el espacio por el dinero. El vendedor *A* vende su producto al comprador *B*, y recibe a cambio el dinero, y no una mercadería, como sucede en la circulación directa de mercaderías; este vendedor *A* podrá dejar de comprar la mercadería del vendedor *C*. Así, se hace posible la crisis. Tal posibilidad es sin embargo muy restringida en esta fase de la circulación simple de mercaderías. Pero ahí encontramos el origen de la crisis capitalista, cuando el sistema ya se mueve visualizando el acrecentamiento puro y simple del capital. En la circulación simple, teníamos el proceso de circulación basado en la siguiente fórmula: mercadería — dinero — mercadería; en la circulación capitalista, se basará en la fórmula: *Dinero* aportado por el capitalista, en capital constante (máquina y materia prima) y en capital variable (salarios) — *mercadería* resultante de la producción, acrecentada de la plusvalía — *dinero* acrecentado, obtenido con la venta de las mercaderías y la realización de la plusvalía en ellas contenida.

El sistema se mueve, pues, en función del acrecentamiento del dinero invertido. El capitalista medirá este acrecentamiento en relación al capital invertido, esto es, invierte visualizando una alta tasa de lucro. Si, por cualquier motivo, cae la tasa de lucro del capitalista, él retira la inversión. Retirando la inversión, deja de comprar materia prima, máquina y fuerza de trabajo. El resultado es, por tanto, el decrecimiento de la producción del capitalista *A*, la disminución de sus compras al capitalista *B* (vendedor de materias primas para el capitalista *A*) y el desempleo, tanto en la empresa del capitalista *A*, como, posteriormente, en la del capitalista *B*, y así sucesivamente, según la importancia del sector donde cayó la tasa de lucro.

El efecto de la crisis es una sobreproducción, esto es, un gran número de productos que no encuentran colocación, o una baja de la producción. Tal efecto provoca

nuevos efectos depresivos, que llevan a extender la crisis. Pero “la crisis no pasa de la afirmación violenta de la unidad de las fases de producción que se diferenciaron”. (1) Su efecto es el de permitir reconstituir el sistema en un nivel superior. La falencia de varias empresas, sobre todo de las más atrasadas, provoca una desvalorización del capital fijo (máquinas, edificios, etc.). La restricción del mercado de materias primas hace bajar su precio, provocando una baja del capital circulante (materias primas, implementos, etc.). El desempleo disminuye el poder de compra de los obreros; la baja general de los precios de los bienes de consumo al disminuir el precio de la fuerza de trabajo (a costa del sustento del obrero y su prole) lleva a una baja general de los salarios. Estos tres movimientos provocan una elevación de la tasa de lucros en los sectores que resisten la crisis, estimulando las inversiones y provocando el proceso inverso. Se inicia entonces un nuevo período de expansión, a partir de una base económica más alta, como consecuencia de la concentración económica producida durante la crisis (debilitamiento de los pequeños productores y fortalecimiento de los sectores más adelantados técnicamente y económicamente más fuertes).

Marx mostró cómo las crisis resultan de la propia esencia del sistema y cómo son ingenuas las interpretaciones que tratan de descubrir su origen en el subconsumo, contando con la posibilidad de aumento de salarios y, por tanto, del mercado para resolverlas. Tales teorías, en boga hoy en Brasil bajo la forma de oposición pequeño-burguesa al Plan de Acción del Gobierno, encuentran su respuesta en el siguiente párrafo:

“Es una pura tautología decir que las crisis surgen por la falta de consumo solvente o de consumidores capaces de pagar. El sistema capitalista no conoce otra forma de consumo sino el solvente, excepto el de los pobres socorridos por la misericordia. El hecho de que estas merca-

(1) Karl Marx — *Histoire des Doctrines Economiques*, Alfred Costos, Editores, París, 1947, vol. V, pág. 56.

derías no se pueden vender quiere decir simplemente que no se encuentran compradores, o lo que es lo mismo, consumidores solventes para ellas (las que se destinan en última instancia tanto al consumo productivo como al consumo individual). Y si se pretende dar a esta tautología una apariencia de raciocinio profundo, diciendo que la clase obrera percibe una parte demasiado pequeña de su propio producto y que este mal podría ser remediado concediéndole una parte mejor, es decir, aumentando sus salarios, cabe observar que las crisis son siempre precedidas, precisamente, por un período de alza general de los salarios, en que la clase obrera obtiene realmente una mayor participación en la parte del producto anual destinado al consumo. En rigor, según los caballeros del santo y "simple" buen sentido, estos períodos deberían, por el contrario, alejar las crisis. Esto quiere decir que la producción capitalista está sujeta a condiciones independientes de la buena o mala voluntad de los hombres, las cuales sólo permiten momentáneamente aquella prosperidad relativa de la clase obrera, que es siempre, por otra parte, el pájaro agorero de la crisis". Y Engels agrega la nota "*Ad notam*, de ciertos secuaces de la teoría de la crisis de Rodbertus". (2) Las crisis son, pues, una consecuencia del propio proceso de producción capitalista, de la contradicción que trae dentro de sí, entre la producción para el lucro y el objetivo final de toda producción que es el consumo humano (3).

(2) Karl Marx, "El Capital", F.C.E., 2ª Edición, México 1959, tomo II, página 366.

(3) "El verdadero límite de la producción capitalista es el mismo capital, es el hecho de que, en ella, son el capital y su propia valorización los que constituyen el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción; el hecho de que aquí la producción sólo es producción para el capital y no a la inversa, los medios de producción, simples medios para ampliar cada vez más la estructura del proceso de vida de la sociedad de los productores. De aquí que los límites dentro de los cuales tiene que moverse la conservación y valorización del valor capital, la cual descansa en la expropiación y pauperización de las grandes masas de los productores, choquen constante-

Como Marx no desarrolló sistemáticamente la teoría de la crisis con todo el rigor que le era peculiar, limitándose a observaciones sobre su carácter general, esta tarea correspondió a sus seguidores. Los supuestos de esas formulaciones no caben en estas notas generales. Por esto nos limitaremos a la sistematización realizada por Paul Sweezy (4) que es la más completa y que trae también importantes contribuciones a la teoría general de la crisis. Según Sweezy, podemos clasificar las crisis en dos tipos: crisis relacionada con la tendencia decreciente de la tasa de lucro y crisis de realización.

1) *Crisis de tendencia decreciente de la tasa de lucro.* Hay una causa secular en la baja de la tasa de lucro. Debido al desarrollo técnico, una porción igual de tiempo de trabajo transforma una cantidad cada vez mayor de materias primas y utiliza una cantidad creciente de máquinas. Suponiendo que el valor de estas máquinas y materias primas bajara en proporción inferior al valor de la fuerza de trabajo empleada para movilizirlas, tendremos una proporción cada vez mayor de capital constante (máquinas y materias primas) en relación al capital variable (salarios) en la cantidad de capital empleado. Según esta tendencia, suponiendo que la tasa de plusvalía (plusvalía/capital variable) se conserve igual, tendremos, cada

mente con los métodos de producción que el capital se ve obligado a emplear para conseguir sus fines, y que tienden al aumento ilimitado de la producción, a la producción por la producción misma, el desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas del trabajo. El medio empleado —desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas— choca constantemente con el fin perseguido que es un fin limitado: la valorización del capital existente. Por consiguiente, si el régimen capitalista de producción constituye un medio histórico para desarrollar la capacidad productiva material y crear el mercado mundial correspondiente, envuelve al mismo tiempo una contradicción constante entre esta misión histórica y las condiciones sociales de producción propias de este régimen". Karl Marx, El Capital. F.C.E., México, 1959, Tomo III, pág. 248.

(4) Paul Sweezy — Teoría del Desarrollo Capitalista, Zahar Editores, Río, 1962, págs. 171 a 279.

vez más, necesidad de capital constante para obtener una misma cantidad de plusvalía. En resumen, tenemos una baja progresiva de la tasa de lucro.

Pero esta tendencia tiene un carácter secular y no influye en la precipitación inmediata de la crisis. Más importante en este caso es aquella ligada al propio proceso de acumulación de capital. En las fases de crecimiento económico, se amplía la demanda de mano de obra y consecuentemente disminuye la población desocupada, el ejército industrial de reserva, como lo llama Marx. Tal hecho aumenta el poder de compra de los asalariados y disminuye la resistencia del capitalista a pagar salarios más altos. El efecto es que, a partir de cierto momento, el aumento de los salarios comienza a afectar peligrosamente a la tasa de lucro de los capitalistas. A partir de este momento las inversiones se retiran y pasamos al proceso de crisis. Al vincular la crisis al proceso de acumulación de capital, Marx no solamente mostró su carácter intrínseco al capitalismo, sino que elaboró una teoría del ciclo capitalista, compuesto de la ascensión, crisis, depresión, estabilización, ascensión, etc. (5).

(5) Celso Furtado, en su libro *Desarrollo y Subdesarrollo* hace una crítica a la teoría marxista del ciclo capitalista. Después de una exposición correcta de lo que él llama "modelo (*) de Marx, procura combatirlo de manera bastante confusa. El autor afirma que Marx introdujo desde fuera del sistema la noción de ejército industrial de reserva, que nada tenía que ver con él. Aunque así fuese, no por ello este ejército dejaría de influir. Pero ocurre que el propio Celso Furtado afirma más adelante que Marx llega a esta noción a través de una característica interna del sistema que es el aumento de la cantidad de capital constante en relación a la cantidad de fuerza de trabajo empleada en la producción. Que esto lleva al desempleo constante en el sistema es incuestionable y Celso Furtado lo rebate simplemente diciendo que crece la oferta de empleos a través de las nuevas inversiones. Pero no puede eludir el hecho de que estas nuevas inversiones se hacen siempre en un nivel tecnológico superior y, por tanto, no pueden absorber la mano de obra en proporción suficiente. Es muy simple pensar el problema cuando se ve que para producir una cantidad X de productos eran necesarias Y personas, y por hoy son necesarias Y.1 para producir la misma cantidad X. El desarrollo tecnológico implica una relación que exige menos mano de

2) *Crisis de realización*. Puede ocurrir también que el empresario tenga en sus manos una determinada cantidad de mercaderías y no consiga venderlas. No conseguirá obtener así la plusvalía que está incorporada en su mercadería. Tendrá que venderla a menos de su valor, y, por tanto, obtendrá una tasa de lucro baja. Como consecuencia, disminuirá la cantidad de la inversión en el próximo ciclo productivo, causando la depresión. Y esto ocurrirá en el conjunto del sector afectado por la baja de los precios. Esta producción que no encuentra consumo puede tener origen en dos aspectos fundamentales del sistema: a) *la desproporción* entre los distintos sectores de la producción. En el segundo volumen de "El Capital", Marx mostró que era *posible*, teóricamente, reproducir el siste-

obra que capital constante. "Lo que carece de todo fundamento es admitir que la tasa de lucro puede declinar sin que se eleve la participación de los asalariados en el producto", (dice Celso Furtado). Lo que carece de todo fundamento es admitir que la tasa de lucro puede declinar, sin que baje, relativamente, la participación de los asalariados en el producto; pues, relativamente, la producción de riqueza depende de una riqueza acumulada cada vez mayor: más capital constante en relación al capital variable. Celso Furtado simplemente ignoró en su crítica la diferencia entre la tasa de plusvalía

$$\frac{m}{v} \text{ y la tasa de lucro } \left(\frac{m}{v+c} \right).$$

La tasa de lucro está relacionada con el salario, las máquinas y la materia prima. Puede ocurrir, y de hecho ocurre, que aumente la inversión en máquinas y materias primas (y disminuya, por tanto, la tasa de lucro) en relación al salario. Tendremos así una reducción en la tasa de lucro y, al mismo tiempo, en la participación del salario en el conjunto del capital. Este es el significado de la tendencia decreciente de la tasa de lucro. La "crítica" al valor trabajo y otras "críticas" parten también de una incomprensión del pensamiento de Marx.

(*) La reducción de la teoría marxista de la crisis a un modelo demuestra incomprensión del carácter dialéctico de la misma. Un modelo, como es utilizado por los economistas, nunca puede plantear condiciones de su propia superación. Es siempre un sistema equilibrado de variables y, por tanto, mecánico y antidialéctico. Al juzgar a Marx desde el punto de vista de una determinada corriente económica, Celso Furtado no puede comprender la esencia del pensamiento de Marx.

ma capitalista manteniendo determinadas proporciones entre los dos principales sectores de la producción: el sector del consumo y el sector de los bienes de producción. Como el sistema capitalista es *anárquico*, esto es, no dispone por principio de un centro de planificación global, esta proporción siempre está en peligro. Los capitales tienden a expandirse para los sectores más lucrativos, independientemente de las posibilidades finales del mercado. Se produce así una sobreproducción que será más grave cuanto mayor sea la importancia del sector afectado. Tal sobreproducción hace disminuir la tasa de lucro con los efectos ya mencionados, afectando a las empresas relacionadas con aquellos sectores que primero fueron afectados. b) *el subconsumo*. A pesar de que Marx haya criticado la teoría del subconsumo de Rodbertus, esto no significa desprecio por el papel del consumo en la producción capitalista. Si es un hecho que la crisis no tiene su origen en una carencia de los medios de compra de los trabajadores, es indiscutible también que la diferencia necesaria entre el salario y la cantidad de valores producida constituye un límite final del capitalismo. Sweezy define esta tendencia mostrando que la tasa de crecimiento del consumo es menor que la tasa de crecimiento de los bienes de consumo. Tal hecho puede provocar dos consecuencias: una crisis o una estagnación de la producción. Será una crisis si se manifiesta súbitamente a través de la paralización repentina de los distintos sectores de la producción, a la que se exigirá un reajuste de las relaciones entre el consumo y la producción. La idea de una depresión crónica es la de un régimen que se arrastra sin utilizar su capacidad productiva. Tal situación de depresión, a pesar de amenazar constantemente el régimen, es pese a todo contrarrestada por otros factores que dinamizan el cambio dentro y fuera del sector capitalista, esto es, de la relación entre el capitalista y el asalariado. (6).

(6) En la obra citada de Sweezy se presentan algunas sugerencias a estos factores que contrastan la tendencia al subconsumo.

El surgimiento del capital monopolista va a provocar importantes alteraciones en el esquema de la crisis que Marx esbozó. Tales alteraciones no constituyen una negación de ese esquema, sino una profundización del mismo. Trataremos más específicamente estos problemas en la parte referente a la superación de la crisis.

2. La tasa de lucro en Brasil.

Debido al campo abstracto en que se coloca la teoría de la crisis al analizar las condiciones concretas en que ella se da, tenemos que hacer importantes reducciones. Es preciso tomar en cuenta la siguiente afirmación de Marx: "Nosotros sólo consideramos aquí (en "El Capital") las formas que el capital asume en su evolución. Dejamos de lado las condiciones reales en que opera el verdadero proceso de producción. Suponemos siempre que la mercadería es vendida por su valor. No tomamos en cuenta la concurrencia de los capitales, ni del crédito, ni la constitución real de la sociedad que no se compone sólo de obreros y de capitalistas industriales, etc.". (7). Esta suposición de un sistema capitalista puro fue necesaria para configurar los elementos fundamentales del sistema, su dirección básica, sus líneas generales. Por esto, al aproximarnos a una sociedad concreta, tenemos que descender del nivel de abstracción e introducirnos en una serie de factores que determinan su movimiento real.

Al analizar la formación de la tasa de lucro en Brasil, encontramos una serie de factores que actúan sobre ella, tanto en el sentido de su ampliación como en el de su disminución. Se hace necesario sistematizarlos en este capítulo. En Brasil, actúan con gran importancia en la formación de nuestra tasa de lucro los siguientes factores: desde el punto de vista de su elevación, la acción del Estado, la influencia de la estructura agraria sobre los salarios no-especializados de la ciudad, la alta tasa de plusvalía en el campo; desde el punto de vista de su disminución, la Previsión Social, la consolidación de la ley del

(7) *Histoires des Doctrines Economiques*, vol. V, pág. 37.

trabajo, la ausencia de mano de obra calificada, el poder de movilización del movimiento sindical. Existen otros factores ligados más específicamente a la estructura capitalista, tales como la estructura monopolista de la industria y de los demás sectores de la economía, la tasa de interés y la estructura del crédito.

El comercio exterior tiene gran importancia en la formación de la tasa de lucro y merece un análisis aparte. El proceso de sustitución de importaciones garantiza a la burguesía industrial un mercado interno formado por los exportadores de productos agrícolas. El control de las importaciones de bienes de consumo permite a la burguesía vender sus productos a precios elevados para este mercado, obteniendo así alta rentabilidad. Por otra parte, el financiamiento cambiario a las importaciones de bienes de producción abarata el costo de los productos y favorece su rentabilidad. Un factor más reciente es el estímulo a la exportación de productos industriales a través de la elevación del precio del dólar, que permite aumentar la escala de producción y obtener mayor lucro. Los efectos de los dos primeros factores vienen disminuyendo con la pérdida de importancia del sector exportador en la renta nacional. El surgimiento de un mercado capitalista urbano transfiere la destinación básica de la producción industrial para este nuevo sector. Por otro lado, el desarrollo de una industria mecánica nacional transfiere el sector de máquinas y equipos importados a un área que exige mayor capitalización y cuya rentabilidad es más grande. Se pierde mucho del efecto propagador del financiamiento cambiario anterior, sin dejar, sin embargo, de ser un instrumento de aumento de la tasa de lucro. Desde las "reformas cambiarias" viene desapareciendo esa forma de financiamiento.

La acción del Estado en Brasil ayuda a la ampliación de la tasa de lucro a través de subvenciones directas (de tipo cambiario, incentivos fiscales, empréstitos a intereses módicos, etc.) o indirectas (servicios públicos baratos, a veces deficitarios, facilidades para la evasión de impuestos, sobre todo el de la renta, pagos de altos precios en las compras del Estado a particulares). En general, estas sub-

venciones indirectas disminuyen los gastos de transporte y circulación, acción que repercute sobre el presupuesto nacional, provocando un "déficit" creciente. Por otro lado, crean una profunda dependencia del capitalismo nacional con el Estado, que da a la burguesía un carácter eminentemente político y servil con respecto a éste. Tal situación es consecuencia de la debilidad de nuestra burguesía. Esta debilidad, fruto del subdesarrollo, transformó al Estado en una especie de protector de la burguesía brasileña, colocando en manos de un grupo de políticos y burócratas el destino del capitalismo brasileño. Pero esto no significa que su poder se coloque por encima de las leyes que rigen la producción capitalista y lo transforme en un demiurgo de nuestra economía, como muchas veces se tiende a creer.

La estructura agraria brasileña se caracteriza, como vimos, por un poderoso monopolio de la tierra, que crea una mano de obra rural abundante y la somete a términos de pago excesivamente bajos. Como consecuencia, la industria consigue atraer esta mano de obra descalificada con salarios relativamente bajos. Por otro lado, el bajo precio de la fuerza de trabajo en el campo, sumado a las mínimas inversiones en máquinas e implementos agrícolas, crea una alta tasa de lucro en la agricultura brasileña. Tal situación acarrea dos consecuencias para la tasa de lucro industrial. En primer lugar, la impulsa hacia arriba y aumenta su nivel. En segundo lugar, pone a disposición de la industria una gran cantidad de capital que no es reinvertido en el campo y que favorece la concentración de capital urbano y el abaratamiento del dinero.

La estructura monopolista de la industria y de los demás sectores de la economía permite que las mercaderías sean vendidas por sobre sus valores, ampliando exageradamente la tasa de lucro en el país. La tasa de interés, facilitada por los redescuentos estatales, rebajada por la alta tasa inflacionaria y por el capital retirado del campo, tiende a mantenerse en un nivel relativamente bajo, elevando la tasa de lucro. Cabría destacar aun la protección a los alquileres, que fue mantenida por la ley del inquilinaje hasta el golpe de abril, favoreciendo sobre todo a las pe-

queñas industrias. Estos factores funcionaban como estímulo a la expansión capitalista, tanto de los sectores de la producción como de los sectores especulativos. Se ha de convenir, sin embargo, que son al mismo tiempo no solamente inflacionarios, sino también favorecen a la especulación y restringen la acumulación capitalista de los sectores más productivos; desorganizan el mercado de capitales sometiéndolo a altas presiones inflacionarias y especulativas; llevan, pues, el capitalismo brasileño a la mediocridad y al atraso económico, social y cultural.

Para atraer la mano de obra rural y garantizar el apoyo del proletariado en su lucha expansionista, el capitalismo brasileño tuvo que crear un sistema de atracciones para la mano de obra urbana. La previsión social, la legislación del trabajo y una estructura sindical bien desarrollada fueron los instrumentos con que contó para garantizar su afluencia a los centros industriales. No hay duda de que las cargas "sociales" de las empresas, como las llaman los industriales, representan un peso muy grande en la tasa de lucro de la industria. Tasa de previsión, impuesto sindical, indemnizaciones, feriados, son las constantes pesadillas de los industriales, pues ya vimos que el capitalismo es, necesariamente, antisocial y sólo persigue el constante crecimiento de su ganancia. Por otro lado, la escasez de mano de obra calificada provoca no solamente un nivel salarial relativamente alto en los sectores más calificados, sino que aumenta el poder reivindicativo de esos sectores; poder que se extiende al conjunto del movimiento sindical, ya que existe estrecha dependencia entre el nivel de salario calificado y el salario mínimo. Además de eso, el poder reivindicativo del movimiento sindical garantiza no sólo el nivel salarial de los trabajadores, sino que también sus conquistas en varios campos sociales y políticos.

Este análisis nos muestra el peligro de una aplicación mecánica del esquema teórico del capitalismo puro, en las condiciones de una estructura compleja y llena de dificultades. Nada de eso, sin embargo, puede alterar las leyes básicas del sistema. La tasa de lucro es producto, fundamentalmente, de las relaciones entre el capital invertido y el precio de la mercadería en el mercado. Tanto mayor

será la tasa de lucro cuanto menores sean el salario y la inversión en capitales. Estos elementos básicos continúan siendo el punto de referencia en el desarrollo del sistema.

Un análisis de las tasas de inversión de las principales sociedades anónimas en Brasil, revela que a partir de 1958, comienzan a funcionar poderosas barreras en el ciclo expansionista iniciado en 1955. Si relacionamos el incremento de las emisiones del capital y la tasa de lucro de las principales sociedades anónimas en el país con el aumento del costo de la vida, tendremos los siguientes datos:

RELACIONES ENTRE EL INCREMENTO DEL CAPITAL DE LAS SOCIEDADES ANONIMAS / TASA DE LUCRO-AUMENTO DEL COSTO DE LA VIDA Y CRECIMIENTO

Año	Incremento de capital de las SS. AA.	Tasa media de lucro	Índice del costo de la vida	Índices de crecimiento del P.N.B. per cápita
1956	70%	—	21,7%	—
1957	73%	—	12,5%	4,5%
1958	24%	21,2%	18,2%	4,9%
1959	52%	22,6%	52,1%	5,0%
1960	50%	26,3%	28,8%	4,0%
1961	46%	28,2%	43,2%	7,7%
1962	50%	35,2%	51,0%	3,7%
1963	64%	35,0%	80,7%	2,0%
1964	85% (1)	27,9%	86,6%	—3,0%
1965	83% (1)	—	45,4% (2)	—

Fuente: "Conjuntura Económica", Fundación Getulio Vargas.

(1) Menos reavalúo de activo, acrecentado debido a la corrección monetaria.

(2) Según el Ministerio del Trabajo (DNES) el aumento fue del 60,1% y según el DIEESE, 53,9%.

Por los datos arriba indicados, constatamos que en 1959 el incremento del capital igualó a la inflación y, por tanto, no hubo inversión. En 1960 tenemos una recuperación de

las inversiones, que se vuelven a estabilizar en 1961 y 1962. En 1963 y 1964, el nivel de inversión de las SS/AA. estará por debajo de la inflación. En el caso de 1964, debemos tomar en cuenta que, por primera vez, la tasa de inflación (índice general de precios) estuvo por encima del índice del costo de vida, 92,4% y 86,6% respectivamente, lo que demostró que de hecho hubo una baja en el nivel de inversiones. La tasa de incremento del capital en 1965 es sorprendente. Gran parte del aumento se debe a las inversiones del gobierno en electricidad, industria siderúrgica, industria automovilística, metalúrgica y electrónica. No es posible, sin embargo, que este aumento represente ya una inversión de la tendencia depresiva en el país, puesto que los datos no la justifican. Debe representar un efecto coyuntural de las inversiones estatales en los sectores de rendimiento a largo plazo.

Quien analice estos datos no puede sorprenderse con la baja de nuestros índices de desarrollo, que se manifestó más violentamente en los últimos años. Si encontramos una tasa de crecimiento estable hasta 1960 y una elevación brusca en 1961, tenemos que reconocer que estas victorias fueron obtenidas a duras penas, a costa de una expansión artificial de la demanda que redundó en una aceleración gigantesca de la inflación. La economía no podría soportar esta política de expansión, cuyo ciclo ya mostraba su agotamiento en 1958, debido principalmente a las perspectivas de estagnación y muchas veces de baja del mercado interno y externo. La gigantesca presión que se imprimió en 1961, explica la precipitación de expectativas políticas en el país, por este motivo. Y la incapacidad de la burguesía para realizar una política reformista explica la amplitud de la crisis económica, que se presenta en los años posteriores. Esta fase de depresión del ciclo capitalista se acentuará en los dos próximos años, cualesquiera que sean las medidas gubernamentales, que sólo podrán atenuarla o aumentarla, pero no impedirla. Por detrás de estos datos está la baja de la tasa media de lucro, como podemos observar a partir de 1959 (por los datos de que disponemos), cuando el aumento de la tasa de lucro se mostró muy inferior al índice inflacionario. A pesar de no disponer de

los datos de 1965, nada nos puede hacer suponer sino una significativa acentuación de esa tendencia. (8)

El análisis de tales datos muestra que era necesaria una política de estabilización monetaria para la clase dominante brasileña y demuestra de qué manera las veleidades "desarrollistas" de sus ideólogos sólo aumentan sus ilusiones y acumulan los factores de la crisis burguesa. Estas veleidades se explican porque el desarrollo no es una reivindicación esencialmente burguesa. Luchando por ella, están otras activas clases sociales: el proletariado, la clase media y la pequeña burguesía, y el mismo campesinado ya entra en la arena de esta lucha. Negar sumariamente su identificación con el desarrollo, sería desenmascararse frente a todo el pueblo. Vemos lo caro que le costaron a estas clases populares las veleidades de sus teóricos reformistas, particularmente del Partido Comunista brasileño, que las amarraron al carro del desarrollo capitalista. Pero el proceso socioeconómico se desarrolla mucho al frente de la conciencia, y sólo en ocasiones excepcionales las clases sociales encuentran una vanguardia capaz de ir al frente de las condiciones empíricas y prácticas. Estas excepcionales ocasiones son situaciones revolucionarias profundas como las que se configuran en el Brasil de hoy.

3. La depresión y sus efectos económico-sociales.

Como vimos, la depresión se origina básicamente por una baja en la tasa de lucro, que provoca una caída general del volumen de los negocios. La disminución del volumen de los negocios repercute sobre el proceso de la producción, al disminuir el número de empleados, al llevar a la quiebra a las empresas menos sólidas y de menor productividad. Repercute también en el sistema financiero, provocando una restricción en el volumen del crédito y de las transacciones monetarias; en general conduce al atesoramiento, disminuyendo las disponibilidades de di-

(8) La revista *Desenvolvimento & Conjuntura*, constata una baja en la tasa de lucro, en el balance que realizó de la economía brasileña en 1965 (febrero de 1966).

nero y aumentando la tasa de interés. En el proceso de ascenso de la economía, el aumento del volumen de negocios utiliza todo el dinero en circulación, activa el sistema bancario provocando un aumento del dinero existente (moneda y velocidad de moneda), esto es, la inflación. La inflación pasa a ser un estimulante del crecimiento en la medida en que aumenta el poder de compra de la población, a través de la ampliación del crédito, de la tendencia a estimular el aumento de salarios, facilitando la especulación de los más audaces y ofreciendo así los recursos para el crecimiento general de los negocios.

A partir de cierto nivel, sin embargo, la inflación comienza a invertir su sentido y pasa a ser un freno a la expansión del sistema: 1º) al estimular los movimientos reivindicativos salariales, que provocan una inflación de los costos, o mejor, una baja en la tasa de lucro; 2º) al desorganizar la producción que no puede planificar sus costos, ni tampoco el capital necesario para la inversión; 3º) al favorecer la especulación a través de la formación de stocks con el objetivo de utilizar las alzas sucesivas de precios; 4º) al desorganizar el aparato estatal y toda la vida social. A partir de cierto punto, los mecanismos inflacionarios se separan del aumento de la producción que los generó y pasan a tener independencia, conduciendo a una corriente alcista incontrolable; esta es la *hiperinflación*, terror del sistema capitalista. En ella, la crisis asume una forma dramática, incontrolable; la ley de la selva del sistema capitalista, la competencia, pasa a regir en toda su plenitud: ¡sálvese quien pueda!

Una política antinflacionista tiene por objeto restringir este mecanismo monetario independiente, lo que provoca, necesariamente, una baja en los negocios, antes de que esta caída se produzca anárquicamente, por culpa del ciclo económico. Reconocer la existencia del ciclo económico y desarrollar las técnicas de su control, fue un paso decisivo de la teoría económica capitalista en el sentido de dar una garantía provisoria de la supervivencia de este régimen económico.

La primera fase de esta política es la deflación. En ella, el objetivo primordial es contener los mecanismos auto-

propulsores de la inflación. Invertir la tendencia psicológica a la inversión especulativa, al acaparamiento de los productos para ganar con el aumento de precios, a la expectativa de alza (a través de las compras a crédito y de distintas formas de financiamiento), a las reivindicaciones salariales. *Se trata de lo que se llamó "inversión de expectativas"*. La política de crédito es el mejor recurso con que el sistema capitalista cuenta para esto: a través de la restricción del crédito, desestimula la formación de stocks, los financiamientos abundantes, las expectativas de negocios fáciles. El otro instrumento que el régimen tiene que crear es la contención salarial. En este caso, se trata básicamente de la capacidad política de la burguesía de desorganizar el movimiento sindical, o, por lo menos, contenerlo mediante su control.

En esta primera fase, el estado capitalista tiene que cuidar el "déficit" del presupuesto provocado por los mecanismos inflacionarios. Se trata de liquidar las formas de subvención al sector privado, que provocan "déficits" profundos. En el caso brasileño, se trata de las subvenciones cambiarias, que ya estaban siendo eliminadas a través de las "reformillas" cambiarias, al final del período del gobierno de Kubistchek y en el gobierno de Goulart. Se trata de reorganizar los servicios públicos deficitarios a través de una elevación de los precios de esos servicios, por un lado, y de su reorganización administrativa, por otro; se trata de la rebaja general de salarios del funcionalismo (cerca del 50% de los gastos de la Unión) y de los ingresos de los trabajadores no productivos, y, por último, del aumento de los impuestos.

Como se ve, desde su primera fase, la política de estabilización monetaria tiene un nítido contenido de clase. Busca detener el proceso inflacionario sin afectar las ganancias de la clase dominante, o por lo menos afectarlas en el mínimo posible. Le cabe a los asalariados y a los pequeños propietarios pagar el precio de la crisis del sistema de producción que vive explotándolos. En ese momento, dicha explotación se revela en toda su plenitud, se desnuda ante el pueblo. Es muy natural, por tanto, que ciertos sectores de la clase dominante y sus aliados traten de misti-

ficar esta circunstancia, procurando hacerle creer al pueblo que la política de estabilización no es una necesidad del sistema económico capitalista, sino que podría existir otra opción para el pueblo ... a través del aumento de mercados, de los salarios y del desarrollo. Pese a su apariencia "izquierdista", esas formulaciones no pasan de ser cortinas de humo para ocultarle al pueblo la esencia del régimen capitalista: la explotación del hombre por el hombre.

Es evidente que existe otra salida para la inflación. Es la contención de los precios, la restricción de la ganancia, el control de los stocks de productos esenciales para la economía popular y la eliminación de las subvenciones estatales a las empresas privadas. Esta política de tipo popular sería, sin embargo, tan depresiva como la otra, si no se completase con medidas de nacionalización de las empresas y con la planificación global de la economía. Esta política popular llevaría a la baja de la tasa de lucro, y, por tanto, a la baja de las inversiones, lo que sólo podría evitarse con la implantación de una economía que no estuviese basada en el lucro, por tanto, una economía socialista.

Antes de que la inflación alcance un nivel más violento, como sucedió en los últimos meses del gobierno de Goulart (cerca de 80% al mes), es posible controlarla sin provocar una aguda depresión, pero siempre ocurrirá alguna depresión, pues la inflación y expansión de los negocios están íntimamente ligados. Pretender que fuese posible controlar una inflación descontrolada (que estaba al borde de la hiperinflación) sin una caída general de los negocios, caída que la propia inflación ya no podía contener debido a los mecanismos que ya expusimos (en 1963, el crecimiento del P.N.B. fue del 2%), es una afirmación vacía y demagógica. El hecho de que esta posición fuese defendida por los sectores más afectados de la clase dominante y por sectores reformistas de izquierda, muestra solamente que pretenden mantener la crítica al actual gobierno y su política en un plano puramente aparente y superficial, sin atacar al propio régimen social que le sustenta y sin buscar sus verdaderas explicaciones. Sólo hay,

pues, dos opciones en la lucha antinflacionaria: estabilización monetaria con todos los efectos depresivos y la baja del nivel salarial o una política popular que exige, para completarla, una planificación socialista.

Una segunda etapa de la política anticíclica es aquella en que se pasa a los mecanismos de depresión, esto es, la destrucción malthusiana de los sectores atrasados del sistema. Se precipitan las falencias de los sectores especulativos y de las firmas sin gran soporte financiero y de bajo nivel tecnológico. El poder del Estado sobre la economía permite que, a través de la dosificación de créditos, financiamientos, etc., exista cierto control del nivel de la depresión. Este control es, sin embargo, relativo, pues cuanto menos intensa es la depresión, mayor es la duración de este período cíclico. La opción por un período corto de crisis aguda es bastante peligrosa, pues puede llevar a una pérdida del control de la economía y de la situación sociopolítica del país. Por otra parte, la opción por un período largo de depresión impide que sean extirpadas todas las trabas al desarrollo posterior (empresas atrasadas y especulativas) y desgasta el poder político de la clase dominante, minado por una crisis constante y por el descontento general. Cualquiera que sea la graduación de la desesperación social mediante la política de estabilización, ello lleva a una baja del nivel de precios de los bienes de capital y de las materias primas, a la concentración de capital, que se extrae de los bolsillos de los pequeños capitalistas, y crea condiciones para un nuevo ascenso económico basado en una concentración financiera y técnica superior. La economía capitalista se vuelve a erguir así sobre las desilusiones, las desesperanzas, los crímenes, la prostitución, y los cadáveres de los que mueren de hambre, para iniciar un nuevo período de desarrollo superior en el nivel tecnológico, financiero y empresarial. Durante esa segunda fase de la política de estabilización, que trata básicamente de reducir los costos y aumentar consecuentemente la tasa de lucro, es necesaria una rígida política de contención salarial —ya iniciada en la deflación— que se aprovecha especialmente de la baja del nivel reivindicativo de los trabajadores, pues muchos de ellos están ce-

santes y todos rodeados por el fantasma del desempleo y del hambre; su poder de negociación se hace bajo y favorece la disminución de los salarios. En Brasil, tal política cuenta con una desorganización sindical provocada por las intervenciones y por el control ministerial.

El resultado general de la depresión es un aumento de la tasa de lucro y un estímulo a la reinversión: en el curso de este proceso serán eliminados los más débiles. Las restricciones del crédito favorecen relativamente a los grandes grupos, que disponen de mayor base financiera, y eliminan a los pequeños y más débiles. El equilibrio del erario destruyó algunos privilegiados estatales como los de la Panair, Jafet, etc. (si bien creó otros, como la Consul-toc) y arruinó a gran parte de los pequeños especuladores, perjudicados también por la restricción del crédito. El mercado de capitales se fortalece con la gran cantidad de dinero líquido y la concentración financiera.

Pero, como vimos, el desarrollo del capitalismo brasileño se realizó a través de la alianza con el capital extranjero, que pasó a dominar los sectores fundamentales de la economía. Por otra parte, el desarrollo de la crisis, al fortalecer a los sectores financieramente más potentes, fortalece el capital extranjero. Este obtiene, así, una concentración gigantesca de la actividad económica nacional en sus manos. Aunque sea falsa la afirmación de que la actual política económica es una "imposición" del imperialismo, pues está condicionada por las dificultades cíclicas del capitalismo brasileño, ella llevará inevitablemente al fortalecimiento del dominio imperialista sobre el capitalismo nacional. Esto ocasionará un mayor servilismo del capitalismo brasileño con respecto al norteamericano. Las contradicciones entre los intereses del desarrollo nacional y las limitaciones impuestas por el capital extranjero, se expresarán cada vez más bajo la forma de una contradicción entre las clases trabajadoras (obreros, campesinos, asalariados urbanos, intelectuales, estudiantes, técnicos y científicos) y las clases dominantes en su conjunto (gran burguesía extranjera y nacional y latifundistas). La lucha antimperialista se expresará cada vez más como una lucha anticapitalista. Y la única opción que se podrá ofre-

cer al dominio imperialista será una economía socialista.

En el campo, los efectos de la crisis serán bastante particulares. Por el hecho de existir ya un vasto sector capitalista en el campo, y porque el sector precapitalista produce en gran parte para el mercado, estando dominado por éste, la crisis afectará agudamente a la economía rural. El primer efecto importante es la destrucción de gran parte de la economía capitalista atrasada, debido a la baja del consumo que empequeñece el mercado y sólo permitirá sobrevivir a los productores con elevado nivel técnico. Esto significa el resurgimiento de las hordas emigrantes que caracterizaron los años de "éxodo rural", por falta de perspectivas de empleo en el campo. Una parte recurrirá a la economía de subsistencia, sobre todo donde las tierras sean más abandonadas; otra parte luchará por obtener tierras a la fuerza; otra parte se dedicará al bandolerismo; otra irá a constituir las favelas urbanas, otra parte (sobre todo los niños y viejos) perecerá simplemente. El efecto general de esta devastación será el abaratamiento aun mayor de la mano de obra agrícola, el desmantelamiento de gran parte del sector capitalista atrasado y aparición de condiciones favorables a la ampliación del sector capitalista en el campo. Pero la propiedad latifundista continuará existiendo. Ella limitará nuevamente la expansión de la producción capitalista, atenuará gran parte de los efectos de las crisis favorables para el desarrollo capitalista, manteniendo mano de obra en actividades de subsistencia. En realidad la propiedad latifundista se volverá un impedimento mayor aun en la solución del problema agrario brasileño: la cuestión de la revolución agraria volverá con mayor fuerza aun.

4. *Efectos políticos de la depresión.*

El análisis que hicimos en el ítem anterior se limitó a los efectos generales de la depresión en el campo económico-social. Por tanto, tales efectos fueron presentados en forma abstracta, pues la crisis no se desarrolla solamente en el plano económico. Los factores políticos, a pesar de darse en este cuadro de posibilidades tendenciales del de-

sarrollo económico, pueden a veces alterar profundamente su curso: pueden incluso cambiar la calidad del sistema económico, elevándolo a un sistema superior.

En general, la depresión provoca manifestaciones parciales que alteran cualitativamente los métodos de lucha de las masas. Los canales legales, las reivindicaciones pacíficas, las presiones, son sustituidas por violentas explosiones de masas. Esto no se debe solamente a las dificultades que el actual régimen planteó a las manifestaciones pacíficas de masas (restricción al derecho de huelga, intervención en los sindicatos urbanos y rurales, prohibición de reuniones, terrorismo en las fábricas y sobre todo en el campo, etc.), sino también a las nuevas dificultades económicas (el desempleo y su cortejo de miserias, la disminución del nivel salarial y del nivel de vida, las dificultades de abastecimiento, que se agravaron, los aumentos de los arriendos debido a la caída de la ley del inquilinato de Vargas; por último, el aumento general del costo de la vida, junto a la baja del nivel salarial y la quiebra de los pequeños propietarios).

Tal situación prepara en la conciencia del pueblo, en sus hogares, en su empleo, en sus diversiones, en todos los momentos de su vida, los elementos de una poderosa carga explosiva. Dichas explosiones se presentan al principio en forma espontánea, anárquica y desorganizada, sin objetivos políticos definidos. Ejemplos de esas acciones son la toma de alimentos en el Nordeste, los saqueos en las ciudades, los movimientos de sabotaje de la producción por parte de los obreros (operación tortuga). Estos movimientos, espontáneos y parciales, son, a pesar de todo, el germen de nuevos movimientos organizados y más amplios.

Es así como se desarrolla el proceso social, y por eso las soluciones policiales son ridículas para contener un movimiento tan generalizado. Las masas tratan de organizarse en comités dentro de las empresas y barrios, y crecen los movimientos clandestinos y las organizaciones partidarias. Es preciso destacar que la clase obrera brasileña nunca pasó por un proceso tan profundo de radicalización y de organización de base. Esto colocará a la lucha política del país en niveles enteramente nuevos, pues lanzará a la are-

na política a un proletariado independiente, radical, violento y opositor, como hasta entonces nunca sucedió en el país.

Dos movimientos políticos resultarán de este proceso de radicalización: el movimiento socialista revolucionario y el fascismo. El primero, como expresión de la organización revolucionaria del movimiento obrero. El segundo, como expresión de radicalización de sectores descontentos de la clase media y de la pequeña burguesía. La posibilidad de victoria de estos movimientos dependerá de las dificultades de la clase dominante para contener el movimiento de masas. Pues, el fascismo, a pesar de surgir como movimiento pequeñoburgués, sólo se transforma en victorioso con el apoyo de la clase dominante. Todo el conflicto de clases, cuando se vuelve agudo, como el que se viene configurando en el país y en el mundo, sobrepasa la barrera de las luchas y escaramuzas parciales para expresarse en un conflicto generalizado, muchas veces en una guerra civil.

Resta estudiar en este capítulo una parte importante del movimiento político brasileño actual: el movimiento liberal. Tal movimiento surgió como oposición al camino dictatorial, consecuencia del movimiento de marzo-abril. Sus principales manifestaciones se encuentran en la oposición parlamentaria al gobierno, en el manifiesto de los intelectuales y en sectores del movimiento estudiantil. Pero los métodos de lucha que preconizan no son capaces de movilizar a las masas acorraladas entre la desesperación, consecuencia de la crisis, y la ausencia de instrumentos legales de organización y lucha. Es más probable que en el proceso de radicalización de la lucha, tal movimiento forme al lado del gobierno existente y contra las dos fuerzas extremas del proceso, aceptando una alianza con él en términos de una liberación del régimen.

El proceso social tiene una lógica interna objetiva, independiente de sus agentes. De ahí la aparente contradicción que encontramos en la personalidad de algunos políticos, que sirven muchas veces a intereses opuestos a los que creen defender. La ciencia política no puede apoyarse en las intenciones de los agentes sociales para comprender

el movimiento real de la sociedad. Ella tiene que situarse en un punto de vista objetivo que se abstraiga de las intenciones subjetivas en un primer momento, mostrando los intereses reales que mueven a los individuos, a las clases y a los grupos sociales. Solamente a partir de este análisis, puede comprender el verdadero sentido de esas intenciones. La actual situación del país rompe paulatinamente los viejos esquemas políticos, supera las viejas élites y señala la necesidad de nuevas organizaciones y nuevas pautas. De ahí que la conciencia de la mayoría de los individuos, grupos o clases esté tan sobresaltada; de ahí esta angustia social y política, esta búsqueda de nuevas soluciones, esta ansia de literatura sociológica y política. No será un movimiento liberal sin doctrina y conciliador, con blanduras y métodos de lucha pacífica, el que llenará el vacío organizativo en que el país se encuentra.

En los próximos capítulos ahondaremos el análisis aquí esbozado, pues el proceso político brasileño no puede ser visto solamente a la luz de la actual crisis capitalista, sino que también a la luz de la crisis global del sistema que, como vimos, incluye la crisis del subdesarrollo.

VI.—LA RECUPERACION Y LA GRAN CRISIS.

1. *La nueva cualidad del desarrollo.*

En el capítulo anterior, analizamos la crisis brasileña como originada por una gran depresión económica. Sin embargo, esta depresión no es sino un fenómeno cíclico. Trae consigo los gérmenes de una recuperación, cuyas principales coordenadas esbozamos. Son los propios factores de depresión, el desempleo, las quiebras, la baja en los negocios, la baja del movimiento financiero, la miseria, en fin, los que crean los factores de un nuevo ciclo de desarrollo. La caída de los salarios, la baja del capital constante, el estímulo en las ventas a precios más bajos, la reserva de capital retirado del mercado, provocan un aumento de la tasa de lucro y, a partir de cierto momento, el retorno de las inversiones. Esta recuperación es más o menos inevitable. En el transcurso del proceso, se sitúa la cuestión de alterar el régimen político del país como consecuencia de las agudas luchas sociales que se traban.

Pero todo estaría bien para la clase dominante si la crisis se limitase a la actual crisis capitalista. Ella podría tener la esperanza de una recuperación rápida, de una nueva acumulación de capital, de un nuevo período de desarrollo en que el movimiento de masas estaría nuevamente dominado por ella. En fin, el paraíso duraría algunos años más hasta una nueva crisis y otras cada vez más profundas, donde su dominio se vería nuevamente amenazado. Por este motivo no es ni bizantino ni inútil analizar a corto plazo las condiciones de recuperación de la economía capitalista en el país. Estas condiciones ya están operando en la actual situación. Si existiera la posibilidad de una recuperación más o menos rápida, ella influiría en la actual crisis y en su desarrollo.

Una nueva fase de desarrollo en el país no significa simplemente una vuelta al estado anterior: no sólo porque la presión demográfica trae consigo un aumento de población de más del tres por ciento al año y exige una aceleración de la producción, ni tampoco porque se presentan más del millón de nuevos trabajadores por año en el mercado de la mano de obra, sino también por un motivo estructural. Para que se amplíen las instalaciones industriales actuales del país, es necesario que se instale un sector de industria pesada que alimente las industrias de base y complete las instalaciones industriales brasileñas, elevándolas a un nivel superior aunque insuficiente, pues en nuestros días la electrónica y la automatización exigen un nivel más elevado todavía, para colocarse a la altura de los grandes centros económicos. No completar el sector de la maquinaria pesada sería la condenación al atraso, sería la estagnación, la frustración de las aspiraciones de desarrollo de todo nuestro pueblo. La recuperación económica sólo puede completarse en el país si estuviera seguida de un proceso de calidad superior al que vimos hasta ahora. Para realizar tal cambio es, por tanto, indispensable: 1º) una alta acumulación interna de capitales; 2º) una gran disponibilidad cambiaria que garantice la importación de los bienes de capital que no podemos producir; 3º) una infraestructura energética y las preinversiones que preparan mano de obra con conocimientos técnicos y científicos adecuados; 4º) la expansión del mercado interno; 5º) la expansión del mercado externo. Analizaremos estas condiciones.

2. *Dificultades de una nueva acumulación de capital.*

¿Serán los capitales generados en la crisis suficientes para un nuevo período de intenso desarrollo? ¿Serán las actuales medidas de elevación de la tasa de lucro capaces de garantizar un índice de inversiones suficientes? ¿Existe internamente un mercado de capitales suficientemente organizado para permitir tal acumulación y canalizarla hacia estas inversiones? Desde un punto de vista abstracto, podríamos responder que sí; que existen en el país las

condiciones para una alta acumulación de capitales, desde que fuesen eliminadas, por una audaz política, las trabas para la formación del mercado interno de capitales, a través de la modificación económica del país, a través de la liquidación del paternalismo dentro del Estado brasileño, mediante una tributación más eficaz. En realidad, al examinar la forma en que se conduce la política actual, que se caracteriza por una alianza de las clases dominantes que obliga a la burguesía a hacer concesiones a los sectores atrasados, sólo podemos dar una respuesta negativa. Vimos, en el capítulo anterior, que el proceso de concentración económica resultante de la crisis fortalece el poderío imperialista en el país y transforma nuestra burguesía en una funcionaria bien pagada del capital internacional. La posibilidad de un desarrollo nacional sólo podría concretarse gracias a una audaz política de expropiación de las grandes empresas imperialistas, lo que dependería esencialmente del movimiento popular. ¿Puede la burguesía cambiar la limosna pacífica del imperialismo por la lucha poco garantizada al lado del movimiento popular? ¿Hasta dónde sería necesario conducir esta lucha frente a la resistencia del adversario? ¿Dónde se apoyaría internacionalmente para realizarla? ¿En Europa Occidental, arrinconada por la presión norteamericana, o en el campo socialista?

Restaría, sin embargo, una hipótesis: que la propia economía imperialista fuese llevada a invertir aquí esos capitales. Desde el punto de vista económico y debido al alto nivel de desarrollo de los países avanzados, podrían interesarse en montar una economía altamente industrializada en un país atrasado, cambiando las máquinas fuera de uso que necesitan ser sustituidas por industrias automatizadas. Pero esta hipótesis no toma en cuenta las contradicciones internas de los países capitalistas avanzados, que tienen en la automatización un espectro cuya materialización sería el desempleo, el exceso de capitales, la amenaza de crisis inmediata. Por otra parte, la apertura de un mercado para las máquinas productoras de maquinarias cerraría un amplio mercado de bienes de consumo y de máquinas comunes. Sería un camino muy arriesgado. ¿Y qué posibilidad

de control le quedaría al imperialismo, si garantizase tal autonomía productiva a los países dominados? Estaría creando así una formidable competencia en el mercado internacional.

En resumen, una nueva acumulación de capital que eleve cualitativamente nuestra industria encuentra dos barreras en nuestra actual estructura: 1º) la barrera del latifundio, de los sectores atrasados del Estado y de la alianza de las clases dominantes contra el movimiento de masas; y 2º) la barrera de la dominación imperialista que será beneficiada con la actual concentración económica y cuyos intereses no coinciden con el desarrollo de la industria pesada en los países atrasados.

3. Disponibilidad cambiaria e infraestructura.

Supongamos, sin embargo, que la amenaza del movimiento de masas fuera controlada y que la burguesía pudiera tomar el camino del desarrollo. ¿Dispondría ella de divisas suficientes para importar las grandes unidades industriales que lo garanticen? No existe ni una perspectiva de que una diversificación de exportación pueda tener frutos inmediatos. Como veremos más adelante, ella encuentra una enorme barrera en el mercado internacional que sólo podría vencerse con una política agresiva contra el imperialismo. ¿Y la diversificación de las importaciones? ¿Sería posible sustituir los fletes y servicios, los combustibles, las materias primas para la industria, y al mismo tiempo pagar nuestra deuda externa? Tales inversiones sólo podrían ser hechas con la ayuda —poco probable— o con la aplicación directa —también poco probable— del capital imperialista, lo que significaría un dominio más grande aun del capital extranjero.

El gobierno brasileño siempre destinó un porcentaje no muy bajo del erario a la educación. Sin embargo, tal destinación alcanza exclusivamente a objetivos electorales de control de cargos en el interior y aun en las mismas capitales. Una enseñanza primaria nada objetiva, que mantiene analfabeta al 50% de la población. Una enseñanza media, libresca y académica, que impide la formación de

técnicos de nivel medio y que sólo es accesible a una minoría. Una enseñanza universitaria basada en normas cauducas, dominada por congregaciones de catedráticos altamente interesados en sus cátedras y en los empleos, y no en los problemas culturales, regida aun por currículi del siglo pasado y por una pesada estructura preuniversitaria. ¿Qué se puede esperar en términos de desarrollo científico y técnico de semejante estructura de enseñanza? (1) ¿Cómo modificarla sin profundos movimientos sociales? ¿Cómo esperar el desarrollo nacional si se mantiene esa estructura y se impide la acción y la organización de la fuerza más interesada en destruirla, o sea, el movimiento estudiantil? ¿E incluso si se paraliza a su principal aliado, que es el movimiento popular? No se puede esperar de inmediato, dentro de la actual conformación sociopolítica del país, la instauración de las condiciones necesarias para un nuevo período de desarrollo que consista en la creación de mano de obra especializada y la formación de técnicos y científicos que liberen el país del "know-how" extranjero.

Quedaría por analizar la infraestructura energética, de transporte y de producción de acero que garantizaría tal desarrollo. En relación a la energía eléctrica, el país necesitaría, en 1970, 12.665.000 Kw., además de los correspondientes servicios de distribución y transmisión. Actualmente, la potencia instalada es de 5.949.000 Kw. En el año 1964, la industria de energía eléctrica registró una disminución de 1% contra un 19,1% de aumento en 1963. La Electrobrás elaboró en 1964 un programa de restricción de gastos "no iniciando obras que no tengan carácter urgente y aplazando aquellas que no sean prioritarias dentro del programa de desarrollo". Sólo en 1965 hubo un retorno de la inversión en el campo de la energía

(1) Tal situación se agravó más en el actual gobierno con la liquidación de las Universidades modelo: Universidad Federal de Sao Paulo, Universidad de Brasilia y de la Facultad de Medicina de Ribeirao Preto. Y con la amenaza que pesa sobre el ITA (Instituto Tecnológico de Aeronáutica), uno de los más altos centros de investigación en ciencias físicas y matemáticas.

eléctrica. Los debates que se realizaron con ocasión del tercer "Seminario de Grandes Barrages", llevaron a la siguiente conclusión respecto del desarrollo energético: "La situación actual no es de las más alentadoras, habiendo en las regiones del Centro-Sur y Sur, restricciones en el consumo con una consiguiente limitación de inversiones, lo que impide un ritmo más acelerado en el desarrollo industrial". Tampoco las perspectivas, según declaraciones del propio presidente de la Electrobrás, son muy optimistas: "A pesar de las grandes inversiones en curso, es evidente que ellas apenas pueden satisfacer la demanda prevista, no existiendo posibilidades de crear un margen mínimo de reservas que permita mayor seguridad. Eso se agrava con los atrasos producidos en diversas obras que no pudieron entrar en funcionamiento en los plazos previstos, mientras que otras prosiguen lentamente, como ocurre en el Estado de Sao Paulo, que es justamente el que presenta el mayor índice anual de demanda". Tales conclusiones no toman en cuenta las dificultades financieras provocadas por la crisis (la baja del consumo y el estímulo a los inversionistas). Si es un hecho que la depresión en los sectores industriales generará una reserva de energía eléctrica instalada, esta reserva será, sin embargo, insuficiente para garantizar un alto ritmo de expansión.

En cuanto al sector del petróleo, se registró en 1964 una baja en la producción y refinación del 4,6%, contra un aumento del 7,0% en 1963. En 1965, la producción de petróleo aumentó sólo en un 3,1% y la refinación disminuyó en un 0,8% (enero a octubre). La Petrobrás enfrenta así graves dificultades de divisas para importar instrumentos esenciales a su expansión, además de los altos costos de los fletes, ya que la FRONAPE no funciona con todas sus posibilidades.

La industria siderúrgica registró un decrecimiento de 5,8% en 1964, contra un crecimiento de 3,4% en 1963. En 1965, la producción de hierro goa disminuyó en 3,1%, el acero en lingotes aumentó en 3,1% y el laminado en 4,3%. Las perspectivas de la instalación de una siderurgia como un campo industrial independiente son, por tanto,

muy pequeñas. Las perspectivas de desarrollo caminero y ferroviario están paralizadas debido a la crisis del presupuesto. El gobierno de Castelo Branco rebajó en un 70% el presupuesto para obras públicas, según denuncia el "Correio de Manhã" del presidente de la Federación Nacional de Economistas y del Consejo Nacional de Economistas. Pese a nuestros altos gastos en fletes y a nuestra inmensa costa, la industria de construcción naval en Brasil se encontraba en el 16º lugar en el mundo, en cuanto al volumen del tonELAJE en fabricación y a los pedidos hechos en enero de 1964. Debemos destacar, pese a todo, la nacionalización casi integral de la producción naval, que subió al 100% y 90% en 1965.

La perspectiva de una infraestructura económica apta para una expansión en gran escala, en las condiciones actuales, no son favorables. Su realización exige una planificación y ejecución audaces, con el total apoyo de la población en el sentido de romper las barreras que se oponen a esta expansión. La crisis económica atrasa los programas de desarrollo, desalienta la iniciativa creadora, crea una psicología pesimista y de fracaso. La superación de la crisis coyuntural puede crear un clima contrario, de optimismo y esperanza, pero para hacer efectivas las aspiraciones de desarrollo será necesario un esfuerzo violento que movilice a toda la maquinaria administrativa y destruya las barreras que obstaculizan el desarrollo nacional.

4. *Expansión del mercado interno y externo.*

Volvemos, pues, a nuestro punto de partida. La crisis capitalista complicó y atrasó la solución de la crisis del subdesarrollo. Este atraso plantea una situación revolucionaria mucho más violenta que la que se configuró con ocasión del gobierno de Janio Quadros y que se tornó aun más compleja con ocasión del gobierno de Goulart. La contradicción existente entre los sectores avanzados de la sociedad brasileña y los límites erigidos por la estructura latifundista y por la dominación imperialista interna y sobre el mercado internacional, exigirá una solución definitiva. La superación de los límites del mercado interno y

externo exigirá una política aun más radical que la esbozada durante el gobierno de Janio Quadros.

Las exigencias del desarrollo de la industria pesada señalaron la necesidad de una reserva de divisas que sólo podría formarse mediante la suspensión pura y simple de nuestras deudas externas, una política audaz de exportación destinada a América Latina y África y una apertura al comercio con los países socialistas. Para complementar una política de ese tipo sería inevitable la suspensión de las remesas de lucros, al igual que la nacionalización de las grandes empresas de capital extranjero que no se adecúan a este plan de expansión. Una política estatal de control e inversión en las industrias básicas y en la industria pesada sería un complemento lógico de este programa de desarrollo.

Para sustentar esa expansión industrial sería necesaria una transformación radical de la estructura agraria, para eliminar el monopolio de la tierra, el latifundio, y aumentar el mercado de bienes de capital y bienes de consumo en el campo brasileño. Tal política sólo sería completa si organizase la expansión industrial de las áreas atrasadas a través de la planificación regional, ampliando así el mercado de bienes de producción dentro del país y utilizando la potencialidad de nuestra industria mecánica, en gran parte ociosa; y si programase construcciones y obras públicas cuya escala exigiría una nacionalización de las tierras altamente inflacionaria, lo que sólo podría solucionarse por la expropiación pura y simple. (2) Estas son las condiciones mínimas para romper la cadena de acero que mantiene al país dentro de los límites de una nación atrasada y subdesarrollada.

A pesar de que esta política permanece todavía en el cuadro de una revolución burguesa, ¿estará la burguesía capacitada para realizarla? De nuestro análisis resultó la conclusión de que esta política afecta decisivamente a la

(2) La expropiación del latifundio en alta escala y a un ritmo intensivo, que con el atraso actual se torna necesaria, sólo podrá ser hecha sin el pago inmediato de esas tierras que costaría millones al Estado y sería un factor inflacionario enorme. Los títulos negociables tendrían el mismo efecto inflacionario.

conciliación de clases que sustenta el poder en Brasil. Para seguirla, la burguesía tendría que romper violentamente esta conciliación y apoyarse en el movimiento popular, en los trabajadores urbanos y rurales y en la pequeña burguesía progresista. La experiencia anterior a abril mostró que esas fuerzas tienen una dinámica independiente determinada por sus propios intereses dentro de la revolución burguesa: ya en el período de los gobiernos de Quadros y Goulart ganaron una relativa independencia política que amenazó al propio poder burgués. Tal aventura sería nuevamente imposible para la burguesía: ella está liquidada como vanguardia política del país, sus intereses pasan a ser hoy defendidos por la pequeña burguesía, que trata de empujarla por el camino del reformismo; pero a ojos vistas, fracasará y abandonará a sus aliados pequeño-burgueses.

De todo esto concluimos que las medidas de eliminación de las barreras al desarrollo capitalista en el país sólo podrán ser realizadas bajo la dirección de los trabajadores urbanos y rurales. Son y han sido las únicas clases consiguientes con la lucha por el desarrollo nacional. En este caso, la revolución no se paralizará y abrirá el camino hacia el socialismo.

El movimiento popular se está recuperando del golpe de abril. Su reorganización se señala claramente por la impotencia del gobierno para controlarlo. A pesar del carácter defensivo que aún ostenta, su propia dinámica interna lo conducirá a la ofensiva. De la lucha contra la cesantía, contra los bajos salarios, contra la intervención en los sindicatos y asociaciones, y por las libertades políticas, surge un programa global de democratización popular y de desarrollo nacional. La lucha contra el aumento del costo de la vida conduce necesariamente a la reforma agraria, a la limitación de las remesas de lucro, a la expansión del mercado, a las medidas de desarrollo, en fin, al programa de desarrollo que la burguesía no puede realizar.

No le quedará a la burguesía otro camino que formar al lado de toda la clase dominante, al lado del imperialismo y del latifundio, para contener su avance. Para ello, el régimen de fuerza que emergió del movimiento de abril, es

insuficiente. Su carácter de compromiso entre las clases dominantes, su sustentación apenas en los altos niveles de la sociedad, su indiscutible impopularidad son límites que impiden toda maniobra de contención del movimiento popular. El poder de represión del régimen de abril se apoya exclusivamente en las fuerzas armadas. ¿Se puede confiar en este poder de represión? ¿Habrán desaparecido las profundas divisiones internas dentro de las fuerzas armadas, que dieron origen al movimiento de los sargentos, al levantamiento de Brasilia, al movimiento de los marineros de Guanabara? ¿Tendría el actual gobierno el coraje necesario para poner a prueba su dispositivo de represión del movimiento de masas cuando éste renazca, radicalizado por el proceso de una profunda crisis económica?

Es ahí donde surge el movimiento fascista. Solamente un movimiento que agrupe a la pequeña burguesía y a la clase media desesperada en torno a un programa que afecte a ciertas áreas populares, puede servir de apoyo a una represión del movimiento de masas. Solamente la exacerbación del clima de delación y de miedo histérico al comunismo que dio base al movimiento de abril y se prolongó en los primeros meses del actual gobierno, podrán garantizar en el poder a la actual clase dominante.

La crisis brasileña puede resumirse, pues, como una conjunción de una crisis capitalista coyuntural, con una crisis estructural ligada a la supervivencia del sector subdesarrollado de la economía. La solución de la crisis estructural fue abandonada por la burguesía, después de varias tentativas de solucionarla, para resolver la crisis coyuntural que entraba a amenazar el conjunto de la economía. Pero el atraso en la solución de la crisis estructural y las profundas tensiones generadas en la fase de depresión del ciclo capitalista aumentan las tensiones del sistema y reducen las posibilidades de una solución reformista. La crisis estructural revela toda su magnitud y exige una solución revolucionaria que la burguesía no podrá dar. Se abre el camino para una solución basada en los trabajadores urbanos y rurales, o, por el contrario, si los trabajadores no fueren capaces de aprovecharse de esas condiciones y se mostraren indecisos en el acto revolucionario, la burguesía

tendrá las condiciones para recurrir a un gobierno aun más fuerte, basado en una represión sistemática por civiles armados. Este gobierno tendría por objetivo conservar la estructura y garantizar políticamente una estagnación más o menos larga. De esta manera, la opción entre desarrollo y estagnación que se plantea en el primer momento bajo la forma de gobierno popular o dictadura militar, asumirá, en el segundo momento, su aspecto final: o socialismo o fascismo.

¿Cuáles serán las posibilidades de estos esquemas que emergen de la crisis actual? ¿Cuáles serán las posibilidades del actual régimen, cuáles serán las del movimiento popular, cuáles las del fascismo? Son estas preguntas las que tratamos de responder en los próximos capítulos.

TERCERA PARTE

LA CRISIS POLITICA

EN BRASIL

VII.—VISION DE CONJUNTO.

Los acontecimientos de abril de 1964 marcan una línea divisoria en el proceso político brasileño. En esa oportunidad, los sectores más avanzados de la clase dominante se sometieron definitivamente a una unión con los sectores más atrasados y reaccionarios. La alta concentración monopólica del desarrollo industrial creó un agrupamiento de la alta burguesía que reúne a la burguesía industrial, financiera, comercial, al latifundio y al imperialismo. El golpe de abril fue el resultado político de este desarrollo de las relaciones económicas del país. Ya en 1954, después del suicidio de Vargas, podemos advertir los primeros pasos en dirección a este camino. La crisis de agosto de 1954, provocada por el suicidio de Vargas, señaló la iniciación de la capitulación de la burguesía industrial que hasta entonces promovía en el país, bajo el mando de Vargas, una política nacionalista en la Petrobrás, en la Fábrica Nacional de Motores, en el proyecto de la Electrobrás, en un riguroso control de las divisas para la importación de bienes de producción, en la lucha contra las remesas de lucro (violentamente condenadas en la carta testamento de Vargas). Dicha carta fue la expresión más revolucionaria de esta política que apelaba especialmente al movimiento popular ("los humildes", en la terminología paternalista del caudillo) como sostén y apoyo.

Las violentas manifestaciones nacionalistas que se siguieron al suicidio de Vargas, indicaron a la burguesía brasileña con quién podrían contar para realizar la política nacionalista: con una masa radicalizada y activa cuyo control no parecía fácil. Desde entonces la preocupación fundamental de la burguesía dejó de ser sus aspiraciones nacionalistas y pasó a ser el dominio de estos aliados. Constató que, se-

gún sus intereses, el movimiento nacionalista debería apoyarse en una articulación de las cúpulas sociales y no en estas "peligrosas" movilizaciones populares. Paulatinamente, el concepto de nacionalismo se fue sustituyendo por el de desarrollo. El nacionalismo, decían, es un instrumento para realizar el desarrollo económico, el cual resolvería todos los problemas del país, inclusive el de la dominación imperialista, pues permitiría desplazar los centros de decisión hacia el interior de la economía nacional. Cuando el nacionalismo se mostrara "sectario" e impidiere el desarrollo, debería ser puesto de lado. La cuestión fundamental que se puso de relieve por este sutil cambio de posición teórica era la del capital extranjero. El nacionalismo sectario sería aquel que no reconoce los aspectos positivos de este capital, mientras que el nacionalismo desarrollista trata de atraerlo hacia todos los sectores donde puede ser útil. El nacionalismo "sectario" sería también aquel que concede privilegio a la acción estatal frente a la iniciativa privada. Este cambio de posición se expresó muy claramente en el Instituto Superior de Estudios Brasileños a raíz de la renuncia de su principal fundador, Helio Jaguaribe, que pasó a condenar el "sectarismo" del ISEB (1).

El Programa de Metas de Kubistcheck fue la expresión práctica de este cambio ideológico al realizar un desarrollo apoyado en el capital extranjero y en la supervivencia del latifundio. En la medida en que este tipo de desarrollo acusaba las contradicciones entre los sectores económicos y sociales más adelantados del país y las supervivencias latifundistas y dominación imperialista, la bandera del nacionalismo cayó totalmente en las manos de los aliados populares de la víspera, que pasaban a amenazar el esquema de conciliación de clases. Esta situación, sumada a la crisis económica que se esbozaba en el seno de una inflación creciente ampliada en gran parte por este esquema de conciliación, llevó a la burguesía a renunciar paulatinamente al desarrollo mismo.

(1) Es sugestivo el nombre del libro que dio origen a la polémica: "Nacionalismo y Desarrollo Nacional", ISEB, 1958.

La experiencia del gobierno de Quadros fue muy significativa. A través de la figura mesiánica de Quadros, la gran burguesía creía haber resuelto el problema principal: confiaba en la capacidad de Quadros para contener a las masas. A partir de allí podría iniciar una tentativa de mejorar su posición dentro del consorcio de clases que domina el país. Agitando los 6 millones de votos, Quadros inició una ofensiva hacia las reformas básicas y la política externa independiente. El objetivo de esta política era bastante tímido a pesar de su apariencia ostentosa; se trataba simplemente de un mejoramiento general de la situación de la burguesía frente al latifundio y al imperialismo.

Pero el centro de esa política era el control mesiánico sobre el movimiento de masas, sin el cual el camino reformista era un riesgo muy grande para la burguesía. Mientras hablaba de reformas y se mostraba "preocupado" por la invasión de Cuba, Janio Quadros lanzaba las tropas contra una inocente huelga estudiantil en Recife, tratando de advertir al movimiento de masas hasta qué extremos estaba dispuesto a llegar. Pero la instrucción 204 y las primeras señales de la política de estabilización ya amenazaban la popularidad del mesías y ponían en peligro su hipnosis sobre las masas que, como toda manipulación psicológica, no resistió el choque con la práctica histórica. La tentativa de reconquistar la simpatía popular a través de la radicalización de la política externa encontró una gran barrera en la derecha. El "golpe" de la renuncia buscaba la toma del poder en términos absolutos, pero las masas y la derecha, puestas radicalmente en choque, optaron por otros caminos: las primeras apoyaron la toma de posesión de Goulart; la segunda tentó el camino de la dictadura militar. Para evitar la guerra civil, los dirigentes de las fracciones en lucha aceptaron el compromiso parlamentarista que reducía los poderes de Goulart.

Acosado por las masas y la derecha, el compromiso parlamentarista trató de recuperar el equilibrio perdido. Era la oportunidad, para Goulart, de aprovechar el descontento popular, recuperar los poderes perdidos y caminar hacia un golpe bonapartista. El diálogo impuesto a la gran burguesía por el movimiento popular la hacía retroceder cada

vez más, temerosa de los inconformismos, de las iniciativas independientes y del apoyo que las masas encontraban en las bases de las fuerzas armadas. Para mantener su prestigio junto a la burguesía, Goulart trataba cada vez más de contener el movimiento popular que se le escapaba de las manos. ¿Pero de qué valía Goulart sin el control del movimiento de masas, si la burguesía sólo lo aceptaba por esta cualidad de heredero de Getulio a través de la carta-testamento?

En esa situación, la ideología burguesa caminó hacia el abandono del propio desarrollo a cambio de la garantía de su dominación de clase que estaba amenazada por sus aliados populares. Helio Jaguaribe dará este paso teórico en su libro *Desarrollo Económico y Desarrollo Político*, al defender la necesidad de un poder autoritario para realizar el desarrollo. En este libro, el énfasis se aplica sobre todo al poder autoritario que, por sus características desarrollistas, se denominó "neo-bismarckismo". Poco a poco, la burguesía fue abandonando sus perspectivas desarrollistas por la necesidad de una política de estabilización cada vez más urgente ante el fracaso del gobierno de Goulart. Impedida de ofrecer una salida propia para la crisis, la burguesía caminaba a grandes pasos hacia la derecha. Frente al movimiento de masas en crecimiento, pasaba abiertamente a la conspiración. Temblaba de miedo, al lado de los latifundistas, pero era fuerte políticamente porque tenía a su favor la inmovilidad del adversario. Y esta inmovilidad surgía del hecho de que las masas, única fuerza capaz de detener el golpe, eran contenidas por sus aliados burgueses en el poder.

Por esto el 1º de abril fue tan grotesco, tan ridículo y tan decepcionante para todos sus protagonistas. Pero el paso estaba dado, irreversiblemente, en el sentido de una estrecha alianza de la clase dominante. La política de fuerza, para ser eficaz, tiene que aplicarse sobre su propio apoyo social: la clase en el poder debe confiar en que sus dirigentes practican una política de fuerza, justa y ecuanime, sobre sí misma y sobre sus propios aliados. Es esta especie de espíritu masoquista, esta necesidad de autocastigo para asegurar el equilibrio de clase, lo que explica,

por ejemplo, la atracción que la burguesía tiene en estos momentos críticos por los líderes que la tratan con la punta del pie, como Janio.

En el primer momento, el golpe de abril parecía haber conseguido esta autoridad externa e interna anhelada por la clase dominante. Pero la alienación de su poder al arbitrio de un grupo de oficiales no fue el paso certero. Las condiciones no habían aún madurado para que este poder tuviese la unidad ideológica y política suficiente para asegurar la tranquilidad tan deseada. Serán necesarios nuevos pasos, y por más que se desee lo contrario, todos se darán en el sentido de buscar esta unidad que abril no proporcionó. La unidad es el problema de la clase dominante brasileña; su actual división no es más que la expresión de búsqueda de esa unidad. Y sólo el fascismo podría resolver el problema: pero muchas aguas correrán antes de que se llegue hasta allá... El fascismo sería el último intento de contener la profunda revolución social que se acerca y cuyas coordenadas económicas describimos en la primera parte. Pasamos ahora a describir los componentes políticos de esa situación revolucionaria.

No se trata de propagar una revolución, sino de analizar científicamente la realidad. Si ello no agrada a algunos, ¿de quién será la culpa? Como diría el poeta Carlos Drummond de Andrade:

"Si mi verso no salió
Fue tu oído que lo estropeó".

VIII.—EL BONAPARTISMO.

“Finalmente, en vez de ganar fuerzas con el apoyo del proletariado, el partido democrático infectará al proletariado con su propia debilidad y, como suele acontecer con los grandes hechos de los demócratas, los dirigentes tuvieron la satisfacción de poder acusar al “pueblo” de deserción, y el pueblo la satisfacción de poder acusar a sus dirigentes de haberlo ilusionado” (Karl Marx: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*).

1. *Concepto del Bonapartismo.*

En el proceso de la revolución francesa de 1848, la burguesía democrática y republicana se unió, en junio del mismo año, a la burguesía monarquista para detener al proletariado, con el que había derrocado el régimen de Luis Felipe, en febrero de 1848; la burguesía monárquica se unió al campesinado y al lumpen-proletariado de París, expresados en la figura de Luis Bonaparte, para derrumbar a los republicanos, y acabó siendo golpeada por el sobrino de Napoleón, en diciembre de 1851. Ese proceso de descenso de la revolución de 1848, estaba condicionado por el espectro siempre vivo del proletariado revolucionario y de la amenaza socialista, que obligaba a la burguesía a renunciar a sus posiciones revolucionarias para buscar un gobierno fuerte, que garantizara el régimen de tranquilidad del capital, amenazado por el movimiento popular y por las crisis revolucionarias.

En el régimen que resultó, Luis Bonaparte se presentó como salvador nacional y como un jefe situado por encima de las clases y capaz de evitar los agudos conflictos sociales que tanto asustan a la burguesía. Apoyado por un sector marginal de la sociedad (en el caso de Luis Bona-

parte, el lumpen-proletariado de París, la escoria de los bares y cafés, que constituyeron la “Sociedad del 10 de Diciembre”), este “jefe” aparece como el salvador del régimen y de la tranquilidad social. Tal situación impone el control del poder ejecutivo sobre el poder parlamentario y representa, de hecho, una etapa de transición hacia el dominio de clase indiscutible, sea de la burguesía, sea del proletariado, por medio de la revolución. Tal fue el balance de la experiencia de la revolución francesa de 1848, que vino a confirmarse en 1871 con los dramáticos acontecimientos de la Comuna de París, cuando el proletariado y la burguesía francesa jugaron una carta de vida o muerte. La derrota del proletariado revolucionario de París estableció las condiciones de un régimen burgués que permaneció estable en Francia hasta la guerra de 1914.

El concepto del Bonapartismo que emerge de tal análisis fue aplicado a nuevas condiciones históricas, como el gobierno de Kerensky en la Rusia revolucionaria de 1917, en condiciones de lucha de clases mucho más graves. Los regímenes fascista y nacistas fueron también interpretados como ejemplos de bonapartismo en la fase imperialista del capitalismo. El gobierno de Bismarck, en Alemania, también presentó características semejantes.

El bonapartismo puede ser conceptualizado en un modelo abstracto, como un régimen de fuerza, aparentemente por encima de las clases sociales, dominado por un “jefe” militar o civil, y una burocracia que disfruta de una independencia relativa que le permite contar con la clase dominante. Su principal objetivo es la conservación del orden existente, anteriormente amenazado. Representa un estado provisorio de equilibrio de fuerzas entre las clases en choque. En él se acumulan las fuerzas de esas clases hasta que el equilibrio se rompe en favor de una de ellas.

Podemos distinguir dos modelos básicos de bonapartismo: progresista y conservador. El bonapartismo progresista sería un gobierno autoritario, apoyado sobre todo en un movimiento popular controlado, y que, a costa de concesiones a los más dóciles y de represión a los revolucionarios, garantiza al mismo tiempo el dominio burgués sobre el movimiento popular y las medidas progresistas de la bur-

guesía contra los sectores más atrasados en la clase dominante. Tales fueron, por ejemplo, las características del Estado Nuevo en Brasil. El carácter "progresista" de este bonapartismo evita que los choques de clase se tornen violentos en su término. En Brasil, todos los gobiernos que sucedieron al Estado Nuevo continuaron este proceso de centralización política, bajo formas más blandas e institucionales de bonapartismo. El gobierno de Dutra (1946-1950), con sus medidas dictatoriales contra los comunistas, y el segundo gobierno de Vargas (1950-1954), con sus intentos de "unión nacional" y sus luchas contra el Parlamento, muestran que esas tendencias bonapartistas no se resolvieron con la caída del Estado Nuevo. El Estado brasileño continuó dominado por una burocracia voraz, que sirve de intermediaria entre los intereses de la burguesía y de la mayoría de la nación. Una burocracia sindical es el otro polo de este régimen del Estado Nuevo, que persistió después de la "redemocratización", sirviendo de intermediaria entre los intereses inmediatos y reivindicacionistas de los trabajadores y la dominación burguesa.

Otra forma de bonapartismo sería el bonapartismo conservador. En este caso, tendríamos un régimen autoritario y nítidamente conservador que se impone por la fuerza al movimiento popular, apoyándose en la represión, por un lado, y en concesiones a los dirigentes de masas, por otro, logrando mantenerse así la dominación de clase. Su objetivo principal no es una política de reformas, sino la garantía del orden existente; su base es siempre un aparato conservador, como las fuerzas armadas; su jefe es siempre una figura menos popular y sus articulaciones se restringen a las directivas políticas. Podríamos mostrar resabios de este régimen en el gobierno de Dutra, pero por sobre todo en el gobierno de Café Filho (1954-1955). En cuanto al concepto de fascismo, se desarrollará en el próximo capítulo.

Por lo que vemos, el concepto de bonapartismo es un elemento bastante útil para la comprensión del reciente proceso político brasileño. A través de él podremos comprender la esencia de las luchas sociales que se trabaron en el país en estos últimos treinta años y las nuevas pers-

pectivas que se configuran para la clase dominante brasileña.

2. *La epopeya bonapartista.*

El Estado Nuevo (1937-1945) surgió de la necesidad de la burguesía industrial, aliada al latifundio en este momento, de contener el movimiento revolucionario de la pequeña burguesía, seguida por el proletariado, que trataba de llevar a las últimas consecuencias la revolución democrático-burguesa de 1930. Esta ala revolucionaria del movimiento pequeño-burgués se había unido en torno de la Alianza Nacional Libertadora, cuyo fracaso en 1935 abrió las puertas para que el gobierno burgués latifundista se enfrentase a la derecha del movimiento pequeño-burgués, el integralismo, con ocasión del golpe de 1937.

A través de una red de concesiones e iniciativas de centralización, el Estado Nuevo abrió camino para la instalación de una industria de base en el país. Tal proceso se completó en el período de Dutra (1946-1950) bajo la forma de una democracia constitucional restrictiva, en la que las oportunidades de desarrollo fueron encaminadas a través del Plan Salte, de la creación de la Cía. Hidro-Eléctrica del Valle de S. Francisco y la complementación de la industria de base. Pero, el carácter conservador del gobierno de Dutra dio, al mismo tiempo, oportunidad para derrochar las divisas acumuladas durante la guerra en la compra de "Cadillacs", artículos de material plástico y artículos de lujo para el consumo.

Los avances que se realizaron en este período exigían su complementación por medio de una política progresista de cuño nacionalista que estableciera, a través del Estado, las condiciones para una efectiva industrialización en gran escala. Tal política exigía, sin embargo, un gobierno apoyado en el movimiento obrero, que emergió en la fase final del Estado Nuevo y que se ha venido fortaleciendo cada vez más con el desarrollo industrial del país. La Petrobrás, el proyecto de la Electrobrás, la Fábrica Nacional de Motores, las restricciones al capital extranjero, las dificultades cambiarías para importar bienes de lujo y de consumo inútil, a través de impuestos sobre las importaciones y

el control de las divisas, son medidas que abren camino para un desarrollo capitalista nacional e independiente. El aumento del salario mínimo y la agitación obrera de Joao Goulart, el resurgimiento del sindicalismo oficialista y las medidas de control de precios trataban de buscar un esquema de masas para sustentar el movimiento nacionalista que la burguesía abría a través del gobierno getulista. Las maniobras para envolver la UDN (partido de oposición conservador) en un esquema de unión nacional, perseguían garantizar el apoyo de la clase media, pero el descontento popular, derivado de la intensificación de la acumulación de capital, de la creciente inflación y aumento del costo de vida, exigían concesiones y radicalizaciones crecientes. La huelga general de Sao Paulo en 1953, la elección de Janio Quadros para la Prefectura de la ciudad de S. Paulo, la formación del Pacto de Acción común sindical de S. Paulo, la huelga general de 1954, nuevamente en Sao Paulo, mostraron que ese movimiento avanzaba mucho más allá de los límites de un simple apoyo de las medidas nacionalistas.

Antes de que se llegase a este clímax, los intereses de la antigua estructura latifundista-exportadora y de los capitales extranjeros se unieron para realizar una intensa campaña de "moralización" pública dirigida por Carlos Lacerda, que atacaba a medias la corrupción que crecía junto al desarrollo capitalista, sobre todo cuando éste se apoyaba en una burocracia capaz como la que se creó en el Estado Nuevo y se mantenía en el poder. Fueron las clases medias y la pequeña burguesía los principales objetos de esa propaganda; pero también una parte del proletariado que estaba bajo el control del PCB participó de ella. El manifiesto de los generales contra Goulart y la campaña de Lacerda encontraron su culminación en la "República del Galeao", comisión de investigación dirigida por la Aeronáutica, para aclarar las denuncias de Lacerda sobre la corrupción en el Gobierno de Vargas. El suicidio de Vargas y las gigantescas manifestaciones de masas nacionalistas que lo sucedieron mostraron a la burguesía los peligros del bonapartismo progresista. El gobierno de Café Filho, que sucedió a Vargas como Vicepresidente, trataba de de-

tener la tormenta que se desencadenó sobre las clases dominantes brasileñas en los años 53, 54 y 55. Frente a los peligros de una política nacionalista de masas, la burguesía renunció a su camino nacionalista y pasó a una política de conciliación con el imperialismo y el latifundio. El desarrollismo de Kubistcheck, garantizado por el contragolpe del 11 de noviembre de 1955, procuró realizar el máximo dentro de este esquema; hacer la industrialización con el capital extranjero, conservando la vieja estructura agraria, haciendo concesiones al proletariado y a las clases medias y garantizando el estímulo a la industrialización a través de una expansión inflacionaria del consumo.

Pero el movimiento de masas crecía simultáneamente con el desarrollo de ligas campesinas en el nordeste, huelgas estudiantiles en Río, huelgas obreras en todo el país, pactos sindicales, saqueos en la provincia de Río de Janeiro, y en otras provincias movimiento nacionalista en crecimiento. Fue entonces cuando la burguesía encontró un Bonaparte provinciano, profesor mediocre y abogado frustrado, demagogo sin escrúpulos y corrompido, que agitaba mesiánicamente la bandera de la moralidad, del populismo, de la salvación nacional, etc. Emilio Carlos, grotesca parodia de Quadros, definió el pensamiento político del "salvador nacional" como de centro izquierda de derecha... Era el "desarrollismo" que llegaba a su fin, era la conciliación general de clases en la amalgama del desarrollo eufórico que generaba su monstruo. El médico que iría a salvar al país no pasaba de ser un monstruo, de hecho, inofensivo en aquella circunstancia. Seis millones de votos era el arma con que amenazaba a todas las clases. Escuchemos los pensamientos maquiavélicos del mesías Janio Quadros:

"Soy el pueblo, soy irresponsable ante la Nación porque tengo de ella la delegación total de los poderes para salvar el país. ¡Ay del Parlamento, ya desmoralizado! ¡Ay de los políticos tradicionales, a los cuales fulmino con mis insolentes billetes! ¡Ay de los oficiales de las fuerzas armadas si no me apoyan, si me amenazan! ¡Ay de las masas: si levantan la cabeza, les echo las tropas encima, como hice con la inocente huelga estudiantil en Recife!"

Nadie protestaba. El país estaba en suspenso. Hasta la "Hora del Brasil", desprestigiado programa oficial de radio obligatorio del gobierno desde la dictadura de Vargas, ganó un público nacional. La espera era, sin embargo, una expectativa contradictoria; el proletariado y las clases medias aguardaban la disminución del costo de la vida, las reformas anunciadas y la política externa independiente. La clase dominante aguardaba la política de fuerza, la estabilización monetaria y la continuación del desarrollo. La clase media y la pequeña burguesía aguardaban la moralización de la vida pública y las oportunidades de acceso a ella. Los campesinos, agitados nacionalmente por primera vez, esperaban las medidas de reforma agraria. Los militares de derecha esperaban el terror sobre las masas y el fin de las agitaciones. Todos esperaban pasivamente que su salvador actuara.

Pero el drama no tenía solución. Alguien tenía que perder, alguien tenía que ser perjudicado. La Instrucción 204 * mostró que el camino de estabilización monetaria era el único que salvaría a la clase dominante. ¿Qué importaba que el patricio Bonaparte se mostrara "preocupado" por la invasión de Cuba y se presentara como líder de la revolución democrática en América Latina y en África, como reformista convicto, etc., si la contrapartida material que ofrecía a las masas eran el aumento brutal del costo de la vida, el clima de represión y terror, la congelación de salarios? ¿Qué adelantaba con garantizar a la derecha un plan de estabilización monetaria, la represión de las masas y la congelación de salarios, si la amenazaba con la reforma agraria, con una política internacional neutralista y estimulaba la imaginación revolucionaria de las masas, iniciando el comercio y las relaciones con el campo socialista, condecorando a Guevara, hablando bien de Fidel y "defendiendo" a Cuba para sacarles dinero a los norteamericanos en forma amenazadora? El momento de la opción se presentó. Los jefes militares dieron el golpe final: "o te incorporas o te apartas de nuestro camino".

(*) Decreto ley que retiraba la subvención cambiaria del Estado al petróleo, al trigo y al papel utilizado por la prensa.

¿Qué sería de un mesías sin aureola, prisionero de los militares, de Lacerda y otros enemigos, a la espera de tomar el bastón milagroso del poder? La respuesta fue la renuncia:

"¿Qué harán sin mí? Vendrán corriendo a mis pies, caerán de rodillas como cayeron durante mi campaña electoral. Entonces tomaré el látigo y los azotaré hasta someterlos a mí, el salvador, el profeta".

Pero el país era otro: quería seguir adelante. Obreros, estudiantes, sargentos, oficiales nacionalistas, la pequeña burguesía y los derrotados de octubre formaron un poderoso frente nacional, ante la amenaza de un golpe de derecha. "¿Ha renunciado? Póngase al Vicepresidente en su lugar y sigamos adelante": El parlamentarismo fue la solución encontrada por las directivas para impedir la guerra civil y dar tiempo al tiempo. El poderoso movimiento de masas detenido mientras se esperaba al salvador nacional, nació otra vez violento e impetuoso. Como un río caudaloso, se extendió por todas partes. Huelgas, tomas de tierra, movimientos estudiantiles, organización de la Confederación General de Trabajadores (CGT), movimiento de los sargentos, formación de un órgano coordinador del movimiento sindical, campesino, estudiantil y militar nacionalista, el Frente de Movilización Popular, grupos de ll, frentes de izquierda, desarrollo del Frente Parlamentario Nacionalista, formación de grupos parlamentarios de izquierda radical, como el "grupo compacto" del PTB.

Después de instalado en el poder, Joao Goulart advirtió su gran oportunidad: "La burguesía necesita de un gobierno popular capaz de contener esta avalancha. Pero precisa también de un gobierno fuerte para garantizar sus intereses. Canalizar la avalancha, garantizar un esquema militar de sustentación, apoderarme del poder como salvador nacional". Pero la burguesía precisaba de la estabilización monetaria, que significaba la congelación de salarios. Goulart "descubrió la solución": acelerar las reformas para canalizar el movimiento de masas y obligarlo a aceptar, a través de las directivas sindicales "pelegas" (amarillas), la política de estabilización. Santiago Dantas, que había dicho que Brasil necesitaba un gobierno de derecha con

un lenguaje de izquierda, era el hombre ideal para esta situación; se presentó como salvador de Cuba, ofreciendo en realidad a los EE. UU. y a las oligarquías latinoamericanas una salida de neutralización pacífica de la influencia cubana. Era la "solución" de un soñador. ¿Cómo neutralizar pacíficamente a Cuba si su influencia revolucionaria cubría de fuego a América latina? ¿Cómo conciliar una Cuba revolucionaria con el viejo esquema de dominación latifundista-burguesa y pro-imperialista en América latina? Pero el mismo mago que fracasó en la reunión de Punta del Este, era llamado a formar un gabinete "nacionalista y democrático" que tenía como programa básico la congelación de los salarios...

La lucha contra el poder legislativo, garantizada por un paradójico esquema de apoyo sindical y militar, llegaba a su fin. Son los poderes usurpados por el Parlamento los que me impiden salvar al país, gritaba Goulart. ¡Plebiscito! Concentrando el poder en mis manos, todo estará resuelto. Millones de *no* al parlamentarismo entregaron a Goulart un poder que quemaba más que el infierno de la falta de poderes. La lógica era implacable: seguir adelante. La burguesía esperaba la congelación de los salarios por el nuevo Bonaparte, ungido por el pronunciamiento nacional. Las masas obreras, campesinas, estudiantiles, los sargentos, los trabajadores de todos los tipos esperaban las reformas que liquidarían el aumento del costo de la vida.

Vino el Plan Trienal —síntesis del Diablo con Dios. Desarrollo con estabilización, estabilización con desarrollo, al gusto de todas las clases sociales. Pero la desilusión cundía en cuanto el plan era "aplicado". La derecha conspiraba; la burguesía, desconfiada, retiraba su apoyo. El *Jornal do Brasil*, órgano de la gran burguesía, expresó esto en un editorial que hablaba del fin de las artes del mago, cuando Goulart se mostró incapaz de contener las huelgas que se sucedían fuera de su control. Los sargentos, cansados de esperar, preparaban un levantamiento en Brasil. El país estaba extenuado. Goulart juraba que las condiciones estaban maduras. El pedido de estado de sitio trataba de ganar a la derecha con la promesa de un gobierno de fuerza y a la izquierda con la promesa de las reformas

y de la destrucción de la derecha. La cabeza de Lacerda contra la cabeza de Arrais *, éste era el esquema del aspirante a Bonaparte. El movimiento popular reunió todas sus fuerzas contra el estado de sitio, desconfiando de las intenciones presidenciales. El Parlamento no se dejó arrastrar por esta arma de doble filo. Lacerda se puso a gritar, denunciando el plan de su prisión. Arrais denunció, en el Frente de Movilización Popular, el cerco de su palacio.

El fracaso no desanimó a Bonaparte. Pero lo lanzó por un camino azaroso y difícil. En el mitin del día 13 de marzo de 1964 estaba la salvación para recuperarse. Asustar a la derecha con el decreto de nacionalización de las tierras al margen de las carreteras y la nacionalización de las refinerías. "¡No golpeo a nadie, pero engaño a todos, es la gran jugada!". Pero los campesinos creyeron que había llegado la reforma agraria y prepararon la invasión generalizada de las tierras. Los obreros creyeron que la revolución se aproximaba y se movilizaron para llevar adelante sus reivindicaciones. La pequeña burguesía se radicalizaba y Brizola hablaba, para espanto de todos los bien pensantes, de una constituyente de obreros y campesinos. Goulart jugaba con fuego. Esperaba ganar todos los poderes a costa de amenazas, mítines, decretos inocuos, demagogia sindical y campesina. Pero la derecha se moría de miedo. La burguesía formaba a su lado para contener esa locura política. La inflación continuaba, el país languidecía sin perspectivas gracias a una farsa política montada a costa de sus más legítimas aspiraciones.

Vino el movimiento de los marineros: Si vamos a la revolución, pensaban ellos, si Goulart y sus ministros están con nosotros, entonces ¿por qué nos impiden reunirnos con los obreros, tratan de cerrar nuestra Asociación de clase, mantienen el régimen de privilegios y humillaciones en la Marina? Fue con la mayor naturalidad que se reunieron en el Sindicato de los Metalúrgicos, sin saber el papel que la historia les reservaba. Toda la derecha gritó: ¡indisciplina, anarquía! Toda la burguesía la apoyó de inmediato. Pero la cosa fue más amplia: a la orden de re-

(*) Ver apéndice sobre principales figuras.

presión, la tropa respondió con la adhesión a sus compañeros. ¡Era el fin! De ahí para adelante, todo el aparato de represión del régimen estaba definitivamente comprometido. Hubo intentos de conciliación: Goulart trataba de controlar el radicalismo del movimiento de masas. En una gran reunión de los sargentos en el Automóvil Club, cuando la derecha ya se había sublevado, la amenazó con las bases de las fuerzas armadas; pero, al mismo tiempo, trataba de desarmarlas pidiéndoles disciplina, para calmar a la derecha. Pero ya nadie creía en Goulart. Todo el mundo sabía, incluso él, que no era posible controlar aquel movimiento de masas que se extendía por todas partes.

Vino el levantamiento del General Mourao en Minas. Goulart no se alteró. Tomó todas las precauciones para un ajuste con Magalhaes Pinto, dirigente civil del movimiento. Sao Paulo se adhirió, frente a la negativa de Goulart para aceptar el jaque-mate de la derecha y la burguesía: cerrar la CGT y la UNE y caer en sus brazos como un inocente angelito. La cosa degeneraba. Era preciso evitar choques. Lacerda resistía en el palacio, desesperado. Pero Goulart no podía luchar. La lucha sería su fin, sería la revolución verdadera con la cual había amenazado a la derecha, pero que esperaba contener. Toda su preocupación pasó a ser evitar el choque, contener a las masas, impedir la lucha. De Río a Brasilia, con una eterna esperanza de solución de compromiso; de Brasilia a Río Grande do Sul, visualizando un nuevo punto de apoyo para negociar; al Uruguay, desarmando definitivamente el movimiento de masas en el país.

3. Causas del fracaso del bonapartismo "progresista".

¿Por qué fracasaron Vargas, Quadros y Goulart? Las condiciones del bonapartismo "progresista" en el país van siendo superadas. Al mismo tiempo que este bonapartismo es una tendencia latente en el país, como única solución progresista de la burguesía, es, por otro lado, la expresión de su necesidad de contener el movimiento de masas. Así, se convierte en un contrasentido, una victoria bonapartista apoyada en este movimiento. A partir de 1960, la bur-

guesía tenía que renunciar necesariamente a la veleidad de realizar reformas al lado de una estabilización monetaria. Para las reformas, precisaba del movimiento de masas; para la estabilización, precisaba de la derecha; y como vimos en el capítulo IV, el capitalismo brasileño no podía avanzar bajo una crisis económica de carácter cíclico. La política de estabilización no hizo más que reconocer este hecho y procurar atenuar los efectos de las crisis, manipulando sus mecanismos básicos. Fue un gran error de la izquierda reformista creer que la política de estabilización era una política imperialista, antiburguesía nacional. Este era en realidad su efecto. Pero son las necesidades internas propias del régimen capitalista brasileño las que la exigen. Su contenido es nacional, del propio régimen económico que domina el país. Su efecto es proimperialista, por las propias características del capitalismo brasileño que surgió en la fase final del imperialismo, sin condición alguna de desarrollo independiente.

Cuando la actual crisis de coyuntura sea detenida, habrá que retomar la política desarrollista. La burguesía tratará de contenerla en los límites de una política de cúpula, blandamente reformista, con una leve tendencia democrática. Pero, utilizando esta brecha, el movimiento de masas resurgirá exigiendo una política radical de reformas y de política externa progresista. Ahí se configurará la gran crisis revolucionaria.

Cuando el movimiento de izquierda se reorganice, el bonapartismo de izquierda resurgirá con él como una tabla de salvación de la burguesía. Pero entonces será una parodia grotesca de sus antecesores. De Vargas a Quadros y de Quadros a Goulart, el bonapartismo de izquierda se hizo cada vez más caricaturesco. Su definición está exactamente en el editorial del *Jornal do Brasil* al que nos hemos referido: el brujo que perdió el control sobre su magia. Una magia que ya perdió su gracia porque todos conocen sus trucos. Como el personaje de Chaplin en "Candilejas", con sus pulgas de una gracia arcaica y melancólica. El rey está desnudo. El bonapartismo de izquierda está destruido con la clase que lo generó y se aprovechó de él.

IX.—EL BONAPARTISMO DE DERECHA.

“... después del golpe de Estado, la burguesía francesa gritaba: ¡Sólo el jefe de la Sociedad 10 de Diciembre puede salvar la sociedad burguesa! ¡Sólo el robo puede salvar la propiedad; el perjurio, la religión; la bastardía, la familia; el desorden, el orden!”. Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

1. *El golpe de abril.*

De la abolición de la esclavitud a la instalación de la República, y desde ésta a 1930, las fuerzas armadas tuvieron un papel preponderante en la solución de las crisis políticas del país. Posteriormente, desde la caída de Vargas en 1945, pasando por el gobierno de Dutra (1946-1950), el ejército nacional ha sido llamado para “salvar” la nación y traerle la tan amenazada “tranquilidad”. Apoyada en las fuerzas armadas, la burguesía orientó sus pasos por el camino de la industria básica, la Petrobrás y la Electrobás. Fue la falta de apoyo de las fuerzas armadas lo que debilitó el segundo gobierno de Vargas, fue un sector de ellas la que instaló la República del Galeao que derribó a Vargas. Fueron ellas las que garantizaron la transmisión del mando presidencial de Juscelino Kubistcheck, las que dieron jaque-mate a Janio. Confiando en su esquema militar, Goulart pretendía el poder y fue el esquema militar anti-Goulart el que realizó el golpe de abril. Recurrir a las Fuerzas Armadas como árbitro de las disputas internas de la clase dominante, es una constante de nuestra historia.

Hoy, sin embargo, la situación es diferente. El movimiento de masas que se desarrolla desde 1950 hasta nuestros días está alterando sustancialmente el carácter de esa participación. Progresivamente, ellas han sido llamadas a

la lucha para defender el régimen vigente contra el peligro del comunismo, expresado en la ascensión y radicalización del movimiento popular. El carácter de su participación es cada vez más el de baluarte de un gobierno fuerte, capaz de contener el movimiento de masas y presentarse ante la nación como un salvador nacional ubicado por encima de las clases. Las diversas facciones en lucha siempre aceptaron las reglas del juego.

Al comprometer políticamente a su aparato militar, la clase dominante mina progresivamente la fuerza de este instrumento. Primero, inyectando en la oficialidad el germen de la política y de las aspiraciones bonapartistas. Segundo, abriendo camino para que las luchas internas dentro de las fuerzas armadas se revistan claramente de un contenido político. Y este contenido es dado por las condiciones generales de la lucha social. El movimiento de los sargentos es la rebeldía de los sectores de tropa que se convierten en aliado poderoso del movimiento de masas, antítesis popular de la participación de la oficialidad en la vida política del país. En abril, la burguesía y las clases dominantes lanzaron un grito desesperado de “basta” a esta situación.

El golpe de abril no fue, por lo tanto, un golpe de estado más. Fue un acto de “contrarrevolución preventiva” como lo definió uno de sus actores. Su preparación se dirigió a una clase media y pequeña burguesía corroída por la inflación y desesperada por el avance del movimiento obrero y campesino que le fue presentado como una ola de intranquilidad que amenazaba los valores tradicionales y llevaban el país al caos. Su esquema orgánico se apoyaba en la unidad de la clase dominante contra el movimiento popular. Esta era su gran fuerza, que le imprimió un aspecto fulminante y definitivo, pero era también su debilidad, como veremos más adelante. La unidad de las clases dominantes en abril fue el resultado de las dificultades internas de la revolución burguesa. El dilema entre reformismo con movimiento de masas y estabilización con los sectores atrasados de las clases dominantes, estaba previamente resuelto por el propio carácter del desarrollo del

capitalismo brasileño, como vimos, exhaustivamente, en los capítulos precedentes. Esta unidad tiene, por tanto, una poderosa base material que sólo podría ser alterada con un cambio de correlación de fuerzas a favor o contra la burguesía, dentro de la clase dominante, o a favor o contra el proletariado, en su posición respecto al conjunto de la clase dominante.

Este carácter de transición es la característica básica del actual gobierno. De ella derivan tres soluciones fundamentales: la victoria definitiva de una burguesía nacional dentro de la clase dominante, la victoria del imperialismo y de la gran burguesía dentro de la estructura del poder, o la victoria de los trabajadores. La primera solución ya fue analizada en los capítulos precedentes y vimos que la burguesía sería incapaz de aplicarla. Vimos también que la crisis, al aumentar la fuerza del capital extranjero en el país, hace aún más difícil la vía de un desarrollo capitalista nacional e independiente. En este caso, restaría sólo una hipótesis: que los trabajadores y la pequeña burguesía derribasen a los otros componentes del poder y destruyesen los factores de atraso de la economía, y por inepticia o por carencia de dirección política, en vez de orientarse hacia el socialismo, devolviesen el poder a la burguesía nacional. Alternativa poco viable. La segunda posibilidad: victoria de los sectores antinacionalistas en la estructura dominante, que sólo sería posible si se mantuviese detenido el movimiento de masas (lo que sólo ocurriría por medio de la destrucción física de sus sectores más expresivos), ya que un gobierno antipopular no tendría recursos para movilizar a las masas. Esta hipótesis será estudiada en el próximo capítulo, como un peligro fascista para el país. La tercera posibilidad sería la de que el movimiento popular derribase al gobierno e instalase un gobierno propio, que destruiría la dominación imperialista y latifundista, creando las condiciones de un desarrollo nacional rápido e independiente. Este sería el camino que conduciría al socialismo. Tal posibilidad será estudiada en el último capítulo. En esta perspectiva de un gobierno de transición con características bonapartistas de derecha, pasaremos a examinar el actual gobierno. Ello nos

permitirá comprender el carácter de sus medidas y las perspectivas de su desarrollo.

2. *El Gobierno de Castelo.*

El gobierno de Castelo Branco emergió de la crisis como una solución intermedia entre las diferentes fuerzas que componían el movimiento de abril. Un ala de ultraderecha, que se dividió posteriormente en la "línea dura" y en los movimientos parafascistas, un ala liberal conservadora (UDN) y otra más abierta a los contactos populares (PSD y alas del PTB). El carácter de conciliación entre estas diferentes alas obligó al gobierno a autolimitarse, para ganar su apoyo y cumplir su misión de árbitro. El acta institucional, la elección de Castelo por el Congreso Nacional y la disolución del Comando Revolucionario castaron, de comienzo, el carácter dinámico del movimiento y lo encuadraron en los mismos límites constitucionales de los regímenes anteriores. Le faltaba al gobierno de Castelo la dinámica contrarrevolucionaria que lo llevó al poder. Su fuerza era la inercia de las fuerzas contrarias. Su poder venía de la extorsión siempre usada del "peligro de volver a la situación anterior". Gracias a esta amenaza, aplicó sus principales medidas de cese de mandatos, de restricciones políticas, de destitución de gobernadores. Pero, en el caso de la destitución del gobernador de Goiás, Mauro Borges, mostró toda la debilidad del esquema. El gobierno tuvo que inclinarse ante el Tribunal Supremo y el Congreso Nacional. Si triunfó, fue gracias a la renuncia del PSD, que no avanzó más por temor a las consecuencias de un jaque mate al poder del jefe del "Movimiento Revolucionario".

Era la acción tímida ante la inercia. Era la imposibilidad de usar el poder dictatorial por parte del jefe de la "revolución" y el miedo a la insurrección por parte de sus oponentes internos. Pero el 9 de octubre, terminado el período de vigencia del Acta Institucional, la "revolución" se encontró en un callejón sin salida. No hay contrarrevolución o revolución victoriosa que se someta a los instrumentos jurídicos y a las instituciones políticas prerre-

volucionarias. Un nuevo "test" ocurrió con ocasión de la candidatura de Mazzilli a la presidencia de la Cámara. Vedada su candidatura por el grupo "Sorbonne" de Castelo Branco, el PSD fue obligado a lanzarse a la oposición para sostener su candidatura. El gobierno revolucionario fue obligado a someterse al juego parlamentario, creando, a costa de favores y presiones, un "block revolucionario" que enredaba la dinámica de la dictadura en la más lenta de todas las instituciones nacionales. La lógica interna del acto institucional, de la elección de Castelo, de la intervención en Goiás, era inexorable. El gobierno "revolucionario" pierde día a día sus bases.

En el caso Mazzilli se transparentan las intenciones continuistas del grupo "Sorbonne" y se agudizan las posiciones dentro de la propia línea de frente del movimiento de abril; además Lacerda y Magalhaes Pinto pasaron a la oposición interna. Presionado por el movimiento liberal y la impopularidad del gobierno, el grupo de la "Sorbonne" entró en el juego de la legalidad y, mediante elecciones, pretendió derribar a sus opositores internos, lanzándolos a la lucha electoral sin preparación y desmoralizados. El resultado de las elecciones mostró el repudio popular al gobierno y también el carácter capitulacionista de la oposición liberal. La presión de la línea dura contra la posesión de los elegidos fue neutralizada por el Acta Institucional N° 2, que por elecciones indirectas abrió camino para la disputa entre Costa e Silva y el grupo "Sorbonne" por la sucesión presidencial, eliminando las posibilidades de una vuelta inmediata de la oposición liberal al poder. Todo este tortuoso camino de avances y retrocesos revela las dificultades de la actual forma de conciliación de las clases dominantes. ¿De dónde vienen estas dificultades para un gobierno que apareció ante el país como resultado de un poderoso movimiento militar frente al cual los enemigos huyeron o desaparecieron?

Antes de responder a esta pregunta tenemos que analizar los objetivos que tenía este gobierno y lo que hizo. El golpe de abril tenía un objetivo básico: tranquilidad para las clases dominantes. Tal tranquilidad sería un gobierno fuerte, respetado por todas las clases, que reprimiese el

movimiento de masas, realizase una política económica de estabilización y detuviese la inflación. En vez de concesiones a los "comunistas y agitadores", concesión a los amigos norteamericanos, confianza en el crédito internacional, buenas relaciones con los dueños del poder mundial. Todo quedaría tranquilo y la paz volvería a los lares...

Vinieron las medidas de represión con el apoyo de toda la clase dominante, de los sectores conservadores de la clase media y pequeña burguesía. Intervención en los sindicatos y prisión de los principales líderes sindicales; extinción de la CGT y de los órganos de coordinación provinciales del movimiento sindical. Intervención en las entidades estudiantiles, complementada por la Ley Suplicy; persecución a los intelectuales liberales e izquierdistas; restricción al derecho de huelga; se dicta el decreto N° 40 del Ministerio del Trabajo que exige un certificado ideológico para presentarse como candidato en las elecciones sindicales; dimisiones en masa y suspensión de los derechos políticos; restricciones electorales y prórroga del mandato presidencial. Medidas inocuas en lo que respecta a la desorganización de las masas a largo plazo, pero eficaces como contrapropaganda del gobierno. La derecha sufre del mismo mal del bonapartismo reformista: confía en la manipulación de las masas pasivas. Así como Goulart creía poder controlar el movimiento de masas, controlando las direcciones "amarillas", la dictadura contrarrevolucionaria cree destruir este movimiento destruyendo estas mismas direcciones. Con esto despertó en las masas obreras un profundo odio que trajo consigo una lenta pero profunda reorganización espontánea del movimiento de masas en las fábricas y en los barrios. Abrió las puertas del movimiento obrero hacia direcciones clandestinas, más audaces y más revolucionarias; lanzó a la clase obrera brasileña en oposición a un régimen de fuerza, como también al movimiento estudiantil; nunca las bases estudiantiles se movilizaron tan activamente en torno a sus directivas. Nunca los estudiantes y los intelectuales liberales e izquierdistas se vieron tan próximos y tan integrados. Y los campesinos callaron, abatidos por el fracaso de las

perspectivas de la reforma agraria. El gobierno se vio en el vacío, sin apoyo organizado en la Nación, teniendo como única arma la represión y el impacto causado por la victoria de abril.

3. La política económica.

Pero toda esta política de fuerza debía estar basada en una política económica que enfrentase la crisis de la clase dominante brasileña. Imposibilitada de seguir el camino reformista, la burguesía tendría que conformarse con la estabilización. La burguesía vendía sus intereses "progresistas" por la conservación de un régimen económico amenazado por el movimiento popular, que arrastraba al país hacia el camino de la revolución. La tranquilidad a toda costa, tenía como complemento la estabilización a toda costa. La política económica del gobierno de Castelo corresponde a esta unidad de intereses de la clase dominante. Veamos una por una las "soluciones" que presentó para tal situación.

—Tres mil millones de dólares en deudas externas, con mil quinientos millones con vencimiento hasta fines de 1965. Como la suspensión pura y simple del pago de esas deudas llevaba al rompimiento internacional, se trataba ahora de obtener el crédito internacional por la sumisión y la concesión. Derogar la ley que limitaba a 10% las remesas de lucro al exterior, promulgada en el gobierno de Goulart; comprar las instalaciones obsoletas de la AMFORP a peso de oro; conceder el puerto a la Hanna Corporation para exportar directamente los minerales de hierro a ella entregados; comprar los excedentes de trigo de los EE. UU. Todas estas medidas buscaban la recuperación del crédito internacional, y se soñaba con traer de vuelta al país los capitales extranjeros que la inflación y la crisis económica y política habían ahuyentado. Era la conciliación entre la burguesía brasileña y el imperialismo. "Destruímos nuestro apoyo de masas, pensaban, creamos la tranquilidad, concedimos en toda la línea, ahora queremos la contrapartida". Pero ahora no tiene con que presionar al imperialismo. Están con las manos vacías, como muchachos

que reciben elogios de las mujeres pero no ganan su cariño.

Según vimos en el capítulo II, los empréstitos, ayudas y concesiones obtenidas después de abril no son suficientes para pagar las deudas externas. El imperialismo cobrará de la burguesía estas "ayudas" a alto precio. Es la ley de la nueva política económica. La economía externa del país avanza a una situación desesperante: a la burguesía no le queda sino confiar en sus amigos norteamericanos, y a sus amigos norteamericanos no les queda sino aprovechar esta magnífica oportunidad.

Pero se puede aumentar la entrada de divisas ampliando la exportación de productos industriales, lo cual sería un alivio. Las exportaciones de productos manufacturados se elevaron de un 2,7% del valor de las exportaciones en 1963, a un 6,8% en 1965, según datos del SEEF, del Ministerio de Hacienda. Esto a costa de una tasa de cambio más "realista", que desvaloriza el cruzeiro y aumenta el costo de la vida, para favorecer la remuneración en cruzeiros de los exportadores. Como política a corto plazo es ineficaz, pues solamente permite un alivio en la balanza comercial y favorece una escala de producción más amplia para las industrias exportadoras. Como política a largo plazo, enfrenta la barrera de un mercado monopolizado en América latina, precisamente, por sus aliados norteamericanos. De este mercado sólo podrá ganar la parte que le interese al gran capital internacional en el país. Para completar la "salida" estabilizadora, hubo una reducción de las importaciones que afectó esencialmente al sector de materias primas (de 423 millones de dólares en 1963, a 370 y a 350 en 1964 y 1965) y equipamientos (432 millones de dólares en 1963, 306 en 1964, 235 en 1965). Esta política impide una industrialización pesada, como la que necesita el país y atrasa las posibilidades de reiniciación inmediata del desarrollo, principalmente si tomamos en cuenta que las importaciones representan cerca del 20% de las inversiones nacionales.

Mientras tanto, el sector de servicios, que incluye los fletes, las ayudas técnicas, los "royalties", etc., acusó un déficit de 250 millones de dólares en 1964 y 410 millones

en 1965. Y el movimiento de capitales autónomos que incluyó las remesas de lucro y el pago de impuestos, en contraposición a las entradas de capitales, acusó un "déficit" de 12 millones de dólares en 1964 y 78 millones en 1965. El resultado de todo esto es que, a pesar del "superávit" de 334 y 620 millones de dólares en la balanza comercial (exportación e importación de mercaderías), el total de la balanza de pagos (más servicios, capitales y donativos) acusó los "superávits" de solamente 40 y 160 millones de dólares en 1964 y 1965, respectivamente.

Combatir la inflación, que se elevaría a más del 100% en 1964, fue otro objetivo inmediato de la política económica. En este campo, el gobierno fue más feliz, si se puede llamar felicidad salir del accidente sólo con una costilla quebrada. La suspensión del subsidio cambiario al trigo, papel de imprenta y productos del petróleo, y la reducción de los gastos fiscales incluso en obras públicas, consiguieron reducir el "déficit" de la caja del Tesoro Nacional a 700 mil millones, de cruzeiros, o sea, 36% de la recaudación del gobierno en el año, en 1964, y 680 mil millones, en noviembre de 1965, o sea, 25,3% de las rentas del Estado. Esto a costa, básicamente, de la congelación del salario de los funcionarios, que representan el 50% de los gastos; 69% y 51,9% crecieron las emisiones de papel moneda en 1964 y 1965, y los empréstitos del sistema bancario se elevaron en 72,6% y 78% en el sector privado, mientras los medios de pago en general subieron de 64% en 1963, a 85,9% en 1964 y 74,8% en 1965. Por tanto, la política inflacionaria llevada a efecto en 1964 y 1965 no tuvo otro resultado que estabilizar la tasa inflacionaria. Es de esperar medidas más radicales de limitación de gastos, de liberación cambiaria y de reducción de créditos en estos próximos años para lograr una efectiva estabilización. Retomar el desarrollo a partir de una tasa inflacionaria de 50% sería perder todo el trabajo de estabilización y caer en una situación hiperinflacionaria al cabo de uno o dos años. Pero, de otro lado, mantener la política de estabilización significa aumentar la terrible depresión económica, que atrasa profundamente la vida de la Nación. Pero, como vimos en los capítulos anteriores, no hay otra salida posi-

ble dentro del actual régimen económico y la actual correlación de fuerzas.

Para completar esta política, el gobierno tiene y tendrá que elevar los impuestos. Revalorización de los activos de las empresas, aumento de los impuestos de consumo y de la renta (extendiendo esto último a los salarios más bajos y gravando fuertemente las rentas personales; tratando de aumentar la recaudación y estimular al mismo tiempo las inversiones, lo que es poco probable en las actuales circunstancias); más el aumento de la tasa de previsión social y la amenaza de multas a las empresas que elevaren los precios más allá de un 26%; todas estas medidas recién iniciadas, unidas a la contención de los créditos, representan una enorme carga sobre los costos de producción y sobre los lucros de los capitalistas. Para compensarla, se hace necesaria una enorme reducción del nivel salarial. Ya sea a través de presiones sobre los interventores sindicales, que vacilan, temerosos de la venganza de su clase; ya sea a través de presiones sobre las empresas que disponen de mayor tasa de lucro y pueden pagar salarios más altos para que no lo hagan; ya sea, en fin, por el propio mecanismo del desempleo que disminuye la capacidad de negociación de los trabajadores, la política de limitación de salarios, se viene aplicando a duras penas. Pero todavía es insuficiente para crear una tasa de lucro compensatoria y estimular nuevas inversiones. Es preciso que la crisis llegue hasta sus últimas consecuencias, que la depresión llegue a su punto más bajo, que las quiebras se multipliquen, que el desempleo alcance una tasa elevada, para que el capitalismo brasileño establezca las condiciones adecuadas para una recuperación razonable. ¿Tendrá coraje el Gobierno de Castelo para superar todas esas barreras y arriesgar su fuerza tan combatida en esta aventura económica?

Junto con esa política de estabilización, el gobierno promete, a través de su Plan de Acción, una política anticíclica. Tal política estaría basada en la inversión en obras públicas que apliquen mucha mano de obra y estimulen las inversiones. Para esto se creó un Banco Nacional de Habitación que pretende dar contenido social a esas in-

versiones. Pero ¿quién puede dar crédito a esto, si el gobierno se ve obligado a restringir las cuotas para obras públicas y energía eléctrica y si las inversiones públicas se mantuvieran estables en 1964, mientras que el costo de la vida subió en 92,4%? Una política de pleno empleo, basada en obras públicas y actividades improductivas, y controlada por el Estado, es una política típica del fascismo, y representa un programa económico para este movimiento político que va creciendo desde abril. Pero su realización práctica exige una disminución violenta de los salarios y un agotamiento del país por años y años de crisis, lo que todavía no ha ocurrido.

En resumen, podemos concluir que la política económica del gobierno corresponde a la actual correlación de fuerzas en el país, donde un movimiento violento de masas fue contenido provisoriamente y la clase dominante se unió para defender sus intereses. Las concesiones al imperialismo, las medidas reformistas sin contenido práctico inmediato, la política de estabilización monetaria, basada esencialmente en la desvalorización de los salarios y la restricción del crédito de la pequeña burguesía, no sólo representan el *único* camino económico posible para las clases dominantes, durante la crisis brasileña, sino también el resultado de su unificación. Pero ¿por qué sectores de la burguesía brasileña se han movilizado contra esa política, como lo mostraron artículos de diarios, declaraciones de algunos de sus líderes, el manifiesto de la Confederación Nacional de Industrias? En primer lugar, toda esta movilización no es contra la política de estabilización, sino contra algunos de sus aspectos (exceso de concesiones al imperialismo, restricción de créditos para los capitalistas, depresión de mercado, etc.) o contra su ritmo. Pero tal movilización es principalmente demagógica. Trata de ganar el apoyo de la pequeña burguesía para las áreas de la oposición liberal o para la oposición del área fascista (Lacerda, Heck, etc.). Pero no representan una "alternativa válida", como lo expresa Roberto Campos con un cinismo de "scholar". La actual política económica representa un todo sistemático que corresponde a las necesidades del actual régimen económico y social del país: significa la úni-

ca garantía posible de supervivencia de la actual clase dominante. Creemos que así se desprende de todo nuestro análisis; creemos que esta política económica es la piedra de toque de las mínimas posibilidades que tal régimen todavía puede tener en el país. He aquí la fuerza del actual régimen de abril, fuerza que le permitirá garantizar el apoyo de todo el block dominante; pero es también su debilidad, como veremos en el próximo párrafo.

4. Límite del bonapartismo de derecha.

Si la política económica actual es la única posible para las clases dominantes del país, no es, con todo, el paraíso que ellas ansían. La oposición que surgió en su propio seno tiene un origen social: la burguesía teme la impopularidad del actual gobierno y las consecuencias de la crisis económica. Necesita abrir otra salida burguesa, y esta salida es la oposición liberal. Pero la oposición liberal, para ganar popularidad tiene que pasar por encima de sus propios intereses de clase, debe atacar al gobierno que la representa, necesita aproximarse a los intereses de la pequeña burguesía y de los trabajadores, que cada vez se oponen más radicalmente al régimen. Por esto se ve impulsada contra su condición de clase, hacia una movilización creciente que despierta el movimiento popular y amenaza la ficticia tranquilidad de los primeros meses del golpe. Por esto, Mauro Borges (gobernador del Estado de Goiás) llega al borde de la guerra civil y renuncia vergonzosamente poco después. Por esto, Lacerda y Ademar de Barros hacen violentos pronunciamientos y se retiran en seguida. Por esto, la burguesía se ve obligada a dividir a la oficialidad de las fuerzas armadas e intensificar la ofensiva liberal. Como Goulart en sus últimos meses de gobierno, se ve prisionera de una radicalización que la angustia y oprime.

Nada peor podría sucederle al movimiento liberal que recibir el poder de manos de la dictadura. Sería una desbandada general, sería la desesperación. Escuchamos sus recónditos pensamientos hamletianos: ¿Qué hacer con el poder? ¿La misma política antipopular? Pero entonces,

¿quién será la oposición de izquierda? ¿Quién ocupará nuestro lugar? ¡Si llegamos al poder y no reprimimos a la masa, se agigantará, estimulada por las palabras de orden liberales y reformistas! ¡Si la reprimimos, le abriremos el camino a una insurrección realmente revolucionaria! ¡Qué dilema para la oposición liberal! Pero como esta situación no se concreta, ella tiene que cumplir su papel, debe hacer la oposición de fachada. La fuerza popular que está detrás de esta oposición impide al “gobierno revolucionario” reprimirla violentamente. Llevar hasta el fin las medidas dictatoriales sería el camino más rápido para crear una poderosa onda insurreccional, a la que muchos liberales tendrían que adherir muy de mala gana. El crecimiento del movimiento liberal obliga a la dictadura a mantenerse en el marco de la “legalidad”, tratando de arrancar de manos de la oposición la bandera de la liberalización. Pero este camino tiene un límite, como todos los movimientos puramente superficiales. Este límite es el peligro de que la liberalización expulse del poder a los “revolucionarios” de abril y cree un vacío abismal de poder para la clase dominante. El resultado del movimiento de liberación es, dialécticamente, la necesidad de nuevos golpes dictatoriales.

Pero el actual gobierno enfrenta disensiones más profundas. Su fuerza de represión se apoya en las fuerzas armadas, las mismas que se dividieron ante el país, en un movimiento de sargentos y soldados, por un lado y en la oficialidad, por otro. Los artículos sobre “Movilización de la Audacia” (abril-mayo de 1965, publicados en *O Estado de Sao Paulo*) relatan las tribulaciones e incertidumbres de los conspiradores ante el movimiento de los sargentos. ¿Desaparecieron las condiciones de tal radicalización? ¿Fue eliminado el régimen de discriminación que los sargentos denunciaron en las fuerzas armadas? ¿Fueron atendidas sus reivindicaciones? Sus asociaciones de clase ¿están abiertas y funcionando libremente? ¿Las purgas destruyeron las bases del movimiento, que parecían tan amplias antes de abril? Estas preguntas deben hacerse todos los días los actuales dueños del poder. ¿Pueden confiar incondicionalmente en semejante aparato de represión?

Por otra parte, el movimiento de masas continúa intacto

en sus bases. Los trabajadores, abandonados por sus anti-gueros dirigentes, se reorganizan paulatinamente en las empresas. Ante el temor de la represión, no comparecen en las asambleas en número correspondiente a su nueva conciencia. Los estudiantes marchan a una movilización de base en defensa de sus asociaciones representativas y caminan hacia el voto directo, en la elección de sus directivas provinciales, como expresión de una confianza creciente en la amplitud de su apoyo en las bases. Los campesinos, ¿quién sabe de ellos? ¿No eran campesinos la mayoría de los hombres que acompañaron al coronel Jefferson Cardín? ¿No hicieron los trabajadores del azúcar, en el nordeste, varias huelgas después del golpe? Los hombres que dirigen el país deben tomar en cuenta todos estos factores antes de ampliar más la represión. ¿Y con quién cuentan junto a la masa? ¿Acaso la pequeña burguesía y la clase media no protestan de los aumentos del costo de la vida, las restricciones del crédito y las quiebras?

Pero el movimiento fascista también crece día a día, como expresión de descontento de sectores más reaccionarios y conservadores ante los fracasos constantes del gobierno. “Si el gobierno no reprime a los agitadores lo suficiente, debemos organizarnos para reprimir”, dicen. “Apoyemos las medidas fuertes del gobierno y censuremos sus demostraciones de debilidad”, afirman. Atacan a los intelectuales que distribuyen sus manifiestos; ayudan a la represión policial y militar; publican notas en los diarios prometiendo reprimir manifestaciones apoyadas por quienes tienen sus derechos políticos suspendidos. Deseosos de ganarse a la pequeña burguesía, se lanzan en radical oposición, contra la actual política económica y tratan de conquistar las áreas dispersas del antiguo movimiento nacionalista; se presentan como expresión de la defensa militar de las riquezas nacionales. Hablan abiertamente de cerrar el Parlamento y castigar al Supremo Tribunal. Propugnan abiertamente la subversión del actual orden constitucional que el “gobierno revolucionario” no puede y no quiso destruir completamente, por los motivos expuestos anteriormente. Lacerda formula impúnemente violentas críticas contra el gobierno. Su plena libertad de movi-

miento debilita aun más al actual gobierno, pero éste no puede reprimirlo, pues Lacerda apoya sus embestidas dictatoriales; es la expresión más radical del movimiento de abril. Reservemos el estudio del fascismo para el próximo capítulo: aquí, aparece como simple límite de la actual situación de compromiso.

El gobierno de Castelo se debate entre la necesidad de las clases dominantes de establecer un régimen de fuerza en el país y la supervivencia, a pesar de su desorganización, del movimiento popular que pretende reprimir. La supervivencia de dicho movimiento, con todas sus limitaciones, junto a la impopularidad inevitable del actual gobierno, actúan como factores de división de las clases dominantes y permiten el desarrollo de una oposición liberal que hace perder su fuerza y sus posiciones al gobierno de Castelo que se debilita día a día. La oposición de derecha que surge de tal debilitamiento sirve como factor de desmoralización aún mayor. Este conjunto de factores obliga al actual gobierno a debatirse entre una liberación siempre insuficiente y una represión siempre inconsecuente y débil. El desarrollo de estos factores conducirá finalmente a un proceso de ajuste entre el movimiento liberal y el gobierno dictatorial. Los liberales procuran amoldarse a la dictadura, y la dictadura a los liberales, pero tal salida es extremadamente desmoralizadora para ambas fuerzas, pues mantiene un clima de tensión que estimula iniciativas independientes de la masa. Sólo quedará el camino de nuevos golpes, por un lado, o el de la destrucción de la dictadura, por otro.

Es evidente, sin embargo, que la burguesía no se arriesgaría a la segunda forma de ruptura del equilibrio que se viene creando. La situación general de crisis favorece la centralización del poder: esto es, el golpismo. Básicamente, la mantención del actual grupo en el poder durante, por lo menos, el período de depresión y estabilización. Tras estas dos salidas inmediatas están, sin embargo, los elementos más profundos del proceso social: el fascismo y el socialismo. Serán éstas las fuerzas que van a emerger del decantamiento de la situación actual. ¿Cuáles son sus posibilidades y cuál su significado?

5. Apéndice: El Gobierno Costa e Silva.

Dos años después podemos ver hasta qué punto estaba correcto este análisis y hasta qué punto era equivocado. Creo que estaba correcto en tanto demostraba la imposibilidad de una redemocratización real y en tanto demostraba la debilidad intrínseca del grupo Castelo Branco y del bonapartismo de derecha que representaba. Estaba equivocado al suponer que la necesidad de centralización del poder implicaba la conservación del grupo de Castelo en el poder. La impopularidad de Castelo y sus choques con varios sectores de la clase dominante llevó a la articulación de una fuerte oposición militar y política contra él por parte de la clase dominante.

El resultado de esta revuelta de los sectores políticos y de la masa de los oficiales de las fuerzas armadas fue el gobierno Costa e Silva.

Este gobierno intentó darse una base constitucional que fue promulgada por Castelo Branco, intentó abrir algunas sendas reformistas y crear un clima de simpatía popular en torno de sus objetivos. El resultado fue el de un relajamiento político en el primer momento, seguido después por una tensión creciente como resultado del fracaso de su gobierno. Este fracaso puede ser descrito por los ítem que siguen:

La política de reformas fue un evidente fracaso y continuaron, por tanto, la insatisfacción popular y los problemas fundamentales del país, fuentes inagotables de tensión. La política de estabilización monetaria no pudo ser abandonada, sin embargo se hizo más vacilante en su aplicación. Se ha recuperado un poco la economía, pero la inflación comienza otra vez a dispararse, comprobando nuestra tesis de que la política de estabilización sólo podría dar resultados inmediatos para la clase dominante si la crisis fuera llevada hasta sus últimas consecuencias, lo que era imposible y llevaría, por lo tanto, a un largo período de estagnación con pequeños ascensos y pequeñas bajas en el crecimiento, lo que es trágico para un país con el explosivo aumento de población como es el Brasil.

La insatisfacción sindical continuó y los intentos de li-

beración sindical resultaron siempre incompletos y cortados por miedo de la libertad sindical. La política salarial, a pesar de las promesas de aumentos, de aflojar la política de "aprieto salarial", continúa impopular y no hace más que mantener los salarios dentro de los bajos índices de patrón de vida alcanzados durante la política de Roberto Campos.

La liberación política y la consolidación institucional que se esperaba como resultado del régimen constitucional y de la finalización de las actas institucionales no se ha producido eficazmente. Si de un lado se produjo una más amplia movilización popular y se perdió el miedo al aparato de represión, los actos populares se presentaron siempre como ilegales, anticonstitucionales y antinstitucionales. La democratización se dio por abajo y sin legitimación del gobierno. El resultado es una creciente impotencia del gobierno frente al movimiento de masas en crecimiento y el surgimiento y desarrollo de sectores del poder y de la pequeña burguesía que toman en sus manos la "justicia" que ellos llaman "revolucionaria", es decir, la "justicia" de la contrarrevolución. La desconfianza en contra del gobierno y su no legitimación se da, pues, desde la izquierda y la derecha. La opción entre socialismo y fascismo se hace cada vez más clara.

CUARTA PARTE

**PERSPECTIVAS DE
LA CRISIS**

X.—EL FASCISMO.

1. *El Fascismo. Concepto y situación social.*

Alemania, Italia y España llegaron tarde al mundo del capitalismo internacional: las dificultades con que tropezó su integración nacional, las colocaron en posición de inferioridad en relación a las otras naciones capitalistas. Pero las posibilidades abiertas por una intensa industrialización a fines del siglo pasado, exigían como parte del desarrollo nacional, la expansión a todo vapor del mercado externo y la redistribución de las áreas de influencia mundial. Se requería un tremendo esfuerzo nacional para romper estas barreras: Alemania e Italia tuvieron en el fascismo este instrumento de reorganización nacional para la expansión. El fascismo tiene, así, como característica esencial, el ser un movimiento de organización nacional de los países industriales que llegaron atrasados al mercado internacional, con vistas a expandir su área de colonización y su mercado (Alemania y en cierta forma Italia) o para garantizar esta voluntad nacional, el fascismo tiene que eliminar todo lo que le parezca una amenaza a esta unidad. El movimiento socialista, por su carácter internacionalista y por la amenaza concreta que representa al régimen capitalista, es su principal enemigo. El fascismo se consolida históricamente después de un período de guerra civil, en que las direcciones proletarias se muestran desorientadas e incapaces de destruir el régimen capitalista, o bien habiendo llegado al poder por medios legales, capitulan y renuncian, agotando las energías revolucionarias de las masas en una lucha sin fin ni objetivo. Esto aconteció con el socialismo italiano en los años posteriores a la Gran Guerra; con la socialdemocracia alemana, desde el fin de la guerra hasta el curso de la crisis del 29; con los socia-

listas republicanos españoles, en el período entre guerras. La consolidación del fascismo en el poder exige una guerra civil que extermine los liderazgos proletarios y socialistas. Sólo después de esto el fascismo podrá unir la voluntad nacional, expurgando los venenos de la lucha de clases y del internacionalismo.

Para que este movimiento tome cuerpo, es necesario que existan sectores decadentes o marginales en la sociedad que formen el núcleo de aglutinación popular contra el socialismo y otros "enemigos de la nación". En Alemania, los excombatientes y más tarde los desocupados; en Italia, los mismos excombatientes, además del lumpen-proletariado de origen agrario; en España, la legión extranjera, los nobles decadentes y el lumpen-proletariado. La base social del fascismo es, sin embargo, la pequeña burguesía en crisis de proletarización. Sólo cuando obtiene su apoyo y el de la clase media, gana el fascismo el "status" social y asegura su tránsito y su prestigio en la sociedad. Las bandas de estafadores y aventureros que forman sus núcleos iniciales ganan el título de campeones de la moralidad y de fuente de virtudes cuando la pequeña burguesía se coloca a su lado, con sus prejuicios idealistas y sus pruritos virginales. El crimen se vuelve redención; la brutalidad, autoridad; la rapiña, defensa de la propiedad, en el lenguaje hipócrita de la pequeña burguesía.

Pero para que el movimiento fascista triunfe es indispensable el apoyo del gran capital (a veces del latifundio, como ocurre en Italia y en España). Es el gran capital el que proporciona los medios económicos para su crecimiento y lo introduce en el área del poder. Para que esto ocurra, es preciso que la gran burguesía ya haya tentado anteriormente todas las soluciones y se vea asustada por la posibilidad de la "anarquía social", esto es, del movimiento de masas en aumento. Sólo entonces estará dispuesta a pagar las abultadas propinas que los fascistas le imponen al someterla a una burocracia sin escrúpulos, que la saquea a cada momento; en cambio, el fascismo le ofrece los superlucros, consecuencia de la baja general de los salarios de un proletariado aplastado, el apoyo militar para su expansión internacional y las condiciones políticas pa-

ra un amplio apoyo de masa a sus pretensiones expansionistas, arrancado a costa del terror y de la propaganda irracionalista.

En los países más atrasados (el caso de Portugal, Italia y España), la organización del capitalismo en torno al estado a través de un sistema corporativo, garantiza el desarrollo de los grandes monopolios bajo su sombra y protección. Un capitalismo aún frágil encuentra ahí su punto de apoyo para defenderse del capital foráneo y para extenderse en el país y en las colonias. En Alemania, ya más avanzada económicamente, la organización corporativa trataba de recuperar la economía industrial en torno a la industria de guerra y por la militarización de la economía, y sentar las bases para un dominio mundial.

Las tareas económicas y políticas del fascismo exigen una figura mística de autoridad nacional incontrastable con un jefe nacional que exprese la unidad volitiva de la "nación" y que, al mismo tiempo se imponga a sangre y fuego sobre ella para garantizar el exterminio de todas las luchas internas. El jefe nacional es el coronamiento material, empírico, visible, audible, de la "unidad nacional". Tal posición exige evidentemente una personalidad enferma y cínica, pero, al mismo tiempo, una autenticidad en la impostura que le da tonos de genialidad. El jefe nacional, el líder fascista, vive de constantes trucos publicitarios, pero al mismo tiempo cree realmente en su misión histórica y en la legitimidad de todos los métodos que emplea. Esta es la condición para convertirse en la expresión individualizada y corporal de una voluntad colectiva, alejada de sus intereses más vitales y transformada en un fantasmagórico instrumento de los intereses monopolistas e imperialistas. Esta contradicción entre los intereses monopolistas, a los cuales sirve el fascismo cuando está en el poder, y el carácter pequeñoburgués de su programa preinsurreccional, sólo se resuelve por la expansión imperialista que unifica, por cierto tiempo, los intereses de todas las clases nacionales, excepto del proletariado revolucionario a costa del cual se hace, exigiendo por esto su desaparición previa.

El fascismo es, pues, un caso de bonapartismo, cuyas

características son exacerbadas, a consecuencia de la amplitud de sus tareas históricas: el fascismo corresponde al bonapartismo de los países imperialistas. Históricamente, encontramos dos tipos fundamentales de fascismo: un fascismo expansionista (cuya expresión más acabada fue el nacismo, transformándose en su modelo más completo) y un fascismo defensivo, que procura sobre todo asegurar el dominio interno del capital nacional y garantizar mercados coloniales (tendríamos el ejemplo de Italia y, casos aún más defensivos, el fascismo español y portugués).

Terminada la Segunda Guerra Mundial, EE. UU. se transformó en el centro de la reorganización mundial del capitalismo. Mientras tanto, el sistema capitalista en su conjunto pasó a una posición defensiva ante el avance internacional del socialismo. Tal situación llevó a una integración económica (Plan Marshall, BID, FMI, Planes de ayuda económica a la India, a países asiáticos y latinoamericanos, etc.) y militar (OTAN, OTASE, Tratado de Río de Janeiro, etc.) del capitalismo mundial, bajo el liderazgo de EE. UU. Por esto, la lucha de carácter nacionalista implica hoy una lucha antimperialista, que pone en jaque al propio sistema capitalista internacional y atrae hacia el campo socialista las fuerzas que la sustentan.

Esto hace extremadamente contradictorio al fascismo de los países subdesarrollados, pues para lograr su objetivo de expansión nacional burguesa tiene que chocar con el único seguro de supervivencia del propio sistema capitalista, que es el imperialismo norteamericano. Franco, en España; De Gaulle, en Francia; Nasser, en Egipto, trataron de consolidarse en esta situación ambigua, pero ya no pueden aliarse a la ultraderecha fascista por razones de supervivencia histórica; en el campo internacional, entran en choque con el imperialismo norteamericano al buscar una posición intermedia entre el imperialismo y el socialismo; están obligados a hacer concesiones al movimiento obrero y a la izquierda, que no pueden destruir bajo pena de destruir las condiciones de una economía nacional razonablemente independiente. Esta es una lucha sin gloria y, sin embargo, históricamente necesaria. A pesar de existir un proceso de integración internacional del imperialis-

mo, que vivimos en nuestros días, tal proceso de integración se hace a costa de choques violentos, que crean las oportunidades históricas para el avance mundial del socialismo. Contra la integración mundial, surge la integración regional (Mercado Común Europeo, Panarabismo), y la integración se vuelve contra la integración. El mismo proceso que conduce al choque y a la lucha interna. Por esto, sería precipitado creer que el fascismo perdió todas sus posibilidades históricas: es una tendencia activa dentro del propio proceso de integración capitalista, una posibilidad que es producto del choque entre sus intereses opuestos. Tal tendencia entra en choque con el proceso fundamental de integración, pero es, al mismo tiempo, un resultado de esta integración. Es la posibilidad de estos choques lo que abre el camino para el socialismo en los países atrasados. Si la integración fuese un proceso no dialéctico y unívoco, sin contradicciones, las posibilidades del socialismo se alienarían a la simple expansión cuantitativa (militar, conquistas, dominio económico) del campo socialista internacional, o a una revolución mundial concomitante en varios países, después de haber madurado las contradicciones de clase existentes dentro de este mundo imperialista integrado; pero esto no ocurre porque hay un desnivel entre los distintos estados de integración y porque la realización de ésta acarrea contradicciones internas.

2. Posibilidades del fascismo en Brasil.

¿Qué representaría una salida fascista en Brasil? Sería el apoyo de la clase dominante a un movimiento pequeño-burgués, antiobrero, que garantizase la represión del movimiento popular en el país. A pesar de que el programa de tal movimiento, como veremos, tenga un carácter nacionalista, para ganar el apoyo de las masas, en realidad la gran burguesía estará dispuesta a vender estas aspiraciones a cambio de la paz social y de la garantía del apoyo imperialista a su gobierno. Esto significa que en Brasil existen las condiciones históricas para una organización represiva del Estado y para una organización estatal

de la producción, con vistas a garantizar la supervivencia del régimen; pero le faltará a este Estado fascista su contenido —la política expansionista— que entraría en choque con su sustentación internacional, salvo que una guerra civil terminara en la derrota del movimiento de masas y concediera al gobierno fascista una tranquilidad interna suficiente para tentar un camino expansionista. Pero, en las actuales condiciones internacionales, la guerra civil nacional asume un carácter internacional, y para derrotar al movimiento revolucionario el fascismo nacional sería insuficiente. Habría que recurrir a la sede económica, militar y política del imperialismo para decidir la lucha, y tal hecho daría al fascismo nacional el carácter de un auxiliar del imperialismo internacional que le arrebataría su poder dinámico.

El fascismo representa una amenaza creciente originada por el fracaso del actual bonapartismo de cúpula desmoralizado frente al pueblo. Es innegable que tal movimiento crecerá en el país en la medida en que el actual gobierno se muestre incapaz de reprimir efectivamente al movimiento popular y de organizar un sector activo de la población para apoyarlo y difundir la represión. Los fascistas tendrán un papel importante en la articulación de nuevos golpes que se anuncian en el país y a través de éstos se harán absolutamente necesarios en un nuevo esquema de poder. De ahí en adelante, el fascismo iniciará la marcha hacia el poder, posiblemente a la sombra del auxilio del propio gobierno de transición.

¿En qué sectores de clase se apoyará el fascismo en Brasil? Ya vimos el papel de los sectores reaccionarios de la pequeña burguesía y de la clase media, que, amenazados por una proletarización constante, producto de la crisis, buscan “salvar” a su clase y a la “nación”, que creen representar. Otro sector que es masa de maniobra potencial del fascismo es el subproletariado, las grandes poblaciones de las callampas y de los campos que no tienen actividades económicas fijas y que, ante su inseguridad social, desarrollan el inmediatismo y el oportunismo que las hace disponibles para el primer grupo audaz y de recursos que las movilice. Al lado de este subproletariado, existen sec-

tores de desocupados rebeldes y dispuestos a acciones violentas, sea contra quien sea. El latifundista, que se ve frente a una marginalización social creciente que lo arrancó del pedestal de jefe político respetado para convertirlo en el socio más pobre de la burguesía, y que se ve amenazado aun por la revolución campesina, es el otro punto de apoyo importante del movimiento fascista en Brasil. El apoyo (algunas veces hasta iniciativa) del latifundio para la organización del movimiento fascista, crea una contradicción con los sectores pequeño burgueses de la clase media urbana que, a excepción de los más reaccionarios, no están vinculados a esa estructura latifundista. Tal contradicción debilita la capacidad de movilización fascista de esos sectores urbanos, divide el movimiento y reduce su fuerza política.

Como vimos en el ítem introductorio a este capítulo, la gran burguesía sólo se aproxima al movimiento fascista cuando éste comienza a presentarse con un potencial fuerte y cuando ella no ve otra salida para la crisis. Entonces la gran burguesía impulsa al movimiento fascista y lo transforma en su instrumento político, prestándole condiciones para llegar al poder. Este momento representa un cambio de calidad del fascismo y provoca generalmente una división interna dentro del movimiento, entre los sectores que quieren llevar adelante el carácter pequeño burgués de su programa y los líderes oportunistas que se disponen a asegurar el apoyo de la masa dentro de las muchas necesidades programáticas. En el caso brasileño, la gran burguesía está constituida básicamente por el capital imperialista y algunos grupos nacionales ligados a él: para llegar al poder, el fascismo tendrá que romper con su programa nacionalista y aceptar el programa imperialista. Tal paso es posible, porque el fascismo en Brasil es mucho más defensivo que ofensivo. Su objetivo es menos el de la expansión nacional que el de la “salvación nacional”; su objetivo es básicamente el de impedir una revolución popular, en lo cual se confunde con los intereses imperialistas. Este matrimonio espúreo tendría un hijo también espúreo, que sería un régimen fascista meramente represivo y, por tanto, incapaz de alcanzar la unidad nacional

que el fascismo europeo alcanzó. Sería, por tanto, un régimen débil y sometido a frecuentes crisis, mientras el país, como un gigante herido, se debatiría desesperado en medio de un diario debilitamiento.

3. Límites del fascismo en Brasil.

Antes de que esta terrible pesadilla pueda materializarse, muchas aguas tendrán que correr. Si bien el fascismo es una tendencia viva en la actual situación del país, existen otros factores cuya acción lo debilita y aumenta las contradicciones internas que lo devorarán: son las dificultades de conciliar los intereses económicos de la pequeña burguesía y la clase media con el latifundio y de conciliar el mínimo de aspiraciones nacionalistas de la pequeña burguesía y la clase media con la gran burguesía imperialista. Como en la situación actual estas contradicciones ya actúan, el movimiento fascista encuentra grandes dificultades para desarrollarse como fuerza política. Veamos estas dificultades:

En primer lugar el movimiento fascista se identifica, quiéralo o no, con el actual gobierno "revolucionario". A pesar de tratar de presentarse como una oposición "revolucionaria" a los traidores de la "revolución", no puede evadir su papel dentro del actual gobierno ni puede romper totalmente con él, pues quedaría con el mínimo de recursos para actuar y no podría resistir una represión. Ante todo, no puede abandonar al actual gobierno y arriesgarse a permitir la derrota del mismo por los liberales. Tiene que sufrir, pues, toda la carga de la impopularidad de la "revolución". Esta impopularidad no se limita a la clase obrera, al estudiantado, a los intelectuales progresistas, al campesinado y a los trabajadores en general; también la pequeña burguesía y la clase media sufren las consecuencias de la crisis y de la actual política económica. Por más que el fascismo trate de presentarse como una oposición a la actual política económica, no obtiene la confianza de la pequeña burguesía y la clase media desesperadas, que culpan, como no podía dejar de ocurrir, al gobierno actual por el aumento del costo de la vida, por

la caída de los negocios, en resumen, por la crisis general. La imagen de una crisis producto de la agitación provocada por un gobierno izquierdista, ya fue violentamente destruida en la práctica social. Es la propia derecha la que asumió la responsabilidad por el aumento del costo de la vida, por las quiebras, en suma por la crisis.

Como vimos en la parte referente al bonapartismo de izquierda, el gobierno anterior, siendo un gobierno burgués, quiso y trató de aplicar esta misma política de estabilización. Para que el país pudiese entrar en una senda de progreso y democracia, sólo restaba (y sólo resta aún) una salida revolucionaria socialista. Pero la izquierda, llena de ilusiones y recelos, servía de sustentación al golpe burgués, que se dirigía exactamente contra ella misma. (El golpe bonapartista de Goulart sólo podría concretarse con la destrucción del esquema político de la izquierda, como se vio claramente en la crisis del estado de sitio). Pero la izquierda se salvó de esta aventura no solamente por las dificultades internas de la salida bonapartista, sino que también por el golpe de abril. El golpe de abril desmanteló el esquema reformista y abrió camino a una izquierda de nuevo tipo, revolucionaria, opositora, insurreccional, que no está comprometida con un gobierno inepto que hizo alejarse a las masas pequeño burguesas y de clase media. El fascismo perdió así su gran oportunidad de movilización, aun cuando no era suficiente para garantizar su victoria debido a las contradicciones internas que lo debilitaban. En aquel momento conseguía atraer grandes masas de la pequeña burguesía y de la clase media, como vimos con ocasión de las "Marchas de la Familia" y de los grupos de choque contra el Congreso de la CUTAL, contra las conferencias de Joao Pinheiro Neto, Paulo de Tarso, Brizola, etc. Pero la motivación básica de aquellas movilizaciones (la responsabilidad del gobierno de "izquierda" por el aumento del costo de la vida, por la crisis, por la agitación y por la amenaza a la democracia) se vuelve hoy contra la propia derecha. Y ésta sólo tiene en sus manos las banderas de la represión de los "subversivos" y "corruptos" y de la oposición indefinida y poco convincente a la política económica del gobierno. En con-

trapartida, está comprometida con las medidas antipopulares de la "revolución", del terror y de la amenaza a la democracia, todo esto mezclado con una profunda crisis social. Si el fascismo ya encierra dentro de sí grandes dificultades estratégicas, mayores aún son sus dificultades tácticas. Continúemos enumerándolas.

El movimiento fascista sufre de falta de liderazgo. Es natural en una fase de crecimiento: todo movimiento político tiene carencia de líderes, que están en embrión y no encuentran medios de acceso a las masas, a pesar de todo; el fascismo ya tiene esos líderes; el principal de ellos es Carlos Lacerda. Tales líderes están, sin embargo, temerosos de seguir el camino fascista precisamente debido a las dificultades internas que lo paralizan. Presionados entre la necesidad del apoyo imperialista y la imagen nacionalista que tienen que presentar a su base política potencial, se desgastan en marchas y contramarchas, en radicalizaciones sucedidas por desmoralizadoras conciliaciones, etc. Los líderes fascistas se encuentran con dificultades (debido a su tradición de acuerdos y arreglos) para dar el paso decisivo e integrarse a su nueva condición. Se sienten inseguros, y con cierta razón, para dar este paso que puede representar su liquidación política si perdieren el apoyo de que disponen todavía en el gobierno y que los sustenta materialmente (1).

(1) Este fue el comportamiento típico de Lacerda, hasta que la derrota en los comicios de la provincia de Guanabara le impidió continuar la conciliación. Después de un período de recomposición, volvió a la carga con el artículo: "Naturaleza, Crisis y Direcciones de la Revolución Brasileña", publicado en el Cuaderno Especial del Jornal do Brasil, del 3.4.66. En este artículo, Lacerda revela una aguda conciencia de las necesidades de su liderazgo fascista: ataca de frente al gobierno de Castelo Branco, especialmente por su política económica impopular ataca el entreguismo y afirma su posición "nacionalista" en términos de potencia nacional, acepta la necesidad de una base popular para el gobierno, y plantea la necesidad de un líder capaz de aglutinar a la voluntad nacional (él). Al mismo tiempo, Lacerda revela cierta conciencia de su misión específica como líder de un movimiento fascista, al tratar de crear una organización partidaria nueva (PAREDE) rehuendo la identificación con el movimiento gobiernista (ARENA) o

Esta situación es muy semejante a la vivida, del otro lado político, por Brizola en el gobierno de Goulart. Limitado por su tradición, pequeñoburguesa y laborista, Brizola temía dar el paso en dirección hacia un liderazgo revolucionario de masas: tal ambigüedad le fue fatal.

Estas contradicciones de liderazgo conducen a una tercera dificultad en el movimiento fascista: la incapacidad de organizarse a un ritmo suficientemente rápido para responder a las necesidades de lucha. La indecisión de sus líderes, la desmoralización de sus palabras de orden, la dificultad de crear una táctica independiente del "gobierno revolucionario" impiden al movimiento dar un paso más definido en el sentido de su organización independiente. Tal paso podría conducirlo a un aislamiento aún mayor que el que sufre y debilitaría a la "revolución". Se suceden, pues, las siglas: LIDER, COB, PAB, CAMDE, etc.; pero falta la unidad de concepción orgánica y la audacia de movilización que les permitan crecer.

con la oposición liberal (MDB). El sentido contra revolucionario de su liderazgo satura todo el artículo y se expresa claramente con definir el verdadero carácter de la opción nacional: "La masa popular brasileña va a hacer la revolución. Esta será antiamericana, en la medida en que los norteamericanos se beneficien con el gobierno de Castelo Branco. Será antimilitarista, en la medida en que el Ejército se deje identificar con el gobierno de Castelo Branco. Será totalitaria, en la medida en que el gobierno de Castelo Branco desacredite a la democracia ante el pueblo. Pero podrá ser democrática (las palabras "democráticas" y "totalitarias" son usadas aquí con un falso sentido; por democrática, el autor entiende, el régimen burgués, y por totalitarismo, la democracia socialista —nota del autor), podrá no ser hostil a la colaboración extranjera (aquí se revela el carácter táctico-demagógico del nacionalismo fascista que ya destacamos —nota del autor) en la medida en que el resto de los cuadros políticos y lo que podría llamarse la élite del Brasil se decidieron a repetir lo que comenzó con la elección de Janio Quadros: la revolución hecha por la mano del pueblo". Lacerda trataba así, empíricamente, de buscar la conclusión a que este libro llega: la opción brasileña está entre el socialismo y el fascismo. Lacerda, citando a Hitler, Mussolini y Salazar como modelos, se presenta como el líder de la opción fascista. ¿Quién se presentará como líder contrario?

A esas dificultades se suma una cuarta: el miedo al espectro del movimiento de masas. El fascismo sabe que el movimiento de masas no está muerto, que puede renacer en cualquier instante. Pero su concepción policial del mundo se desmorona frente a esa organización clandestina e invisible. ¿Cómo luchar con un fantasma difuso, esparcido en los rincones de la vida social, en la más recóndita e inocente conversación de fábrica, en el bar, en la esquina, en el negocio, en el vehículo de movilización, en la hacienda, en la carretera? Es el monstruo que se desplaza por canales inesperados y arrasa con la moral de sus enemigos. El fascista dice: ¡La amenaza está ahí! Pero no puede materializarla, no puede mostrar dónde está y cómo atacarla. ¡Es desesperante! Y cuando este monstruo se alce, al unir sus partículas separadas para ganar una vida unitaria y consciente, será tarde. Este es el drama del fascismo, drama que le roe los nervios, que lo incita a la acción desesperada, pero que al mismo tiempo lo paraliza.

Como conclusión, podemos decir que si existe una amenaza fascista creciente en el país, está limitada por poderosas contradicciones internas que desorientan su estrategia y su táctica política. Vimos también que un matrimonio entre intereses tan contradictorios abortaría un régimen monstruosamente incapaz, que sólo sobreviviría en la incubadora del imperialismo. Tales conclusiones nos muestran que el socialismo se agigantará a su lado, como posibilidad histórica y como movimiento real. Nos cabe, pues, analizarlo.

4. *Apéndice: El crecimiento del fascismo.*

Los años que siguieron a la redacción de este capítulo confirman ampliamente sus conclusiones.

Por una parte, el fascismo ha crecido enormemente en el país y, por otra parte, este crecimiento revela sus limitaciones intrínsecas.

En lo que respecta a su crecimiento los datos son alarmantes: el Comando de Caza a los comunistas (CCC) se transformó en la principal organización paramilitar de derecha en el país. Su lema es: "Por cada demócrata muer-

to, mataremos cinco comunistas". En carta al gobernador del Estado de S. Paulo, Abreu Sodré, declararon: "Si nuestras autoridades se enmudecen, si demuestran omisión frente al peligro inminente, el CCC no será un número de patriotas apenas, sino todo el pueblo brasileño, civiles y militares, y abrirán los caminos de marzo de 1964, para expurgar de nuestra tierra los comunistas enemigos y traidores del Brasil".

En declaración a la prensa, afirmaron: "Somos una organización paramilitar bien estructurada . . . Eventualmente contamos con elementos de otras organizaciones de derecha con los cuales se mantiene pleno entendimiento filosófico". Algunas de ellas son el MAC (Movimiento Anticomunista), que actúa en Río y S. Paulo, el FAC (Frente Anticomunista), de las provincias del Estado de S. Paulo y norte del Estado de Paraná, y el FUR (Frente Universitario Revolucionario) de Río.

La acción de estos grupos hasta el momento está compuesta además de varios actos de terrorismo en contra de personas e instituciones, de acciones de masa como el ataque de los estudiantes de la Universidad Mackenzie contra la Facultad de Filosofía de S. Paulo, que prácticamente destruyó su antigua sede en el centro de S. Paulo donde permanecían los cursos de ciencias sociales y otros y el centro de alumnos. La reciente denuncia del gobernador del Estado de S. Paulo sobre la existencia de un golpe de derecha que eliminaría físicamente el liderazgo de izquierda, involucró a personeros de la Aeronáutica y particularmente a las fuerzas de los paracaidistas, la Para-Sar (Unidad de Salvamento de las Fuerzas Aéreas), que serían los responsables por los actos de terror. Se habla hoy día en los círculos derechistas del "esquema indonesio" para Brasil. Es decir, la eliminación física de millares de revolucionarios.

Todas estas cosas dan un carácter terriblemente realista y concreto a los análisis que este libro presenta.

Por otro lado, el movimiento fascista no encontró todavía un liderazgo consciente. Lacerda continúa vacilante y buscando apoyo en sectores liberales a través del "frente

amplio" que terminó al ser extinguido legalmente por la Presidencia de la República. Pero, dada la situación de creciente tensión, parece que no faltarán los líderes y la creciente unidad orgánica para poner en acción una campaña de movilización fascista en el país.

XI.—EL SOCIALISMO.

1. *Desarrollo histórico.*

El concepto de socialismo y el movimiento real que lo sustenta tienen una tradición más que secular.

Durante este lapso fue objeto de discusiones y controversias que correspondían a la diversidad de tradiciones históricas nacionales y regionales, de condiciones económicas y de realidades sociales a las cuales tuvo que adaptarse. Esto no impide, sin embargo, que podamos definirlo como categoría abstracta, que resulta de las condiciones generales de desarrollo de la sociedad capitalista contemporánea. El capitalismo realizó una profunda revolución social: unió el trabajo disperso de la producción individual, artesanal y campesina en grandes fábricas, aumentando de manera hasta entonces inconcebible la productividad del trabajo humano. Al realizar esta revolución en las fuerzas productivas, el capitalismo generó, sin embargo, las condiciones de su propia superación. El trabajo colectivo, base del nuevo régimen de producción, se alzó violentamente contra la propiedad privada que lo desarrollara, pero que transformó, al mismo tiempo, su potencia creadora en potencia del capital y del capitalista y no en potencia de la sociedad en su conjunto. El productor —el trabajador— se vio dominado por su propio producto, convertido en propiedad privada, en objeto de lucro, en parte del capital. Tal circunstancia histórica, creó una situación nítidamente revolucionaria. La revolución productiva exigía una revolución en las formas de propiedad y convivencia social. El trabajo colectivo exigía su correspondiente global, que es la propiedad colectiva de los medios de producción.

Es ésta la situación básica que está detrás de todos los

acontecimientos revolucionarios del mundo actual. Así como el siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX asistieron a una sucesión de revoluciones burguesas que destruyeron la supervivencia de la antigua sociedad feudal, que se oponían al desarrollo de la nueva sociedad capitalista, la segunda mitad del siglo XIX y el siglo XX asisten a la lucha de la nueva sociedad socialista contra los obstáculos capitalistas al desarrollo. Este hecho pasó a amenazar las revoluciones burguesas con un radicalismo proletario. En la revolución francesa, el gobierno revolucionario de Robespierre amenazó la propiedad privada y se apoyó en los proletarios y pequeños propietarios de París. En Francia, en 1832, fueron estas mismas clases las que derribaron el gobierno reaccionario de Luis Felipe. En Francia y en Alemania, en 1848, fue nuevamente la acción revolucionaria de esas clases la que instituyó el régimen democrático. En todas esas oportunidades quedó patente que la revolución burguesa y la revolución proletaria marchaban juntas y que la segunda amenazaba a la primera en su desarrollo. En 1871, la Comuna de París se levantó contra los acuerdos del gobierno burgués con la monarquía prusiana y organizó por primera vez en la historia un gobierno proletario que duró solamente dos meses.

Después de la sangrienta represión de la Comuna de París, el movimiento obrero resurgió muchas veces más fuerte en torno a la II Internacional formada por los partidos socialistas de Europa Occidental. La revolución socialista se presentaba entonces como oposición a la burguesía dentro de su propio régimen parlamentario. La perspectiva de una vía parlamentaria para el socialismo se consolidó dentro del movimiento socialista en torno al revisionismo, cuyo principal teórico fue Bernstein. En febrero de 1917, en Rusia, el zarismo caía bajo el impacto de la acción revolucionaria de los obreros y soldados de origen campesino. Pero el régimen que resultó de la revolución de febrero tenía la forma espúrea de un poder doble —el poder de la burguesía que se conciliaba con los residuos de la monarquía y con los reformistas, y el poder proletariado y campesino, organizado en los Soviets que al principio estuvieron en manos de los socialistas reformistas. La revolución

rusa de octubre de 1917 puso fin a esta dualidad de poder, entregándolo a los Soviets de obreros, soldados y campesinos, que estaban bajo la dirección de la facción revolucionaria del socialismo —los bolcheviques dirigidos por Lenin.

Para los líderes de la revolución bolchevique, ésta era el comienzo de la revolución europea. Después de una guerra civil victoriosa, en que la contrarrevolución interna fue apoyada por tropas de los más diversos países, los líderes de octubre organizaron la III Internacional y aguardaron ansiosos la revolución en Alemania. Los sucesivos fracasos de la revolución en Alemania, en 1919, en 1921, en 1923 y en otros países como Hungría, en 1919, crearon una nueva situación histórica. Stalin, por un lado, afirmaba la necesidad de consolidar la “revolución en un solo país” para garantizar la revolución mundial. Trotsky, por otro, afirmaba la necesidad de la revolución mundial, para garantizar la revolución en la Rusia atrasada. La victoria de Stalin y la nueva sucesión de derrotas de la revolución socialista, ya por el fortalecimiento del fascismo en Italia y Alemania, ya por el fracaso de la revolución española, ya por los fracasos de los frentes populares antifascistas en todas partes, crearon en la URSS una situación de desesperanza. Su progreso económico era conquistado a sangre y fuego; la burocracia crecía, la revolución proletaria parecía estancada.

La 2ª Guerra Mundial mostró las poderosas energías del socialismo mundial que renacía en la gesta de Stalin-grado y de la ofensiva soviética, bajo el liderazgo de los movimientos de resistencia de toda Europa y del Ejército Rojo de Mao Tse-tung. El nuevo impacto de la revolución socialista que estaba en las entrañas de la Segunda Guerra Mundial, trajo el socialismo a Yugoslavia y China, y luego en Europa Oriental. Bajo el impacto de la revolución china se despertó el movimiento de liberación en Asia y África y de este movimiento nacen Corea del Norte y Vietnam del Norte como socialistas. El mundo se dividía en dos campos opuestos: el socialismo, dominando 1/3 de la población mundial, y el capitalismo, dominando los otros 2/3, pero bajo el impacto de sucesivos movimientos revo-

lucionarios. El socialismo vuelve, impulsado por el viento de la revolución oriental, a las playas de occidente. Será en América latina donde surgirá su primer punto de apoyo en occidente, la revolución cubana, y con ella un furor revolucionario barre a América latina.

El socialismo es hoy un mundo multiforme. Dentro de él están países que recién emergen de la comunidad primitiva, como Zanzíbar; hacia él convergen culturas seculares, como el mundo árabe; bajo las bases de una civilización milenaria como la china, se yerguen las comunas populares; países desarrollados, como la URSS y Checoslovaquia, forman otro sector. Su estrategia y su táctica se multiplican desde los países europeos avanzados, donde persiste un régimen parlamentario, hasta las guerrillas latinoamericanas, asiáticas y africanas, donde incorpora un campesinado hambriento dentro de los más diversos regímenes económicos y políticos. La revolución socialista adquiere así dimensiones mundiales, mientras que la contrarrevolución también se universaliza en torno a su centro: EE. UU.

La experiencia del socialismo en un sólo país fue seguida por el socialismo en una sola área, pero ambos no pasaron de ser pequeños momentos de un proceso mundial. Es cierto que el socialismo se encontraba ante su prehistoria y traía dentro de sí mucho de los vicios de estructuras atrasadas que él va destruyendo. No puede encuadrarse, sin embargo, en este marco restringido y vuelve, pasando por la revolución en los países subdesarrollados, a los grandes países capitalistas. El pueblo norteamericano, por ejemplo, siente cada vez más en la práctica la contradicción entre los intereses imperialistas, que presiden el destino de su país, y sus propios intereses y se levanta en movimientos cada vez más fuertes contra la intervención en Vietnam y en otros países, en busca de una política de paz que garantice la vida de sus hijos, amenazada en todas partes por pueblos desconocidos, en una rebelión interminable.

El mundo vive hoy una encrucijada histórica que se definirá por la victoria del socialismo en el plano mundial o por la guerra imperialista. Esta opción está determinan-

do las acciones humanas en los puntos más distantes del globo, muchas veces sin que las personas la perciban. Las calumnias que la burguesía lanzó contra el socialismo se van respondiendo con el avance económico, social y político de los países socialistas. ¿Quién hoy, con un mínimo de conocimiento, puede creer que el socialismo lleve a la prepotencia, a la tiranía, a la destrucción de la familia (entendida no como una familia patriarcal, arcaica o injusta que hace mucho tiempo está siendo destruida por el propio capitalismo), a la persecución religiosa, etc. Todos estos mitos se van destruyendo con el ejemplo de una sucesión de países que, aunque están económicamente atrasados, presentan niveles morales y culturales mucho más altos que los países más adelantados del mundo capitalista, ahogados por la "dolce vita", la juventud descarriada, la prostitución, la criminalidad. La democracia occidental degenera cada vez más en los gobiernos fuertes, agresivos y dominados por grupos militares, instrumentos de los grandes monopolios. La televisión, el cine y todos los medios de información se caracterizan por un llamado constante a los instintos agresivos del hombre. Este clima de degeneración y decadencia es insoportable. Ningún régimen puede sobrevivir dentro de él. El hombre precisa superarse, es conducido necesariamente a superar esta situación. El socialismo es así, cada vez más, una salida necesaria a la humanidad. Una salida económica, política, social, cultural y moral.

2. Límites del socialismo en Brasil.

Para comprender los límites y posibilidades del socialismo en Brasil debemos hacer un esbozo de las condiciones históricas en que se desarrolló el movimiento popular. Esta exposición debe partir del estudio de los factores que impiden el pleno desarrollo de las fuerzas sociales revolucionarias, para después captar sus posibilidades históricas. La exposición será, sin embargo, incompleta, pues exige un análisis más profundo que reservamos para un próximo libro.

El proletariado brasileño surgió a comienzos de este si-

glo, constituido por artesanos, ex esclavos y emigrantes, sobre todo italianos y españoles. Culturalmente avanzados y con una tradición política ya arraigada, fueron esos emigrantes los que orientaron los primeros pasos del movimiento obrero brasileño. El anarquismo traído de Europa, que pregonaba la destrucción del Estado, del militarismo, de la Iglesia y de la familia, fue la primera ideología del proletariado brasileño. Este movimiento anarquista, que se adaptaba al carácter atrasado de nuestra industria y nuestro proletariado, constituido por artesanos y pequeños propietarios, dominó con violentas manifestaciones de masa el movimiento obrero brasileño hasta los años 20. Su punto más alto fue la huelga general de Sao Paulo, en 1917, que controló toda la ciudad y parte del interior. El fracaso político de esta huelga, cuya principal reivindicación (8 horas de trabajo) fue aprobada para conseguir la paralización del movimiento, pero siendo anulada en seguida debido a la brutal persecución de sus líderes, provocó una autocrítica del movimiento obrero.

Esta autocrítica incluyó el fracaso de las sucesivas huelgas, que continuaron en los años 1918 a 1920, y el estudio de la revolución rusa de 1917 llevó a la creación del Partido Comunista de Brasil en 1922: la historia de este partido sigue un crecimiento orgánico dentro del movimiento obrero hasta 1930, cuando se ve ante la revolución burguesa nacional. Será la adhesión al PCB del líder del movimiento tenentista, Luis Carlos Prestes, lo que cambiará profundamente el contenido de este partido e iniciará un ciclo de dominio del movimiento obrero brasileño por la pequeña burguesía radical y, a través de ella, por la burguesía industrial, dominio que se prolongó hasta nuestros días. En realidad, con la entrada de Prestes al PCB no fue el prestismo el que adhirió al PCB, sino que fue el PCB el que adhirió al prestismo, ideología de la burguesía revolucionaria. Los dramas, farsas o tragedias de 1935, 1945, 1947, 1954 y 1964, al alternarse las líneas más izquierdistas con las más derechistas, fueron el resultado de este proceso. Después de haberse negado a participar en la revolución de 1930, cuando las energías revolucionarias del país estaban en auge, el PCB defendió en 1935 la tesis de

la unión de las fuerzas progresistas del país en torno a la Alianza Nacional Libertadora, para realizar la revolución burguesa. Pero la burguesía ya estaba en el poder y podía continuar la revolución burguesa por métodos autoritarios: el resultado fue el fracaso del levantamiento de 1935.

En 1945, Prestes predicaba la unión nacional en torno al dictador Getulio Vargas, que se encontraba en decadencia frente al movimiento democrático en crecimiento. La consigna de orden era "la Constituyente con Getulio", que incluía la petición a los trabajadores para que se apretaran los cinturones "y no pidiesen reivindicaciones para no poner en peligro la unión de todas las fuerzas democráticas del país contra el fascismo".

Después de la caída de Getulio, que no afectó al PCB como suponía, el partido continuó la defensa de la Unión Nacional: vía legal, pacífica y antiguerra civil, que uniría a todos los brasileños, inclusive a los patrones, *latifundistas* y al propio capital *extranjero*, que, según Prestes, cambiaría de contenido como consecuencia de la unión de las democracias occidentales con el socialismo. Esta fase terminó con el cierre del PCB en 1947.

La nueva línea, en la fase de rompimiento internacional y nacional, comenzó con un llamado al presidente Dutra para renunciar y continuó con el manifiesto de agosto de 1950, que incitaba al país a la insurrección. Este llamado no disponía de ninguna base social, pues ocurría en el momento en que la burguesía realizaba la tentativa nacionalista, en el segundo gobierno de Vargas, contra el cual el PCB se colocó al lado de Lacerda, calificando de "gobierno de traición nacional" al gobierno que creó la Petrobrás y llevó al extremo la lucha nacionalista en el país. Tal línea desapareció con el suicidio de Vargas y determinó un cambio de 180 grados. Este cambio acabó transformando el PCB en un partido nacionalista que en adelante servirá de apoyo, dentro del movimiento obrero y pequeño burgués nacionalista, al desarrollismo de Kubistcheck, al movimiento nacionalista, y por último a la tentativa bonapartista de Joao Goulart. Este fue su último fracaso al parecer: después de él la clase obrera brasileña ha madurado demasiado para entregarse a un liderazgo de este tipo y

comprende lo que debe ser un verdadero partido comunista.

Si el PCB, que era el partido más organizado y más ideológicamente definido en la izquierda brasileña, siguió tal camino, ¿qué se podía esperar de la conciencia política de nuestro proletariado? En 1935 el movimiento sindical comunista fue destruido a sangre y fuego y sustituido por un sindicalismo ministerialista, que introdujo el "getulismo" en la clase obrera y dio a la burguesía una poderosa banca dentro de la clase obrera. Este control fue ampliado en 1944, cuando Prestes se alió a Vargas y en 1946, cuando el PCB hacía un llamado a la "unión nacional" y a la conciliación de clases, aún más pacifista que el propio "trabalhismo" getulista. Las masas desorganizadas pasaron a agitarse en torno a líderes populistas, que seguían el ejemplo de Getulio. Fuera de los "ademaes", los "janios y jangos", la clase obrera brasileña no encontró otra forma de expresión política organizada que el movimiento sindical: éste fue su punto de apoyo. Pero el movimiento sindical estaba en las manos del gobierno, a través del control ejercido por el Ministerio del Trabajo. La clase obrera entraba así por la puerta de servicio del poder y recibía los restos de comida. Todo esto impidió la organización independiente de la clase obrera brasileña, tanto en el plano sindical como en el político. En Brasil, en 1966, aún no existe un partido obrero. Como veremos, en las actuales condiciones, en que la vieja lideranza amarilla ("pelega") mostró sus límites, en que los dirigentes burgueses revelaron su carácter de clase y en que la clase obrera fue arrojada violentamente a la oposición, acabaron de madurar las condiciones para la formación de este partido. La contrarrevolución de abril prepara históricamente su antítesis.

3. *El nuevo proletariado y la crisis.*

Desde que se implantó la industria de base en Brasil, comenzaron a desarrollarse las condiciones de superación de los obstáculos a la organización independiente del proletariado brasileño. El dominio ideológico organizativo y político de la burguesía y de la pequeña burguesía sobre

él, era producto de las propias condiciones de la revolución burguesa en el país. En primer lugar, el proletariado que se desarrolló en los años 30 era en su mayoría de reciente origen rural. Tal marca de origen dificultaba el desarrollo de su conciencia de clase y lo acomodaba fácilmente a los salarios bajos que recibía, pero que le daban condiciones superiores a las que podría disfrutar en el campo. Su reciente salida de una estructura familiar patriarcal, donde el patrón era al mismo tiempo jefe y padre, lo hicieron transferir hacia los empresarios y los jefes políticos urbanos, esa imagen que aprendiera a respetar. La propaganda getulista se aprovechó muy bien de éste, transformando a Getulio Vargas en "padre de los pobres", en el cual se proyectaba el paternalismo del jefe de familia, del patrón y del jefe político local.

Además de esto, las nuevas generaciones obreras que se formaron estaban históricamente separadas de la tradición de lucha de las décadas del 10 y 20. Así, las concesiones realizadas por el gobierno de Vargas les parecían una dádiva bondadosa que debían agradecer. El sindicato era un órgano paternalista, donde obtenían asistencia médica, jurídica y dental. Todos estos factores acrecentaban el dominio ideológico y organizativo de la burguesía sobre el movimiento obrero.

Pero el tiempo fue cambiando esta situación. Se creaba una nueva tradición de lucha y reivindicaciones que, a pesar de su carácter reformista y de su horizonte político nacionalista, hacía nacer en el proletariado la conciencia de su fuerza y de sus derechos. La necesidad que los políticos burgueses manifestaban de ganar sus votos, mostraba que su papel político era más importante de lo que pareciera al principio a estos hombres acostumbrados al aislamiento rural. La vinculación de su lucha contra el aumento del costo de la vida, a la reforma agraria y a la lucha contra las remesas de lucro; de la lucha por la liberación sindical a la lucha contra la derecha; de sus luchas económicas a la lucha contra las políticas económicas de los gobiernos: todos estos factores fueron generando una organización y una conciencia cada vez más fuerte en el movimiento obrero.

El desarrollo industrial, si bien atraía antes mano de obra rural a los sectores más atrasados, pasaba ahora a reclutar la mano de obra especializada para las industrias modernas de las nuevas generaciones de hijos de obreros. Surgían grandes industrias en condiciones de producción más modernas, congregando masas gigantescas de obreros. Los barrios industriales dominaban zonas enteras de las grandes ciudades y creaban una nueva psicología de clase. La organización de clase no se podía confinar ya a los sindicatos y tenía que explayarse a las industrias, creando los delegados de fábricas, y llegaba a los barrios con las juntas de progreso. Fue este nuevo proletariado el que sobrepasó los límites de lucha trazados por la burguesía y amenazó su dominio, estando a punto de obligarla a retroceder en abril de 1964.

La crisis económica que viene afectando al país desde 1959, ha sido una escuela práctica para el movimiento popular. La incapacidad de un desarrollo económico dirigido por la burguesía se manifiesta cada vez más y ha aproximado a todos los sectores populares, ya sea al proletariado, por su interés irrefutable en el desarrollo industrial y político; ya a la clase media que se encamina hacia funciones técnicas e intelectuales y cuyas chances de realización económica y cultural dependen de este desarrollo (entrando ahí estudiantes, profesores, técnicos, científicos e intelectuales en general); ya sea a los sectores de la pequeña burguesía, cuyas ambiciones de mejoría económica dependen de este mismo desarrollo; ya sea al campesinado, cuyas posibilidades de salir de su actual miseria dependen de la extinción del latifundio y del desarrollo económico.

La unión espontánea de todas estas fuerzas en un frente de trabajadores urbanos y rurales viene, desde hace mucho, buscando una forma de expresión política organizada en el país. Ya sea a través del movimiento nacionalista, de la alianza obrero-estudiantil-campesina, o de la unión entre los sindicatos obreros y las asociaciones campesinas, en fin, en el Frente de Movilización Popular, que unió las entidades de cúpula del movimiento obrero (CGT), del movimiento estudiantil (UNE-UBES), del movimiento campesino (Consejo Nacional de las Ligas Campesinas y

la ULTAB), de los funcionarios (UNSP), de las representaciones de sargentos y oficiales nacionalistas y de las diversas organizaciones políticas de izquierda. El defecto fundamental de este frente era, sin embargo, la ausencia de organización de las bases de estos movimientos. La tradición de "peleguismo" en el movimiento sindical y estudiantil, y la nueva tradición de "peleguismo" que la SUPRA comenzaba a implantar en el movimiento campesino, solamente llevaban a esas organizaciones a descuidarse de las bases en las empresas, en los barrios, en las escuelas, en las haciendas, en las aldeas, etc., sino que condicionaban a las cúpulas a contener la radicalización de estas bases que estaban bajo el efecto de la magnitud de la crisis. El Frente de Movilización Popular se transformó en un ejército sin soldados, pues cuando el pueblo quería luchar las cúpulas sólo sabían hacer arreglos con el poder. Pero la simple formación de tal entidad hace suponer que el frente de masas se estaba organizando espontáneamente y se presionaba a las directivas a realizarlo también en su nivel. La falta de articulación entre la directiva y las bases y la poca preparación política de ambas permitió que tan grande fuerza social fuese inmovilizada por la capitulación de sus dirigentes burgueses.

4. Epílogo de la clase dominante y prólogo de las clases populares.

El agravamiento de la crisis económica después de abril, unido al hecho de que el "gobierno revolucionario" de Castelo Branco se vio obligado a asumir la responsabilidad de esta crisis, y la unión de la burguesía industrial con el conjunto de la clase dominante, colocan al movimiento popular brasileño en situación totalmente nueva: por primera vez, desde 1935, se ve colocado frente a frente a un gobierno abiertamente reaccionario, dictatorial e impopular. Por primera vez es llevado a la oposición y, más aún, a los subterráneos de la clandestinidad. Por primera vez se encuentra huérfano de una dirección burguesa y, por tanto, conciliadora. Para agravar aún más este proceso, por primera vez este movimiento popular se ve

ante una crisis capitalista grave, con su cortejo de miseria, desempleo, quiebras, etc. Nadie podrá negar que la actual situación es una escuela revolucionaria para las masas populares del país, particularmente para la clase obrera. Nada indica que de tal crisis emergerá un movimiento popular reformista y acomodado. Todas las clases comprenden la gravedad de la actual situación y se preparan para la nueva etapa de lucha.

Después de años de conciliación de clases, que atenuó enormemente la intensidad de las luchas sociales en el país, Brasil se encamina hoy hacia una violenta situación revolucionaria. Los agentes sociales tienen una vaga conciencia de que grandes acontecimientos surgirán, la conciencia colectiva se agudiza y se angustia, la literatura social y política abunda en las librerías, el pueblo discute los problemas nacionales e internacionales, y reina en todas partes evidente expectación.

El papel de la ciencia política es descubrir las tendencias económicas y sociales que actúan sobre los pueblos y determinan su comportamiento político: no se puede juzgar a los hombres por lo que dicen o lo que piensan. En su conciencia se reflejan, en el espejo deformado de sus tradiciones culturales y de los métodos viciados e interesados de su raciocinio, las condiciones objetivas que determinan su vida. Pero cuando se aproxima la hora de decisión, las inteligencias se agudizan, el interés se despierta por los más diversos acontecimientos. La sucesión de crisis, choques sociales y hechos inéditos obliga a los hombres a tomar conciencia de su situación.

Pues bien, hoy en Brasil se configura esta situación revolucionaria. Una clase social abandona su papel histórico, impedida de proseguir el desarrollo de las fuerzas productivas en el país y se coloca en oposición flagrante a este avance. Tal situación entrega a la gran mayoría de la nación esta tarea histórica. Al principio, se trata de derribar fuerzas económicas atrasadas que impiden el desarrollo del país. Pero la lucha es mucho mayor: se trata de derribar el latifundio brasileño, cuya caída derribará el centro de la reacción latinoamericana, y, más aún, se trata de arrancar de las manos de la explotación imperialista

a uno de los mayores países del mundo, lleno de vitalidad, retirando de su control un vasto mercado, una población que es casi la mitad que la del principal país imperialista, un área geográfica continua que es la cuarta del mundo y aún en gran parte inexplorada. Tal hecho no solamente arrastrará consigo vastas áreas de América latina, sino que ejercerá gran influencia sobre el África y atacará profunda y decididamente la dominación imperialista en todo el mundo. Es imposible, pues, creer que esta situación encuentre una solución fácil, pacífica, tranquila.

Aquí, en este país de blancos, negros, indios y mulatos están sucediendo hechos decisivos para la historia de la Humanidad. Aquí se juegan las cartas decisivas, por un largo tiempo, de todo un régimen económico, político y social. De todo lo que representa atraso, miseria y guerra. Y seremos nosotros, obreros, estudiantes, intelectuales, campesinos, soldados, pequeños propietarios, gente del pueblo, gente sencilla, los que tendremos que hacer frente a esta tarea. ¿Seremos capaces de realizarla? ¿Estaremos a la altura de nuestra misión histórica? A cada uno de nosotros nos cabe responder desde el fondo de nuestras conciencias y en nuestras acciones de cada día.

5. *Apéndice: El actual movimiento de izquierda.*

Después de que escribimos estas páginas se han producido importantes acontecimientos en la izquierda brasileña: el resurgimiento del movimiento de masas, la reorganización partidaria y la lucha ideológica paralela, el apareamiento del terrorismo y los intentos insurreccionales.

El movimiento de masa resurgió a través del movimiento estudiantil. Este se mostró capaz no sólo de enfrentarse a la represión en actos eventuales, sino también de dar continuidad a sus acciones poniéndose frente al gobierno como principal fuerza de oposición y líder de un vasto movimiento de masas.

La realización de 4 congresos nacionales de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) en la clandestinidad (el último fue apresado con la participación de 920 estudiantes), la realización de varias campañas victoriosas contra

leyes de reorganización del movimiento estudiantil por el gobierno, la capacidad de resistir invasiones sucesivas de las Universidades se unieron a las gigantescas movilizaciones callejeras que los estudiantes dirigieron. Sus líderes se convirtieron en líderes populares nacionales como Wladimir Palmeira y Travasos; sus mártires como Edson Luís, joven secundario muerto en Río, cuyo entierro reunió 150.000 personas, se constituyeron en mártires de la resistencia nacional.

El resurgimiento del movimiento estudiantil ayudó a despertar a otros sectores populares —el movimiento obrero y algunos sectores campesinos— y sensibilizó varios sectores de la opinión pública, desde los intelectuales hasta la Iglesia. El movimiento obrero, como expresábamos, se manifestó bajo formas muy radicales: las huelgas clandestinas, dirigidas por líderes y organizaciones desconocidas, que llevaron a cabo los metalúrgicos en la Ciudad Industrial de Contagen en Minas Gerais y en las industrias metalúrgicas de Osasco en S. Paulo, vinieron a dar un tono especial al creciente movimiento huelguístico y reivindicativo de los obreros y trabajadores brasileños. Las movilizaciones en el campo se mostraron mucho más moderadas y su reorganización se está haciendo muy lentamente. Es de esperar, sin embargo, por todos los motivos que apuntamos en nuestro libro, que cuando el movimiento obrero asuma su plena fuerza el campesinado haga explotar las violentas energías que viene reprimiendo en estos años.

La reorganización partidaria de la izquierda en Brasil asume formas aparentemente contradictorias: hay un proceso de división y reagrupación. Todas las organizaciones existentes antes del golpe se dividieron. En el Partido Comunista Brasileño (PCB) surgieron disidencias revolucionarias que vinieron a constituir el Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR), el Partido Operario Comunista Revolucionario (POCR), y la oposición de Guanabara del Partido Comunista Brasileño (pro-China, a la cual busca unirse la vieja cisión pro-china del Partido Comunista do Brasil, surgida en 1961), el grupo de Carlos Marighela que sigue la línea cubana del foco armado

y, por último, los varios grupos de disidencia del Partido Comunista Brasileño que se mantienen independientes. La POLOP se dividió: la fracción dirigente se unió a la disidencia leninista del PCB para constituir el POCR. Una fracción rebelde se organizó independientemente en torno de la revista "América Latina", de tendencia guerrillera pero con actuación política paralela. La Acción Popular, antiguo grupo cristiano de izquierda que se definió como una organización marxista, se dividió y una de sus facciones se fue al PCBR. Es interesante notar la diversidad de partidos comunistas (el viejo PCB, el PC do B, el PCBR y el POCR) en sustitución a la importancia de los viejos caudillos burgueses, (debilitamiento de Brizola y Arrais como líderes de la izquierda); el crecimiento de las organizaciones que defienden una línea insurreccional inmediata teniendo el socialismo como objetivo estratégico (PCBR, POCR, Acción Popular, los rebeldes de la POLOP y el grupo insurreccional de Marighela) y por último, el debilitamiento del partido pro-Moscú (PCB). Todo esto indica una tendencia general que junto al resurgimiento del movimiento de masas configuran un claro proceso de radicalización popular.

Otro aspecto muy importante en esta reorganización de la izquierda es la desvinculación con un centro socialista hegemónico. Excepto el PCB (pro-Moscú), el PC do B. (pro-chino) y el grupo de Marighela (pro-cubano, o mejor, pro-foco) todos de muy pequeña fuerza, los otros agrupamientos se presentan como organizaciones revolucionarias que se inscriben dentro de las concepciones generales de la revolución mundial sin adscribirse a ningún centro del movimiento comunista mundial (casos del PCBR, POCR, Acción Popular, grupo rebelde de la POLOP, como también es el caso de los brizolistas y de los partidarios de Arrais). Lo que separa a estos grupos, según un refinado debate ideológico que ha sido publicado por los diarios brasileños en detalle (particularmente el *Jornal do Brasil*) son las concepciones sobre el gobierno de transición (si un gobierno popular, si un gobierno de trabajadores, si un gobierno de liberación nacional, o si un gobierno directamente socialista) y sobre la importancia tác-

tica de ciertos métodos de lucha (si el foco o si la guerra popular).

¡Qué distinta esta situación de la que existía antes del golpe de 1964 o en 1966, cuando escribimos este libro! Lo que en él era descripción de tendencias son hoy día casi realidades concretas.

Por último, cabría señalar el comienzo de la guerra revolucionaria en Brasil que se produjo en este período. Esta guerra no empezó bajo la forma de las guerrillas rurales. Todos los intentos de movimientos de este tipo han fracasado: desde la columna del general Cardin que no duró un día (y que no era una guerrilla) hasta los guerrilleros de la sierra de Caparaó, capturados "in loccu" antes de entrar en acción, pasando por varios grupos guerrilleros urbanos apresados en etapas de preparación. Lo que sí se ha hecho una realidad militar son los enfrentamientos de los estudiantes con la policía militar y el ejército en los cuales se han desarrollado técnicas de agitación de masas y de utilización de pequeñas armas de defensa (piedras, barricadas, hondas, etc.).

Pero el fenómeno más importante son los actos terroristas. Desde marzo de 1964 hasta julio de 1966 han ocurrido pocos actos de terror, los cuales culminaron con la muerte de un ayudante del entonces candidato Costa e Silva, en Recife. Desde esta fecha hubo 31 explosiones de bombas consideradas "de alto tenor explosivo", que mataron a 3 e hirieron a 266 personas en varias ciudades del país. La más poderosa fue la que utilizó un auto con 50 kilos de dinamita lanzado sobre el Cuartel General del II Ejército en S. Paulo. Solamente en 1968 fueron robados en Brasil 1.448 kilos de dinamita, de los cuales la policía recuperó 485. En 1968, 2 militares extranjeros fueron muertos y hubo atentados en octubre contra delegados del trabajo en Minas Gerais.

Además de los atentados y actos terroristas están las decenas de asaltos a bancos y otras instituciones que son atribuidas a los terroristas. Algunos de ellos han dejado una nota política calificando el acto de expropiación a servicio del pueblo. Cuando se unen a todo esto los cho-

ques diarios en las calles entre estudiantes y policías y las muertes y los atentados terroristas de derecha en contra de personas e instituciones de izquierda, se configura una clara situación de guerra civil.

Hay un amplio debate en el país sobre el verdadero origen de los actos terroristas y de los asaltos. Fuera de los documentos dejados sólo algunas veces por los autores, en general sin firma, excepto la del Comando Revolucionario de Liberación en Minas Gerais, y de la prisión de un militar expulsado en 1964, que se confesó culpable de la mayor parte de los actos terroristas y asaltos en S. Paulo, no se conocen en realidad otros autores. Se habla de que los actos terroristas atribuidos a la izquierda fueron practicados por derechistas con el objetivo de justificar la represión contra la izquierda. La única evidencia de esto es la especulación basada en el razonamiento político de los reporteros, periodistas y políticos que plantean esta tesis.

Cualesquiera que sean las explicaciones, de hecho Brasil está hoy día en un proceso de guerra civil que repite el caso guatemalteco con aspectos complementarios. Aquí no tenemos solamente una destrucción física mutua entre derechistas e izquierdistas a través del terrorismo, sino también enfrentamiento de calle, prisiones, torturas y amenazas abiertas de liquidación física masiva de los líderes izquierdistas.

Desgraciadamente, esta terrible realidad es casi como una concreción de los análisis planteados en este libro. Esperamos que estos análisis también estén correctos al prever la victoria final del socialismo sobre la barbarie y el irracionalismo fascista. Cabe al pueblo brasileño demostrarlo.

A P E N D I C E A

Esbozo de la formación histórica brasileña.

Como en toda América Latina, la economía y la sociedad brasileñas se formaron en la fase de expansión del capitalismo comercial y estuvieron bajo el dominio colonial hasta el siglo XIX. En esta fase, se desarrollaron en el país cultivos de exportación (palo brasil, caña de azúcar y posteriormente café), la minería (en Minas Gerais, especialmente en el siglo XVIII) y algunas actividades complementarias (ganadería para consumo interno). La estructura social y económica que se desarrolló en la fase colonial estaba compuesta por un grupo de señores, una gran población esclava, los grupos burocráticos y los comerciantes ligados al comercio exportador. La Independencia de 1822 no cambió profundamente esta situación, pues sólo eliminó al intermediario portugués en un comercio que se realizaba con Inglaterra. La producción basada en la esclavitud, el bajo desarrollo de la pequeña burguesía urbana, y el amplio comercio externo derivado de la exportación, impidieron la formación de un mercado interno y, por consiguiente, el desarrollo industrial. La victoria del movimiento abolicionista (1888), apoyado por Inglaterra, eliminó las bases sociales de los antiguos dominadores, derribó la monarquía e instaló la República (1889). En esta época ocurrió el primer salto industrial y, al mismo tiempo, se iniciaba el incremento de la emigración hacia la zona de producción de café en Sao Paulo, que se ponía al frente de la producción exportadora.

La República no significó transformaciones profundas, pues la vieja oligarquía (de la caña de azúcar) era sustituida por el dominio de la nueva oligarquía que tenía

como eje Sao Paulo (café) y Minas Gerais (ganado y cereales). En esta fase ya crecían los sectores urbanos, y la industrialización tomó gran impulso con las dificultades para la importación durante la guerra de 1914-1918. De estos sectores medios urbanos, las fuerzas armadas eran las más organizadas: desarrolladas durante la guerra con Paraguay (1865-1870) se convirtieron en el centro de las articulaciones progresistas, bajo la égida del positivismo, y tuvieron un papel relevante en la instalación de la República. La generación que realizó esas reformas entró, sin embargo, en alianza con los dueños de la tierra y pasó a ser combatida por las clases medias (movimiento civilista de Ruy Barbosa). En la década del 20 una nueva generación de tenientes y capitanes asumirá el liderazgo de la lucha antioligárquica, a través de revueltas sucesivas (levantamiento del Fuerte de Copacabana en 1922, levantamiento de Isidoro en Sao Paulo en 1924; columna Prestes, que recorre el país haciendo propaganda antioligárquica de 1924 a 1926). En 1930 el tenientismo se divide en dos ramas: una de ellas se alía con un sector de la oligarquía (Minas y Río Grande do Sul) que asustado con la creciente oposición popular va a apoyar la revolución del 30; la otra, comandada por Prestes, se aísla de la revolución de 1930 en nombre de una revolución proletaria que era sostenida por el sector latinoamericano de la III Internacional. El grupo que participó en la revolución del 30 se dividió nuevamente en dos ramas: una que pasó a estrechar su alianza con la oligarquía y otra que quería llevar adelante las reformas antioligárquicas. En 1935, la situación se definía de un lado, por la unión de la burguesía industrial y sectores de la clase media en torno a Vargas y a una política bonapartista de reformas por encima, a través de un Estado fuerte, y de otro lado, por un grupo radical, ahora comandado por Prestes, que retomaba demasiado tarde la bandera de la revolución democrática-burguesa bajo la influencia de la línea del Frente Popular. La tentativa de levantamiento del Frente Popular (Alianza Nacional Libertadora) en 1935, permite el desmantelamiento de la ANL y del Partido Comunista, fortalece al Estado getulista y lleva

a la aniquilación del ala fascista (Movimiento Integralista de Plínio Salgado) y a la instalación de un régimen corporativo dictatorial: el *Estado Nuevo* (1937).

La victoria del bonapartismo, estadonovista, permite el dominio de la burguesía industrial sobre el Estado a través de una red de concesiones a los otros sectores de la población. El Estado Nuevo garantizó su dominio sobre el comercio exportador: por un lado, mantiene a la agricultura del café, financiando los stocks no vendibles, debido al crecimiento exagerado de la producción y a la baja del comercio mundial (crisis del 29 y sus secuelas), y por otro lado, controla las divisas obtenidas con la exportación, pagando en dinero nacional a los cafeicultores (confiscación cambiaria), y usándolas en la compra de los equipos para la instalación de la industria nacional. El punto más alto de esa política de industrialización, fue la instalación de la Compañía Siderúrgica Nacional (estatal) a cambio de la participación en la 2ª Guerra al lado de los aliados.

El Estado Nuevo consolidó su dominio sobre las clases medias urbanas a través de la reglamentación de acceso a los órganos públicos en expansión y a las oportunidades de ascensión trazadas por la industrialización. El sector obrero estaba compuesto en su mayor parte por poblaciones emigradas del campo debido a la decadencia del régimen de producción tradicional representado por la *parcería*, —relación de dependencia personal entre el dueño de la tierra y los campesinos, basada en la división del producto entre el campesino y el dueño de la tierra, la prestación de trabajo gratuito del colono y la utilización de mano de obra no permanente que viene de *los minifundios*. Este sector fue incorporado al sistema estadonovista a través de la organización de un sindicalismo estatal dirigido por un grupo de sindicalistas financiados por el impuesto sindical (1 día anual de salario), que tomaron el nombre de “pelegos”; por la creación de un sistema de previsión social y por la legislación del trabajo. El proletariado recién llegado a las ciudades y desligado de las luchas obreras en la fase de 1905 a 1935 se volvió presa fácil de la propaganda oficial basada en la

exaltación de Getulio Vargas como "padre de los pobres".

El esquema getulista se conservó con el mismo vigor después de ser derribado Vargas en 1945. Convocadas las elecciones en 1946, salió victorioso el Mariscal Dutra, apoyado por Vargas y por los partidos fundados por él —el Partido Social Demócrata (unión burguesía-latifundio) y el Partido Laborista Brasileño (partido compuesto de bases obreras y creado por Vargas para competir con el —PCB)— en contra de la oposición de la Unión Democrática Nacional (clase media y sectores del latifundio). El gobierno de Dutra se caracterizó, por un lado, por la represión a los comunistas y el control del movimiento obrero (aplicación del decreto 9070 contra las huelgas políticas y reuniones intersindicales), por otro lado, por la colaboración con el imperialismo. Sin embargo, la burguesía continuaba controlando el Estado Brasileño, instalando una industria de base y creando los medios para su sustentación (desarrollo de la Compañía Siderúrgica Nacional, instalación de las Centrales Eléctricas del Río San Francisco, etc.). Getulio Vargas consiguió, a pesar de todo, mantener la aureola mística sobre su figura y en 1950 fue elegido Presidente de la República. Volvió dispuesto a recuperar el dominio personal, perdido en el período de Dutra, afectado por los más diversos intereses. Por otro lado, la burguesía, fortalecida por la infraestructura económica creada en este período, se mostraba ansiosa por cambiar a su favor la correlación de fuerzas en el Estado brasileño. En este punto se inicia el drama que tratamos de retratar.

APENDICE B

Principales figuras del período estudiado.

Arrais, Miguel. Gobernador de Pernambuco, centro izquierdista de gran importancia en el país. Ideológicamente nacionalista, en el gobierno de su Estado procura atenuar los conflictos sociales y obtener mejorías para los trabajadores. Pero a pesar de esto aparecía como un peligroso líder de izquierda para los anticomunistas. Después del golpe de abril, hizo pronunciamientos absolutamente insurreccionales contra el gobierno militar.

Brizola, Leonel. Nació el 22 de enero de 1922. Elegido Gobernador de Río Grande do Sul en 1958, se lanzó nacionalmente a través de la nacionalización sumaria de la Cía. de Fuerza y Luz (Light) en Río Grande do Sul, por la expropiación de tierras en favor de los campesinos y sobre todo como líder de la resistencia victoriosa al golpe de la junta militar (Odilio Denis, Silvio Heck y Grum Moss) que sucedió a Janio en 1961 y trató de impedir el ascenso al poder a Joao Goulart. Elegido diputado federal por Guanabara en 1962 con la espectacular votación de 269.384 votos, se transformó en líder del Frente de Movilización Popular y trató de organizar poco antes del golpe de 1964 los "grupos de 11". Durante el golpe de 1964 quiso reeditar la resistencia en Río Grande do Sul, donde ya había tomado el palacio de gobierno, pero no pudo realizarlo, impedido por Joao Goulart. Durante un mes después del golpe se mantuvo en la clandestinidad en su Estado, tratando de organizar una resistencia, hasta que debió asilarse en Uruguay.

Goulart, Joao. (Jango). Nació el 1º de marzo de 1918.

Hombre de entera confianza personal de Getulio Vargas, fue lanzado por él a la vida pública nacional en 1953, como Ministro del Trabajo, coordinador y agitador nacional de las campañas por el aumento del salario mínimo de los trabajadores. Retirado del Ministerio, como consecuencia de un manifiesto de los coroneles. Con el suicidio de Vargas se transformó en su sucesor en el área popular, pues Vargas envió a él su carta-testamento. Elegido Vice-Presidente en 1955 nuevamente se candidateó al lado de Lott en 1960. Pese a la derrota de Lott fue elegido Vice-Presidente al lado de Janio Quadros. Con la renuncia de éste, llegó a la presidencia, debido a un movimiento popular y militar conducido por su cuñado, Leonel Brizola. Para tomarse el poder sin guerra civil, aceptó la limitación de sus poderes por el Congreso Nacional que creó un régimen parlamentarista de gobierno. Después de un año y medio de fracasos parlamentaristas hábilmente manejados por Jango, consiguió del Congreso, bajo la presión de una huelga general y del apoyo militar, un plebiscito que le restituye los poderes. El 6 de enero de 1963 se realizó el plebiscito en que votaron por la derogación de la enmienda parlamentaria 9.457.448 personas y 2.073.582 a su favor. La espectacular victoria de Goulart exigía una ofensiva de su parte. Esta ofensiva redundó, sin embargo, en la reorganización militar de las fuerzas de derecha y en el golpe de abril de 1964.

Kubistchek, Juscelino. Nació el 12 de septiembre de 1902. Gobernador del Estado de Minas Gerais en el período 1950 a 1955, lanza su candidatura a presidente de la República en 1955 y es elegido con 3.077.411 votos. Amenazado de no tomar el poder, frente a una campaña de oposición golpista de la UDN dirigida por Lacerda, cuenta con el apoyo de la mayoría del ejército comandado por el General Lott, que depuso al presidente Carlos Luz, traspasó la presidencia al presidente del Senado y garantizó la posesión de Kubistchek. Su gobierno estuvo marcado por la ideología *desarrollista*, expresada en el Plan de Metas, que instaló la industria automovilística, un plan de energía eléctrica, la industria química, metalúrgica, mecánica y desarrolló la Petrobrás. Al mismo tiempo se

construían caminos por todo el país, teniendo como centro la nueva capital Federal, Brasilia, construida en los 4 años finales de su gobierno e inaugurada por él mismo.

Lacerda, Carlos. Nació el 30 de abril de 1914. Periodista de contradictoria carrera. Fue comunista en 1934. En 1945 estaba al lado del movimiento antigetulista, Unión Democrática Nacional. Regidor en 1946, diputado federal en 1954, cuando se presentó como líder del movimiento antigetulista (de un atentado realizado contra su vida, se formó la comisión de investigación que llevó al suicidio a Vargas). Ante el movimiento de masas que se movilizó con el suicidio de Vargas, tuvo que huir para Estados Unidos. En 1958, volvió a la Cámara Federal. En 1960, fue elegido Gobernador del Estado de Guanabara, creado con motivo del cambio de la Capital Federal a Brasilia. De tendencias fascistas, emocionalmente desequilibrado, aliado a empresas internacionales y siempre al lado de la derecha, fue incluso el líder del Club de la Linterna, entidad anticomunista y antigetulista, en 1954. Dueño de un diario, "Tribuna de Imprensa", estuvo contra la Petrobrás y la estatización de los sectores básicos de la economía, variando, sin embargo, sus posiciones conforme a sus intereses inmediatos.

Lott, Teixeira. Ministro de Guerra en 1954, fue quien garantizó el poder de Juscelino Kubistchek, siendo su Ministro de Guerra. En 1960, envuelto por la propaganda nacionalista con la aureola de jefe militar nacionalista concurre a las elecciones de 1960, por los partidos Trabalhista y Social-Demócrata, siendo estruendosamente derrotado (3.846.885 votos) por Janio Quadros (5.636.623 votos).

Quadros, Janio. Nació el 25 de enero de 1917. Diputado Estadual (PDC) en Sao Paulo, fue elegido prefecto de la ciudad de Sao Paulo en 1953, en forma espectacular, apoyado por el Partido Socialista, de ningún arrastre electoral. En 1954 es elegido Gobernador del Estado de Sao Paulo por los inexpresivos partidos Trabalhista Nacional y Socialista. En 1958 es elegido diputado federal por el Partido Trabalhista

Brasileño por el Estado de Paraná, siendo el diputado con mayor votación del Estado. El 3 de octubre de 1960 es elegido Presidente de la República, apoyado por la UDN (partido antigetulista), con 5.636.623 votos, la mayor votación de un presidente en el país. Toma posesión en febrero de 1961 y renuncia ruidosamente en agosto del mismo año, después de 6 meses de actuación.

Vargas, Getulio. Nacido el 19 de abril de 1883. Murió en agosto de 1954. Candidato de la Alianza Renovadora en 1930, fue el jefe de la revolución de noviembre de 1930. Como jefe provisorio de la revolución, gobernó hasta 1934, cuando promulgó una nueva constitución, siendo elegido presidente constitucional. En 1937 dio el golpe del Estado Nuevo, otorgando una nueva constitución, de tipo fascista. El 2 de octubre de 1945 fue derribado por una junta militar que entregó el gobierno al poder judicial. Por su iniciativa fueron creados los partidos Social-Demócrata y Trabalhista, que ganaron la elección presidencial de 1946, año en que fue promulgada la nueva constitución del país. En 1950 es elegido senador por el Distrito Federal (PTB) y por el Estado de Río Grande do Sul (PSD). Luego, en el mismo año, es elegido Presidente de la República. En su gobierno se votó el proyecto que creó el monopolio estatal del petróleo (Petrobrás), se instaló la Fábrica Nacional de Motores (estatal) y se presentó un plan de desarrollo basado en el control estatal de la energía eléctrica (Electrobrás) y de otros sectores básicos de la economía. En 1954, se suicidó antes de su inminente derrocamiento por la oposición civil-militar y dejó una carta-testamento dirigida a Joao Goulart, donde denunciaba el complot del capital extranjero y de los poderosos contra su intento de gobierno reformista.

I N D I C E

Prólogo	11
PRIMERA PARTE: Crisis económica y crisis política	13
I.— SOCIALISMO O FASCISMO: DILEMA LATINOAMERICANO	15
1. La crisis latinoamericana	15
2. La crisis del desarrollo dependiente	17
3. La crisis del sector externo	23
4. La crisis del "sector tradicional"	26
5. Límites del sector industrial capitalista	27
6. Carácter cíclico de la acumulación de capital	30
7. Las alternativas: socialismo o fascismo	32
II.— CRISIS ECONOMICA Y CRISIS POLITICA	37
SEGUNDA PARTE: La crisis económica	47
III.— LA CRISIS DEL SUBDESARROLLO: EL IMPERIALISMO Y EL MERCADO EXTERNO ..	49
1. Las burguesías de los países subdesarrollados ..	49
2. La balanza de pagos	52
a) baja de los precios de exportación	53
b) la remesa de lucros	56
c) los fletes y servicios	58
d) la deuda externa	59
3. Política externa independiente	60

IV.— LA CRISIS DEL SUBDESARROLLO: EL LATIFUNDIO Y EL MERCADO INTERNO	65
1. El latifundio y el mercado interno de bienes de producción	65
2. El latifundio y el mercado interno de bienes de consumo	69
3. Los especuladores y el mercado interno	73
4. El precio de la tierra	74
5. La crisis agraria y el campesinado	77
6. La reforma agraria	78
V.— LA CRISIS CAPITALISTA	81
1. Esquema teórico de la crisis	81
1) Crisis de tendencia decreciente de la tasa de lucro	85
2) Crisis de realización	87
2. La tasa de lucro en Brasil	89
3. La depresión y sus efectos económico-sociales	95
4. Efectos políticos de la depresión	101
VI.— LA RECUPERACION Y LA GRAN CRISIS ..	105
1. La nueva cualidad del desarrollo	105
2. Dificultades de una nueva acumulación de capital	106
3. Disponibilidad cambiaria e infraestructura	108
4. Expansión del mercado interno y externo	111
TERCERA PARTE: La crisis política en Brasil	117
VII.— VISION DE CONJUNTO	119
VIII.— EL BONAPARTISMO	124
1. Concepto de bonapartismo	124

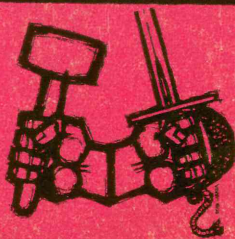
2. La epopeya bonapartista	127
3. Causas del fracaso del bonapartismo "progresista"	134
IX.— EL BONAPARTISMO DE DERECHA	136
1. El golpe de abril	136
2. El gobierno de Castelo	139
3. La política económica	142
4. Límite del bonapartismo de derecha	147
5. Apéndice: El gobierno Costa e Silva	151
CUARTA PARTE: Perspectivas de la crisis	153
X.— EL FASCISMO	155
1. El fascismo. Concepto y situación social	155
2. Posibilidades del fascismo en Brasil	159
3. Límites del fascismo en Brasil	162
4. Apéndice: El crecimiento del fascismo	166
XI.— EL SOCIALISMO	169
1. Desarrollo histórico	169
2. Límites del socialismo en Brasil	173
3. El nuevo proletariado y la crisis	176
4. Epílogo de la clase dominante y prólogo de las clases populares	179
5. Apéndice: El actual movimiento de izquierda ..	181
Apéndice A: Esbozo de la formación histórica brasileña	187
Apéndice B: Principales figuras del período estudiado	191

Esta obra se terminó de
imprimir en marzo de 1969,
en los talleres de Editó-
rial Prensa Latinoamericana
S. A., Root 537,
Santiago-Chile



AMERICA NUEVA

**SOCIALISMO o FASCISMO
DILEMA
LATINOAMERICANO**
Theotonio dos Santos



Este libro hace un agudo diagnóstico de la crisis latinoamericana, revisando falsas apreciaciones y planteando caminos nuevos de análisis de esta candente realidad. En seguida muestra que la solución de esta crisis exige, por un lado, gobiernos de fuerza para sustentar el orden existente sin cambios esenciales o gobiernos populares para romper este orden definitivamente. La imposibilidad de resolver la crisis, a través de los actuales gobiernos de fuerza de tipo militar, llevará a los representantes del orden imperante a aceptar la necesidad de un apoyo organizado de las clases medias y de los sectores decadentes de la sociedad. La tarea de éstos sería la represión masiva del movimiento popular: es decir, el fascismo. El enfrentamiento entre estas fuerzas y el movimiento socialista ascendente conducirá a Latinoamérica a una opción radical entre fascismo o socialismo. Este es un libro apasionante que toma el caso brasileño como un modelo de esta situación dramática. Ciencia y pasión se unen en ello para pintar un cuadro vivo de las opciones que enfrenta el hombre latinoamericano.